

N A N D O L O P E Z

Se

LA LEYENDA DEL
CÍCLON 2

EL SECRETO DE T

Lectulandia

Tras la huida de T., el bando Rebelde se llena de recelos. Y por si fuera poco, Némesis estrecha el cerco sobre Ítaca. Solo Ariadna sigue creyendo en T., aferrándose a los sueños que los unen. Mientras los Rebeldes planean el asalto al Taigeto, el corazón del Nuevo Orden, otras dos personas toman el mismo rumbo: un Cazador con una presa muy codiciada y alguien dispuesto a destapar los secretos más oscuros de Ypsilon.

Nando López

El secreto de T.

La leyenda del cíclope - 2

ePub r1.0

Titivillus 02.05.2022

Título original: *El secreto de T.*
Nando López, 2021
Ilustraciones: David Benzal

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



A Sergio y a Érika, porque solo con mis rebeldes favoritos es
posible mi Ítaca.



◊ ÁGUILAS

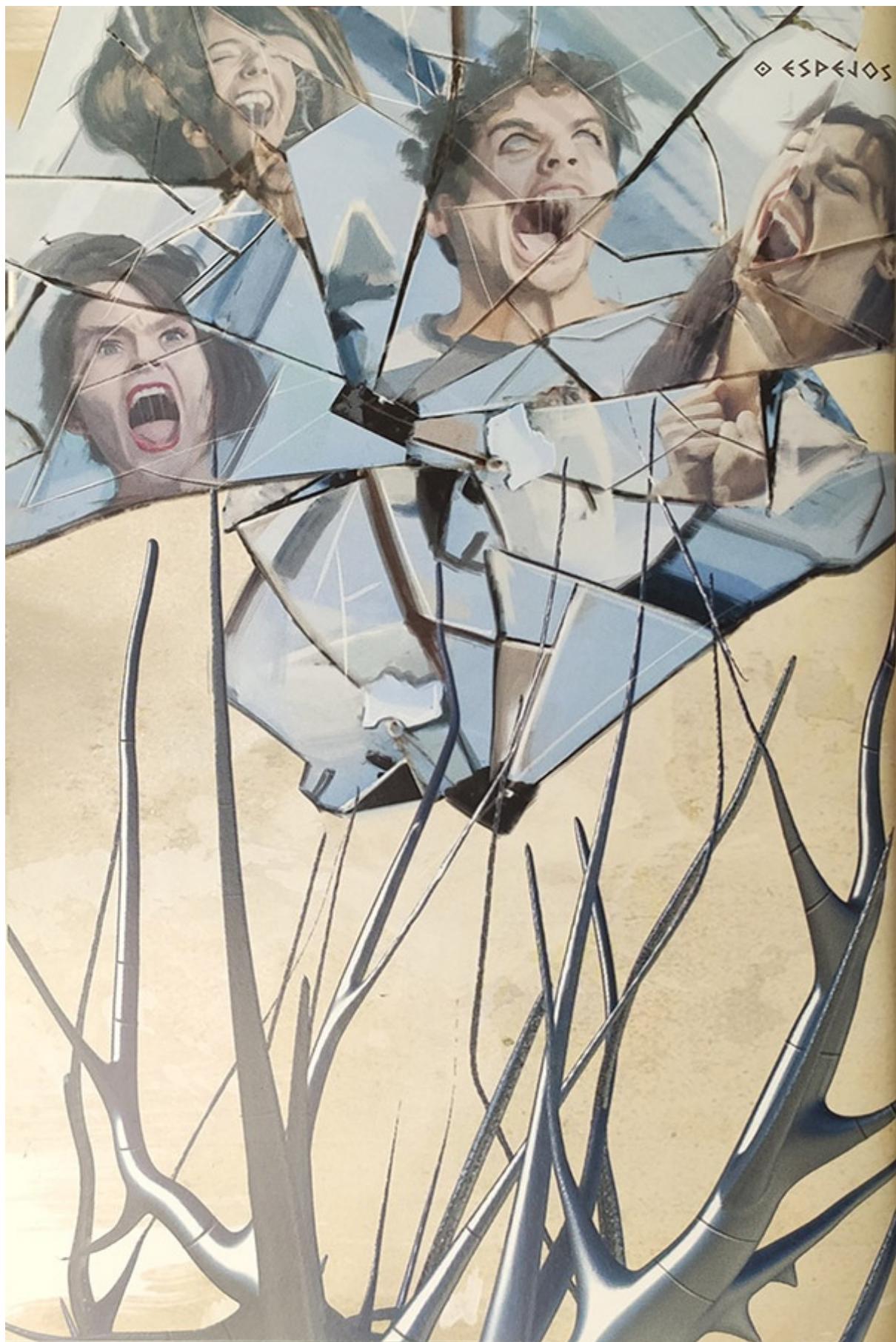
◊ SÍSIFO

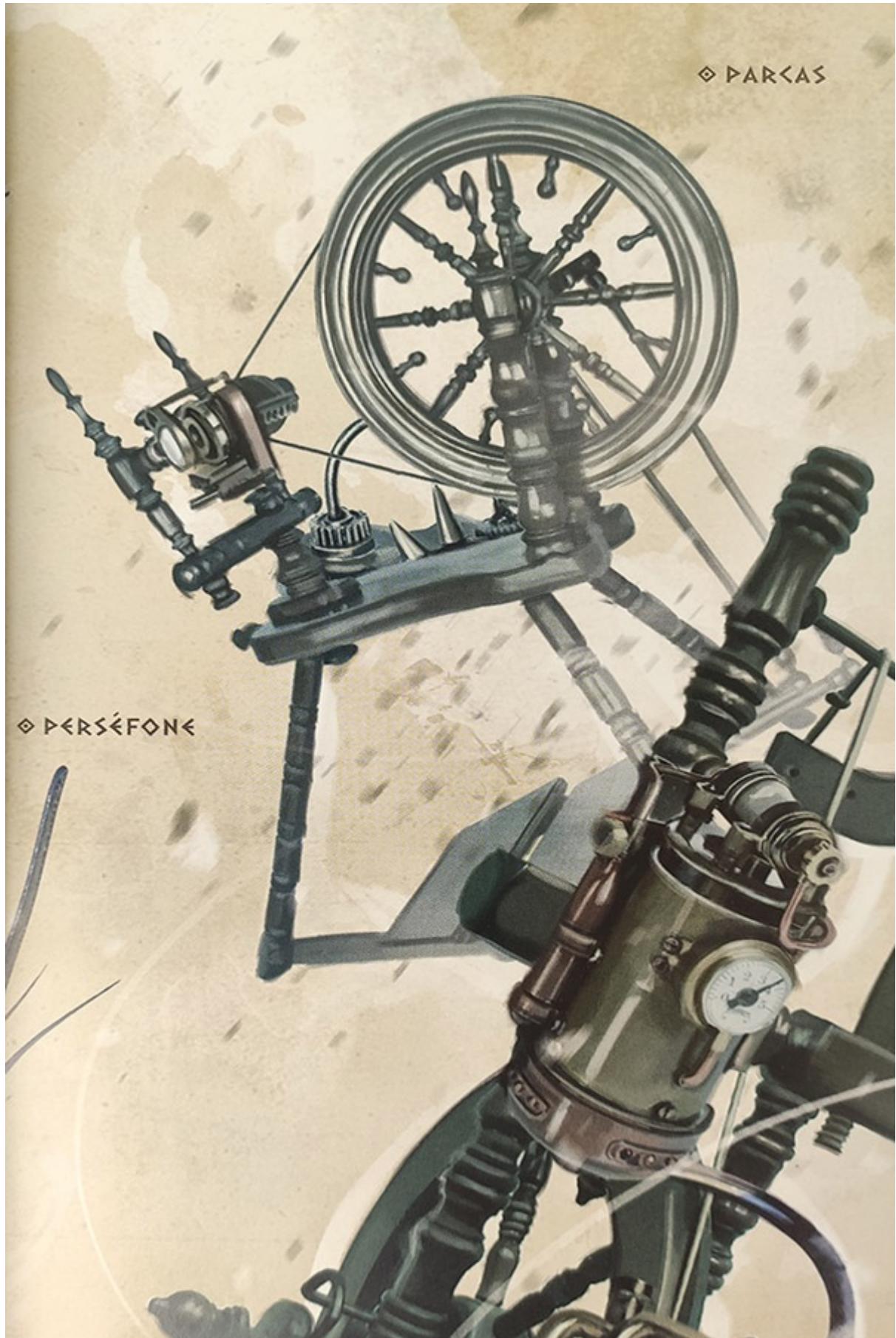


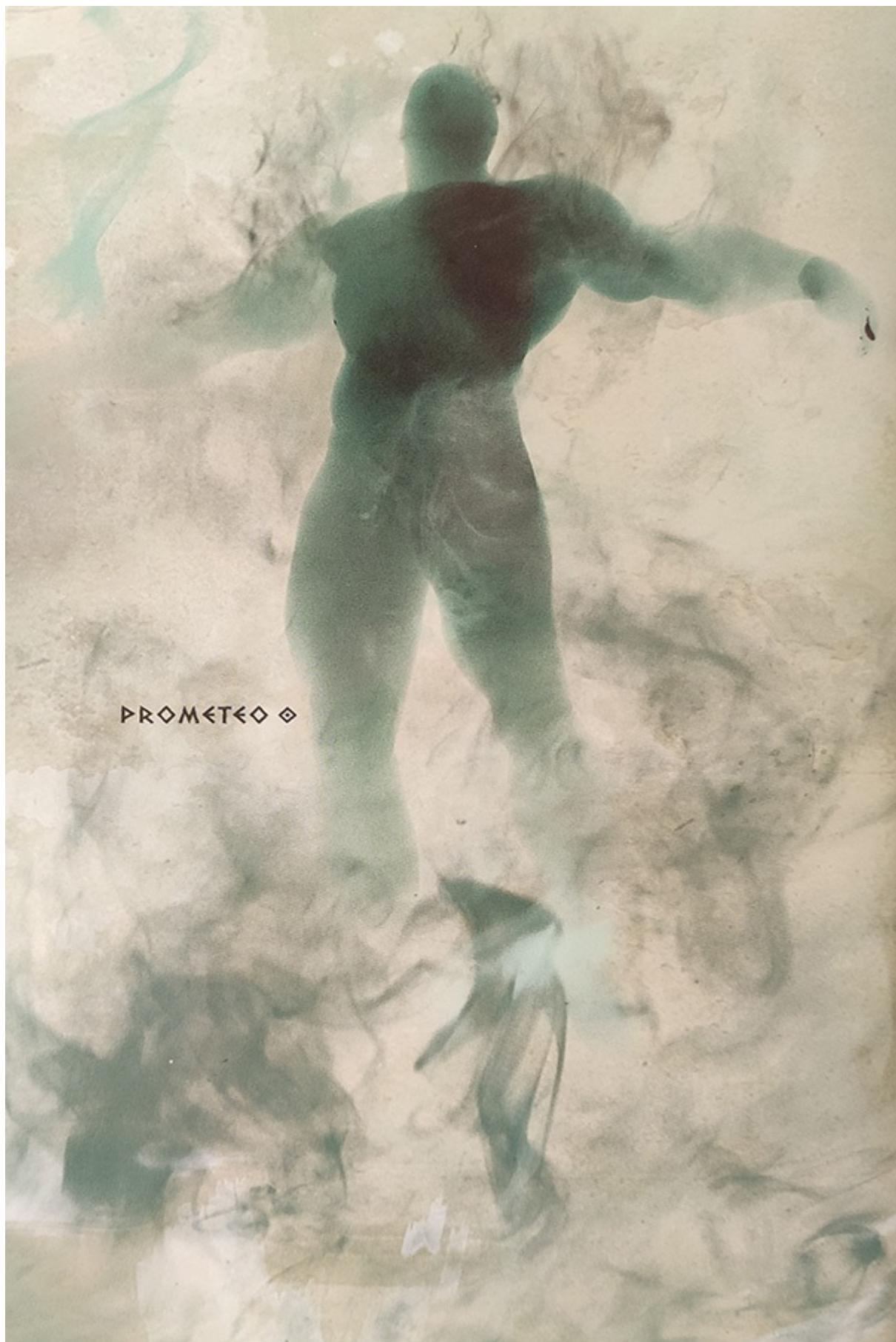
RASTREADORES ◊



◊ EXECUTORES











[O] YPSILON





CAZADORES



ALCÍNOO
Cazador



HIPÓMENES



ATLANTA



NAUSÍCAA
Cazadora



MENELAO
Cazador



ÁYAX
Centinela



«Aunque el destino nos imponga cuándo actuar, es nuestra voluntad la que decide cómo hacerlo».
Tiresias



1

RAMAS Y RAÍCES

Faltaba poco para el amanecer cuando T. se detuvo a reponer fuerzas.

Había pasado toda la noche conduciendo, acelerando su moto al máximo para dejar atrás Ítaca e impedir que pudieran encontrarlo antes de que él diese con su destino.

Sin embargo, localizar las Islas dispersas en el interior de Ypsilon no le había resultado una tarea tan fácil como suponía. En ninguno de los mapas oficiales figuraban las coordenadas de esos emplazamientos en los que se reunían los Cazadores, el ejército de mercenarios que colaboraba con los Bibliófagos en la recuperación de los títulos del Índice Prohibido.

Por decisión expresa del Senado, las Islas permanecían ocultas en todos los sistemas cartográficos y su paradero solo se ofrecía encriptado a quienes pudieran demostrar, con hechos concretos, que apoyaban su labor. De otro modo, resultaba prácticamente imposible dar con ellas, pues se camuflaban bajo apariencias tan inofensivas como las de los centros tecnocomerciales o los parques holográficos que formaban parte de la felicidad instantánea que el Nuevo Orden había proporcionado a sus ciudadanos.

A T. le preocupaba haber subestimado la dificultad de su propósito. Llevaba muchos kilómetros recorridos y no había encontrado aún la más mínima huella de esas Islas, a pesar de que los últimos informes del Senado, a los que había tenido acceso antes de huir de Ítaca, afirmaban que su tamaño había crecido tanto como el número de sus habitantes:

«La adhesión de nuevas tropas de Cazadores es una prueba más de la lealtad de la población de Ypsilon a su Gobierno, frente a las acciones

terroristas de los criminales que, bajo el nombre de Ítaca, amenazan nuestra seguridad».

Eso, al menos, aseguraba el reporte que habían difundido, acompañado de imágenes tridimensionales tan crueles como contundentes, tras el fracaso del Décimo Aniversario. Aquella era la primera vez que se mencionaba públicamente el nombre de Ítaca y se asociaba con «acciones terroristas», entre las que se contaba la estampida humana en la Plaza del Fuego, causante de numerosas víctimas de diferente grado y consideración.

T. estaba convencido de que aquellas informaciones, elaboradas por Hermes y su Ministerio, eran las responsables de que se hubiesen incorporado nuevos miembros a los Cazadores, y confiaba en que ese entusiasmo repentino lo ayudase a encontrarlos, pero cada vez parecía más evidente que se había equivocado en sus predicciones.

Le gustase o no, tenía que admitir que localizar las Islas iba a requerir todo su ingenio. Así que, una vez que estuvo seguro de hallarse a suficiente distancia de Ítaca, buscó un lugar apartado y mínimamente seguro donde descansar un par de horas. De entre las escasas opciones que ofrecía la geografía cada vez más desértica de Ypsilon, optó por refugiarse en un abandonado polígono industrial.

Sustituidos por centros de producción más ecológicos y eficientes, aquellos espacios se habían mantenido como un recuerdo de la civilización anterior. El Senado los exhibía para subrayar sus logros sociales: si la población accedía a los recursos energéticos imprescindibles, era gracias a la gestión de Némesis y al reparto equitativo del Nuevo Orden. Lo que se obviaba, en cambio, eran las cifras de ese reparto, que resultaban más ajustadas cuanto más abajo se hallaban los ypsilianos y más periféricos eran los distritos en que vivían. Pero bastaba con aludir a la escasez de energía y a las guerras civiles que habían proliferado en los estados cercanos por culpa de la Crisis Global para acallar cualquier voz discordante... Salvo las que nacían en Ítaca.

T. aparcó su moto en uno de los callejones más angostos del polígono, se sentó junto a ella y, nada más apoyar su espalda en la pared, cayó en un extraño duermevela. Luchaba por deshacerse del cansancio y recuperar la conciencia, pero el agotamiento le impedía zafarse de esas imágenes en las que corría sin saber hacia dónde.

Solo podía distinguir las pantallas de realidad aumentada que llenaban las calles de Geonia, y sentía que había alguien más a su lado. Alguien a quien no era capaz de distinguir y que lo acompañaba a través de alguno de los distritos

periféricos de la capital. Le resultaba imposible precisar el lugar exacto mientras atravesaba los edificios decrepitos, los cementerios tecnológicos y los callejones mal iluminados, en los que se hacinaba una multitud invisible a los ojos del Nuevo Orden.

En medio de la noche, T. no veía otra cosa que no fueran sus pisadas. La fuerza con la que golpeaban el suelo en su huida. La respiración entrecortada. El pánico a que el peligro lo alcanzase. Y la sensación de que otra persona corría junto a él.

Aunque intuía su identidad, no podía confirmarla, pues su sueño no le permitía contemplar el rostro de quien, en ese mismo momento, estaba soñando la misma pesadilla.

Ariadna había sido incapaz de dormir en toda la noche, preocupada por una marcha que ni entendía ni quería entender.

Sus padres habían tenido que esforzarse para convencerla de que necesitaba descansar un poco, y si acabó accediendo no fue porque creyera que tenían razón, sino porque no quería preocuparlos más. El Refugio estaba demasiado revuelto con la desaparición de T. y la angustia que había provocado en Layo y Orion. Ella tampoco podía silenciar sus dudas ni sus miedos, así que tuvo que esperar al filo del amanecer para que el cansancio le cerrase los ojos y la llevase hasta unas calles en las que se veía avanzar sin saber hacia dónde, pero notando a alguien muy cerca.

Ni T. sabía quién lo perseguía a él, ni Ariadna quién corría detrás de ella.

Ambos trataban de girar la cabeza una y otra vez para identificar a su acompañante, pero ninguno lograba adivinar nada en la oscuridad que los envolvía y que, de repente, fue interrumpida por un conjunto de edificios de paredes blancas. Debía de ser uno de los Retroespacios de Ypsilon, complejos turísticos que simulaban los entornos rurales que el Nuevo Orden se había encargado de vaciar, primero, y aniquilar, después.

T. intentó acercarse, pero el Retroespacio se desvaneció como si fuera un espejismo. La madrugada se había adueñado del espacio que recorría con el mismo rigor con el que una extraña sensación de inmovilidad comenzó a apoderarse de su cuerpo.

Pese a sus esfuerzos, y a los que también hacía Ariadna por seguir avanzando, sus piernas se negaban a deslizarse y se anclaron al asfalto con terquedad.

Los dos trataron de reavivarlas con sus brazos, pero estos se elevaron hacia el cielo, contrarios a su voluntad, extendidos y completamente abiertos.

Los pasos de su acompañante habían cesado. Solos, en mitad de aquel paisaje fantasma, sus miembros comenzaron a endurecerse y la suavidad de la piel dejó paso a la aspereza del material que, de repente, los recubría.

Sus piernas, transformadas en raíces, los sujetaban al suelo a la vez que sus brazos, convertidos en ramas, ensombrecían su rostro. Querían gritar. Huir de esas formas que usurpaban sus extremidades. Recuperar la agilidad de antes. Y también su voz.

Pero, cuando lo intentaron, se dieron cuenta de que ya no era posible. Aquellos árboles ahora enjaulaban sus miembros, y de su cuerpo humano solo quedaba el latido aterrador y claustrofóbico de su corazón.

Y fue ese sonido, el estruendo de su propio pulso, lo que deshizo las brumas y logró, por fin, despertarlos del sueño.

Una pesadilla que quizá significara algo, pensó Ariadna mientras trataba de serenarse.

Una fantasía que tal vez le hubiera mostrado el camino que debía tomar, se dijo T. mientras se ponía en pie, dispuesto a retomar cuanto antes la búsqueda de las Islas.

Ya despiertos, aún angustiados por la parálisis que los había atenazado y convencidos de que ese sueño había sido mucho más que una estúpida alucinación, ambos se dieron cuenta de que sabían quién era la persona que corría a su lado.

Era Ariadna quien huía hasta convertirse también en árbol en la pesadilla de T.

Y era T. quien sufría esa misma metamorfosis en la fantasía de Ariadna.

Ariadna, que se debatía entre echarlo de menos y odiarlo por haberla traicionado, no logró volver a conciliar el sueño durante el resto de la noche.

Y T., que estaba decidido a llegar a su objetivo antes de que nadie pudiera impedírselo, decidió olvidarlo y reanudar su camino.

Su viaje no había hecho más que comenzar.



2

LAS ISLAS

Tras revisar en la red todos los Retroespacios conocidos, T. se dirigió al que, según las imágenes que arrojaba el buscador, era el más parecido al de su sueño, y que se hallaba a unos cien kilómetros de distancia del polígono en el que se había refugiado.

Por suerte, su consulta había sido lo bastante inocente como para no tener que preocuparse de su rastro digital, ya que sabía que el Senado hacía un seguimiento exhaustivo de las conexiones de los ciudadanos. Los Rebeldes habían tratado de alentar la polémica contra esas medidas, pero el Senado se les había adelantado una vez más, convenciendo de su necesidad a los ypsilianos hasta el punto de que fueron ellos mismos quienes solicitaron ese control.

Para ello, el Senado se había servido de los reportes elaborados por Hermes y su equipo, en los que se insistía en cómo la red había sido, junto con la ficción previa a las Tres Leyes, el vehículo con que se habían planificado acciones tan terribles como el Triple Atentado. Solo tuvieron que convencer a la población de que necesitaban ser protegidos para que los ypsilianos admitiesen, sumisos, los vetos cibernéticos. Y someter la red a un severo escrutinio, limitando su acceso, era uno de ellos.

Cuando T. llegó por fin al Retroespacio que había localizado en su buscador, supo que se encontraba en el lugar correcto.

No había ninguna señal que se lo confirmase, pero el hecho de que aquel entorno fuera idéntico al de su sueño solo podía interpretarse como una de esas señales que formaban parte de su vida desde que Ariadna había

irrumpido en ella. Al recordarla, sintió una punzada de culpabilidad, de la que se deshizo igual que se desprendía de cualquier otra emoción que lo incomodase: actuando.

Obedeció a su intuición y atravesó las puertas de lo que, en apariencia, no era más que uno de los complejos turísticos con los que el Senado recompensaba a los trabajadores, ofreciéndoles «unos días de descanso en entornos *vintage*». Así era como promocionaban los Retroespacios en su publicidad oficial, cuyo alojamiento se cedía gratuitamente por unos días a cambio de aumentar la productividad durante los meses siguientes a la estancia. De este modo, lo que se anunciaba como un premio democrático se convertía en un incentivo laboral que incrementaba los beneficios de los Distritos 1 a 5 de Geonia, la verdadera élite ypsiliana.

Ya en el recinto, T. comprobó que se hallaba en lo cierto: la arquitectura exterior no era más que el gigantesco decorado tras el que se escondía la Isla, un asentamiento compuesto por una sucesión de construcciones independientes de una sola planta, que no debían de superar en ningún caso los cuarenta o cincuenta metros cuadrados de extensión y cuya estructura de acero y hormigón no se parecía en nada a las bucólicas casas encaladas de blanco con que se anunciaban los Retroespacios.

Lo primero que llamó su atención fue el foso virtual que protegía la Isla e impedía entrar sin la autorización de los vigías.

No se trataba de una excavación física en el terreno, sino de una hilera de proyecciones que forzaban un desnivel insalvable, ya que resultaba imposible orientarse con precisión frente a aquel trampantojo móvil que parecía elevarse, descender e incluso extenderse y encogerse ante quien tratase de atravesar su perímetro defensivo.

Nunca había estado cerca de ninguna de las Islas, y lo único que sabía sobre ellas era lo que el propio Senado había divulgado al respecto en sus campañas de captación de nuevos Cazadores.

Habían sido concebidas para albergar a sus moradores durante un tiempo máximo de quince días, de modo que repusieran fuerzas, cuidasen de los heridos en los combates con los Rebeldes y, sobre todo, planificaran nuevas incursiones con las que seguir alimentando las llamas del Taigeto, el edificio en el que se condenaban al fuego las obras prohibidas a la vez que se creaban y difundían las nuevas. Pero solo había dos formas de atravesar su foso: mediante el código que se atribuía a cada Cazador después de la primera transacción o, en su defecto, presentando un ejemplar del Índice Prohibido.

T. no contaba con ningún código de acceso. Sin embargo, disponía de algo que era aún más valioso: el libro de cubiertas quemadas que, aprovechando la euforia del reencuentro con Clío y Néstor, le había quitado a Ariadna. Por suerte, ni ella ni sus padres se habían dado cuenta de cómo aquel ejemplar de la *Odisea* cambiaba de manos y se convertía, de repente, en el salvoconducto que T. necesitaba para sumarse a los Cazadores.

Tras rodear parte del perímetro del foso virtual, localizó un arco de entrada. Tan pronto como el sistema de vigilancia se percató de su proximidad, saltaron las alarmas que avisaban de la llegada a la Isla de un intruso. Apenas habían pasado unos segundos cuando lo rodeó un grupo compuesto por dos Cazadores y tres Bibliófagos.

—Nombre. —Le preguntó uno de los cíborgs que formaban parte del particular comité de bienvenida.

—T.

—¿T.? —respondió con sorna uno de los Cazadores.

—Sí, T. —repuso con seguridad, tratando de resultar lo más relajado posible—. Aunque acabaré cambiándomelo por otro nombre más convencional. El mío solo me da problemas.

Ese nombre era lo único de sí mismo de lo que no había tenido que despojarse. A cambio, se había visto obligado a modificar su aspecto por temor a que lo relacionasen con los culpables de haber arruinado el Aniversario. No parecía probable que las fuerzas del Senado hubiesen reparado en él en medio de la marea humana que desbordaba la plaza, pero T. había preferido no arriesgarse y extremar las precauciones.

Lo más seguro era que los Cíclopes continuaran rastreando y analizando las imágenes de aquel día, editadas y viralizadas por el propio Senado, en busca de pistas con las que reconstruir el retrato robot de los responsables del ataque. Pero incluso si lograban aislar su silueta de la multitud que aparecía en esas grabaciones, la nueva apariencia de T.—con el pelo teñido de rubio y rabiosamente corto, un falso tatuaje en forma de araña cubriendo la totalidad de su rostro, lentillas para oscurecer sus ojos y ropa amplia y suelta que disimulaba su poderosa musculatura— lo volvía prácticamente irreconocible.

—¿Código? —El Cíclope insistió en seguir el protocolo, pese a que la alarma del arco de entrada ya había dejado constancia de que ese código no existía.

—No tengo —contestó T—. Nunca me había acercado al Taigeto.

—Eso ya lo sabíamos. —El mismo individuo que antes se había reído de su nombre se acercó a él con curiosidad—. ¿Y entonces qué te trae hasta

aquí?

T. señaló con la mirada la bandolera que llevaba consigo y, sin hablar, pidió permiso para acercar sus manos y mostrar lo que había dentro.

—Me ha traído esto. —Respondió mientras sacaba, con un movimiento extremadamente lento, el ejemplar de su faltriquera—. Creo que en el Taigeto lo pagarán bien.

Al comprobar que cumplía con una de las dos condiciones de ingreso, los tres cíclopes bajaron la guardia y dieron media vuelta, dispuestos a retornar a la Isla después de asegurarse de que el intruso no representaba ningún peligro.

Los dos hombres que iban con ellos reaccionaron con un mal disimulado asombro y lo observaron durante unos instantes, lo que despertó en T. cierto recelo.

No debía de ser el único buscavidas que trataba de vender algún ejemplar en el Taigeto para sacarse un dinero con el que seguir adelante. Porque puede que el Nuevo Orden hubiese llenado las calles de Ypsilon de paz y felicidad, como pregonaban Némesis y el Senado, pero también había elevado los precios y regulado los sueldos de tal modo que cada vez resultaba más notable la brecha entre los Distritos que más tenían y los que menos. Los salarios se estipulaban de acuerdo con la formación y el supuesto nivel de repercusión social del trabajo, de modo que todo el mundo alcanzase un rango mínimo y, según el Senado, aceptable, aunque solo los oficios que se consideraban de gran impacto obtenían rentas más altas.

Para paliar la insatisfacción que podía derivarse de esas desigualdades, Apolo y Némesis habían puesto en marcha propuestas como los Pisos Blancos —un sistema de viviendas de bajo coste y alquiler a precios muy reducidos—, los Retroespacios —con sus vacaciones semifinanciadas por el Estado— o los Autohologramas —un dispositivo similar a un libro electrónico que sustituía a la narrativa tradicional y que permitía inventar y vivir una realidad alternativa a todos los ciudadanos, que recibían un ejemplar de manera gratuita.

El Ministerio de Información, que había presentado este sistema de ayudas y subvenciones como una muestra de la generosidad estatal del Nuevo Orden, logró que esas nuevas medidas se asumiesen como justas, ya que, tal y como repetían en sus campañas de propaganda, en Ypsilon ganaban más quienes más aportaban a la sociedad. Y esto, además, no impedía que, si alguien quería aumentar sus ingresos, se uniese a los Cazadores para conseguir un dinero extra de manera legal.

T. no era el primer joven que seguía ese camino y, guiado por su ambición, llegaba a las Islas para salir de la pobreza contenida en la que se

hallaban casi todos los habitantes de Ypsilon. Pero sí era el primero que se presentaba ante los Cazadores con lo que parecía ser uno de los Dos Ejes.

—¿De dónde lo has sacado? —preguntó el hombre que no había hablado hasta entonces. Su voz sonaba más grave que la de su compañero y, por los rasgos que se adivinaban bajo el casco plateado propio de los Cazadores, también debía de ser de mayor edad.

—Es una larga historia.

—No lo dudo. —Aquel hombre parecía sorprendido y no dejaba de atusarse la espesa barba mientras valoraba si debían o no dejarlo entrar en su Isla.

—Pero si no me equivoco, en el Taigeto no pagan por cómo se consiguen los títulos prohibidos, sino por el valor que tengan.

—El chaval tiene razón, Alcínoo. —Le dijo su compañero, refiriéndose a T. con ese «chaval» que tanto lo sacaba de quicio.

—¿Tienes idea de cuánto puede valer esto? —El anciano parecía obstinado en proseguir con su interrogatorio.

—Sé que se han molestado mucho en protegerlo. Y que si parte de sus cubiertas están quemadas —contestó T., fingiendo ignorar su verdadera naturaleza—, es porque se trata de uno de los títulos que escaparon del Gran Incendio.

—Eso —continuó Alcínoo— lo hace también más peligroso. Cuanto mayor es su antigüedad, mayor es el interés de los Rebeldes por recuperarlo. Así que dinos: ¿qué sacamos nosotros ayudándote a llevarlo a Taigeto?

T. se dio cuenta de que aquel tipo, valiéndose de su experiencia y de la ventaja que le daba su edad, pretendía negociar con él como si no fuera más que un crío.

—¿Ayudarme? No necesito ayuda, solo unirme a vuestra expedición. Basta con traer un título prohibido para ser considerado Cazador, ¿o no es así?

Los dos callaron. Sabían que, en efecto, esa era una de las dos normas que, según el Senado, regulaban su existencia: la primera fijaba que cualquiera que depositara un título prohibido en el Taigeto. —En soporte físico o digital— pasaba a ser considerado un Cazador más, mientras que la segunda estipulaba que los Cazadores tenían la obligación de protegerse y ofrecerse auxilio entre sí.

Alcínoo parecía disgustado. Esperaba que aquel joven fuera más fácil de amedrentar y, sobre todo, que aceptase ceder parte de la recompensa por ese

libro que, por supuesto, había reconocido: era uno de los Dos Ejes. Uno de los dos títulos que obsesionaban al gobierno del Nuevo Orden.

—Bienvenido entonces, muchacho. Mi nombre, por cierto, es Menelao —se presentó el más joven—, y este viejo gruñón es Alcínoo. Pero no te preocupes: ladra mucho más de lo que muerde.

—Ven, te enseñaremos esto para que puedas moverte con libertad los pocos días que estaremos aquí. En un par de noches saldremos rumbo al Taigeto.

T. los acompañó a través del foso y, nada más acceder al interior de la Isla, tuvo la extraña sensación de hallarse en un lugar conocido. La disposición de los pequeños bungalós que componían aquel campamento, la improvisación con que habían sido decorados sus interiores —solo con los muebles estrictamente imprescindibles—, la suciedad y la dejadez que se adivinaban en los callejones que conectaban unas viviendas con otras y los tonos grises y ocres que reinaban en cada rincón le recordaban a los lugares donde, con sus padres, había pasado huyendo toda su vida. Y esa imagen, ese recuerdo que no fue capaz de controlar, lo ensombreció durante unos segundos. Tiempo suficiente para que Alcínoo, cuya corpulencia contrastaba con su avanzada edad, se fijara en ello y T., a su vez, se diera cuenta de su desconfianza.

—Hoy puedes pasar la noche aquí. —Menelao señaló un cobertizo abandonado.

Justo en ese momento, una joven de la edad de T. se acercó corriendo y llamando la atención de Alcínoo.

—Espérame dentro. —Fue todo lo que le respondió él.

—Pero, abuelo... —protestó ella.

—He dicho que me esperes dentro, Nausícaa —insistió Alcínoo con sequedad.

T. vio cómo la joven se alejaba mientras los dos Cazadores le daban las últimas instrucciones.

—Nada de usar móviles ni ningún otro dispositivo electrónico o digital —le indicó Menelao—. Todas las Islas disponen de inhibidores para evitar que los Rebeldes puedan hallar nuestra ubicación.

—¿Y si necesito comunicarme con alguien? —T. no contaba con aquella regla, que lo hacía sentirse aún más desprotegido de lo que ya estaba.

—Me lo dices a mí. Nosotros distribuimos los mensajes y nos encargamos de que el cifrado impida su localización. ¿Está claro?

—Cristalino —asintió T.

—Mañana conocerás al resto.

—O no. —Alcínoo corrigió a su compañero con su habitual brusquedad —. Aquí no somos amigos, chaval. Aquí solo somos supervivientes. Así que no esperes a que te solucionen la vida y espabílate.

Y eso, pensó T. mientras se instalaba en el cobertizo estrecho y cochambroso, era precisamente lo que iba a hacer.



3

LOS DOS EJES

En la Isla se respiraba, ante todo, desconfianza.

Esa fue una de las primeras conclusiones de T. tras observar el modo en que los Cazadores se relacionaban entre sí.

Ni siquiera disponían, como había imaginado, de un almacén común para los títulos que habían conseguido —«sus presas», como solían llamarlas—, sino que las atesoraban con celo entre sus pertenencias, asegurándose así de que nadie les robaba la recompensa que por ellas les pertenecía.

A pesar de que en el Taigeto también se admitían y premiaban las copias digitales, las más codiciadas eran las obras físicas, ya que resultaba imposible suprimir su contenido y controlar su difusión con la misma sencillez con la que el Senado había logrado controlar internet.

La naturaleza rudimentaria y primitiva de esos soportes —tanto en el caso de los libros como en el de las películas, los discos o los videojuegos— era, paradójicamente, su mayor fortaleza, pues exigía un trabajo de búsqueda exhaustivo y pormenorizado que permitiese eliminar, ejemplar a ejemplar, cualquier rastro de su existencia. No era nada fácil esconder un título del Índice Prohibido en la red, pero sí en los Refugios que durante diez años se habían mantenido en pie a pesar del acoso del Senado.

El sistema de organización de los Cazadores tampoco guardaba relación con el que T. había conocido en Ítaca: mientras que entre los Rebeldes todo estaba concebido con el fin de favorecer la protección de la comunidad, en las Islas la única consigna era la supervivencia.

El liderazgo, claramente ejercido por Alcínoo y Menelao, solo se respetaba porque resultaba imprescindible para defenderse de posibles amenazas externas: si los habían elegido como generales era porque destacaban por su agresividad y sus dotes bélicas, no porque sintieran una admiración parecida a la que los Rebeldes mostraban ante Dédalo o Leda. La comparación entre ambas realidades le hacía preguntarse cómo habrían encajado su marcha quienes habían sido hasta entonces sus compañeros. Y si sus padres habrían descubierto ya la escueta nota con la que se había despedido, a pesar de que estaba convencido de que era un error...

Le resultaba imposible no interrogarse por lo que habría dicho su familia y, sobre todo, por lo que ahora pensaría de él Ariadna, pero si no quería que esas sombras nublasen su objetivo, debía concentrarse en la misión que lo había llevado hasta allí.

—No lo habías hecho antes, ¿verdad?

A T. le sorprendió la espontaneidad con la que aquella voz femenina se dirigía a él. Nada más volverse, reconoció a Nausícaa, la nieta de Alcínoo.

—¿Tanto se me nota?

—Un poco —se rio ella, con un gesto que hizo brillar con fuerza sus ojos marinos y felinos—. A los nuevos se os nota siempre.

—¿Y tú? —A T. le gustó la franqueza de aquella chica que, por sus rasgos, debía de ser más o menos de su edad. Era tan alta como él, de complexión atlética y con un largo flequillo verde, que contrastaba con su cortísimo cabello negro y con el que jugaba a ocultar su mirada cuando prefería pasar desapercibida—. ¿Tienes mucha experiencia?

—Siempre he vivido en las Islas, así que sí. Supongo que tengo bastante más experiencia que tú... Hace años tenía la impresión de que estaba dentro de un juego. Ahora es lo mismo, con la única diferencia de que sé que ese juego es real.

—¿Pagan tan bien como dicen?

Nausícaa se encogió de hombros y, al hacerlo, T. no pudo dejar de fijarse en lo fuertes y definidos que eran. Estaba claro que aquella chica practicaba tanto deporte como él.

—Según... Hay presas que se cotizan mejor que otras.

—¿Y de qué depende? —A pesar de que había tratado de documentarse, no había encontrado ninguna información precisa al respecto.

—No está claro... Se dice que en Naxos tienen un listado con todos los títulos que buscan, divididos por categorías. Por los de las categorías más bajas pagan menos. Y por los de las categorías altas, bastante más.

—¿Y nadie sabe cómo se distinguen?

—Si lo dices por el tuyo. —Nausícaa señaló con su índice el ejemplar que T. custodiaba en su bandolera—, es de los de primera clase. Los que han pasado por el fuego se tasan mejor. Y el tuyo, según mi abuelo, es uno de los Ejes.

—¿Los Ejes? —T. fingió ignorar a qué se refería.

—¿Tampoco te suenan?

—Creo que tu abuelo dijo algo, pero...

—Pues vas a tener que ponerte al día. —Ella lo miró con extrañeza: estaba acostumbrada a que los Cazadores mostraran una ambición que no acababa de encontrar en T.

—¿Y qué se supone que son?

—No sabes mucho del pasado de Ypsilon tú, ¿no? —se burló Nausícaa.

—Me va más el presente, pero seguro que tú me lo puedes explicar.

—Esos dos libros fueron la inspiración para reconstruir Ypsilon después de la Crisis Global.

T. fingió ignorar a qué se refería, pero conocía bien aquella historia que sus padres le habían contado en alguna ocasión: el colapso económico mundial que había tenido lugar antes de que él naciera y que había sido la excusa empleada por Orfeo para reconstruir Ypsilon.

El antecesor de Némesis había sido el primero en recurrir a la mitología para cubrir las carencias del Estado, inaugurando un sistema de propaganda que adornaba la realidad de Ypsilon con ecos de un tiempo legendario, de manera que la población olvidase la miseria cotidiana gracias a la grandeza de los nombres e imágenes que la ocultaban. El mismo mecanismo que Némesis, tan pronto como llegó al poder, se encargó de perfeccionar.

—¿En serio no tenías ni idea? —T. negó con la cabeza, tratando de resultar lo más convincente posible, pero Nausícaa intuía que no le estaba contando toda la verdad—. Pues has tenido mucha suerte, porque no creo que queden muchas copias de tu presa, así que seguro que te pagan bien.

—¿Y el otro?

—¿Cuál?

—¿No decías que son dos libros?

—No sé cómo se llama.

—¿Y tú eras la que sabía mucho de historia?

—Yo no he dicho eso: he dicho que tú no tienes ni idea. Es diferente.

—¿De verdad no lo sabes?

Nausícaa negó con la cabeza y a T. le pareció que su reacción era sincera.

—Ni siquiera sé cómo se titula el tuyo. Solo que mi abuelo dice que es un Eje. Y él nunca se equivoca —apuntó con la mirada hacia el bungalow que compartía con Alcínoo—. Si quieras averiguar algo más, vas a tener que preguntárselo a él.

—No sé si le apetecerá mucho hablar conmigo —sonrió T. con ironía—, pero gracias.

—Cuídalo bien —le aconsejó ella—. No sería la primera vez que alguien pierde una presa en una Isla.

—¿Tan poco te fías de tus amigos?

—No lo son. Menos a mi abuelo, al resto ni siquiera los consideraría mis compañeros. Es gente con la que los dos viajamos y que nos sirve de escudo cuando algún escuadrón de Rebeldes nos ataca. Nada más. —Nausícaa señaló un almacén situado en el extremo norte de la isla y, flexionando los brazos y subiendo los puños a la altura de su rostro, como si fuera una boxeadora profesional, le preguntó—: ¿Te apetece?

T., que estaba deseando liberarse de la tensión de todo lo vivido en las últimas horas, no lo dudó.

—Por supuesto.

Nausícaa lo guio hasta un solar destaladado en el extremo oriental de la Isla. En él había algunas máquinas para hacer pesas y dominadas, unos cuantos bancos de abdominales y un improvisado *ring* que, en ese momento, no usaba nadie.

—Hay un gimnasio parecido en cada Isla —le explicó mientras caminaban entre los Cazadores que se encontraban entrenando. Tal vez fueran imaginaciones suyas, pero T. habría jurado que más de uno lo había mirado con intención—. No son gran cosa, pero sirven para mantenerse en forma y no perder la cabeza...

—No son buenos tiempos —repuso T. con ganas de zanjar la conversación Cuanto antes: temía que, si se adentraban en el territorio de su intimidad, debería inventar una biografía que cubriese su pasado como parte de los Rebeldes—. Pero quizás baste con vender un par de buenas presas para cambiar el rumbo, ¿no?

—Eso es lo que cree todo el mundo cuando se une a los Cazadores... Pero la mayoría lo dejan tras ganar lo justo para instalarse en uno de los Pisos Blancos. Otros tienen tan mala suerte que ni siquiera viven para contarla.

—Y tu sueño no es un Piso Blanco, ¿a que no? —T. estaba seguro de que Nausícaa no tenía pensado conformarse con esos espacios unifamiliares y minúsculos, distribuidos en los Distritos periféricos de Geonia y con los que

el Nuevo Orden pretendía haber solucionado el problema de la vivienda en Ypsilon.

—Mis sueños —respondió ella mientras se descalzaba y se subía a la lona — son más grandes que yo. Te lo aseguro.

—Soy bueno —le advirtió él mientras calentaban con unas flexiones en una esquina del *ring*.

—Yo también —respondió ella con aplomo, y lo demostró tan pronto como comenzaron a moverse.

T. tuvo que aplicarse al máximo para liberarse de cada una de las inmovilizaciones de Nausícaa, aventajada en las técnicas y muy rápida de reflejos.

—¿No te había dicho que soy experta en *krav maga*? —Presumió en uno de los momentos en que tenía a su rival bajo su poder.

—¿Ni yo que soy experto en imposibles? —se jactó él cuando logró, no sin dificultad, deshacerse del nudo que formaban los brazos de ella sobre su cuello.

Entre la admiración mutua y la rivalidad creciente, su combate fue interrumpido por la irrupción de Menelao, que buscaba a T. para hablar con él.

—Te han salvado. —Volvió a reírse ella con esa expresión que lo iluminaba todo.

—¿No te habrán salvado a ti? —se burló él mientras se despedía de su rival, agradecido por el entrenamiento.

—Veo que ya has conocido a nuestra campeona. —Le dijo Menelao cuando salieron del gimnasio—. No solo es una chica brillante, sino también una gran luchadora. Algun día puede que sea ella quien dirija todo esto.

—¿Todo esto? —T. no pudo reprimir su escepticismo—. No parece que aquí haya un liderazgo muy firme, la verdad...

—Porque no somos unos déspotas como los Rebeldes. —Reaccionó Menelao, molesto por su comentario—. Aquí cada cual hace lo que quiere y como le parece mejor. Las Islas son un espacio libre, muchacho. Pero eso no quiere decir que no haya unas normas. Ni unas leyes. Y, por eso mismo, tú y yo tenemos que hablar: si quieres seguir con nosotros, vas a tener que cumplirlas.

—¿Y qué normas son esas? —T. estaba seguro de cuál iba a ser la respuesta, pero fingió no conocerla.

—El cincuenta por ciento de cuanto obtengas.

—¿La mitad?

—Es lo justo.

—¡Es un abuso! —No podía creer que le exigiera un trato tan abusivo.

—Si no estás de acuerdo, basta con que te largues y te dirijas al Taigeto por tus propios medios.

—Sabes que no me dejarán entrar. No admiten a nadie que no pertenezca a una partida de Cazadores.

—Puedes probar suerte en otra Isla... Pero dudo que te den mejores condiciones que nosotros. Aquí, por lo menos, te estamos ofreciendo una parte de la recompensa. Pero no todos son tan legales, muchacho. No me sorprendería que otros Cazadores prefiriesen quitarte la presa y quedarse con todo.

—¿Y si me niego?

—Si te niegas, tendremos que despedirnos aquí. Y me veré obligado a ponerte a merced de los Rebeldes. Incluso puede que tenga que avisarles de tu presencia, porque seguro que hay alguien más buscando ese libro, ¿me equivoco?

—¿Traicionarías a uno de los tuyos?

—¿Quién te ha dicho que seas uno de los míos? Lo único que nos une es que tienes algo que me interesa. Algo que nos puede hacer muy ricos: tú te quedas con tu mitad y nosotros, por protegerte, con el resto.

Estaba claro que ese «nosotros» eran Alcínoo y Menelao. Definitivamente, su liderazgo no nacía de sus dotes de estrategas ni de su voluntad de defender a los demás Cazadores, sino de las opciones que les imponían para enriquecerse a su costa. No eran los jefes de la manada, sino los buitres que se ocupaban de que no quedara nada por aprovechar.

—¿Estamos de acuerdo, muchacho?

Odiaba el «chaval» con que lo había recibido Alcínoo.

Odiaba el «muchacho» con el que insistía en empequeñecerlo Menelao.

Y extrañaba, cómo lo extrañaba, el «hijo» con que lo llamaban Layo y Orion.

O el «¿pero T. y qué más?» con el que lo incordiaba Ariadna.

Aquel trato tenía muchos inconvenientes y una sola ventaja: era el único modo de alcanzar el Taigeto. Daba igual: ya encontraría el modo de zafarse de sus cláusulas abusivas con la misma agilidad con que se había librado de las llaves de Nausícaa.

—Está bien. —Accedió—. Cincuenta y cincuenta.

—Así me gusta, muchacho. —T. tragó saliva: algún día le haría comerse aquellas palabras—. Prepara tus cosas. Partimos esta noche.



4

CASANDRA

La huida de T. había enrarecido el ambiente y las relaciones en el seno de Ítaca.

Todos trataban de comportarse con naturalidad, pero les resultaba imposible no preguntarse por el motivo de su marcha y el robo del libro, dos hechos para los que no tenían más explicación que la brevíssima nota que Layo y Orion recibieron al día siguiente de su fuga.

«Necesito encontrarme. Por favor, dadme tiempo... Lo siento».

Trataron de averiguar la procedencia de aquel mensaje con la ayuda de Calipso, pero había sido programado desde el móvil de T. con antelación, de modo que no era más que la constatación de que el joven había desaparecido libremente, aunque sus padres siguiesen sin poder creerlo.

—Es que esto es difícil. —Intentó serenarlos Ariadna, que se negaba a dudar de la lealtad de alguien a quien había llegado a considerar un amigo.

—¿Esto? —Orion no sabía bien a qué se refería aquella cría que se dirigía a ellos con una autoridad impropia de su edad.

—Sí, esto, lo que nos pasa... Yo lo he sabido desde hace mucho, pero él no. Y es una de esas cosas que te marcan. Una verdad que, cuando la has descubierto, lo cambia todo. Quieras o no.

—¿Crees que está asustado? —A Layo le costaba imaginarlo: T. siempre se había mostrado más osado que sus propios padres.

—No lo sé... Pero estoy segura de que todo tiene una explicación.

Ellos le agradecieron sus palabras. A su manera, hasta resultaba enternecedor el esfuerzo de Ariadna por consolarlos, demostrando una vez

más que el tiempo, en su caso, no le había afectado del mismo modo que al resto de la gente que la rodeaba. En ella pesaban las experiencias vividas y, más aún, las que su don la condenaba a seguir viviendo.

De sus sueños, sin embargo, no les dijo nada.

Dudaba si debía o no hacerlo, pero temía que sacaran conclusiones precipitadas sobre esas imágenes en las que era incapaz de ver lugares concretos y donde solo sentía que acompañaba a T. en un viaje cuyo destino ignoraba.

Ariadna se había esforzado por sacar información de esas pesadillas y, una vez que Layo y Orion la dejaron a solas, se aseguró de que no había nadie más cerca y decidió probar suerte mencionando uno de los personajes que podía convocar gracias a su don.

C-A-S-A-N-D-R-A

En cuanto visualizó aquellas letras, la «C» se grabó diminuta en su piel y, a su alrededor, emprendieron el vuelo unas aves metálicas de dimensiones sobrehumanas que arrastraban cadáveres sin rostro.

Se negaba a que T. fuera uno de ellos y, convencida de que había sido una mala idea citar a la más agorera de las adivinas, trató de zafarse de aquellas imágenes lo antes posible. Cuando consiguió apartarlas de sí, se dio cuenta de que su habitación estaba llena de abolladuras, todas ellas provocadas por los picos de aquellos seres de cuya existencia acababa de advertirle su don.

—Acompáñame —le pidió Dédalo, que se acababa de presentar de improviso en su cuarto.

—Tampoco pasa nada por llamar antes —lo regañó ella y, aunque se sorprendió por su repentino mal humor, sintió que era justo que defendiera su propio espacio.

—Eso también es verdad —se disculpó él—, pero ven conmigo. Quiero enseñarte algo.

Atravesaron los espacios destinados al alojamiento de los Rebeldes y las zonas comunes de Ítaca hasta que llegaron al acceso de un piso subterráneo que Ariadna no había visitado aún. En su puerta, custodiada por un sofisticado sistema de seguridad desarrollado por Calipso y Aracne, los esperaba Helena.

—¿Estás preparada para contemplar lo más bonito que vas a ver en toda tu vida, Ari?

No le hizo gracia que aquella mujer, a la que apenas había visto en un par de ocasiones desde su llegada a Ítaca, la tratase con esa familiaridad. Y, mucho menos, que empleara el nombre con que la llamaba T. Pero no dijo

nada y se limitó a esperar a que les franquease la entrada aquella mujer de facciones delicadas, ojos cristalinos y rasgos perfectos, de una belleza tan extraordinaria como la de las diosas que habitaban en las páginas de su libro robado.

—Ya verás como tengo razón —insistió Helena antes de introducir el código que les permitía el acceso al verdadero corazón de Ítaca—. Bienvenida al Olimpo.

Ariadna se quedó boquiabierta ante aquella gigantesca sala llena de libros que, por sus lomos y apariencia, debían de pertenecer a épocas muy diversas. Las estanterías abarcaban todo el espacio que la rodeaba y en cada esquina podía adivinar otras puertas que, dedujo, comunicaban a su vez con más salas como aquella. Se encontraba en el lugar donde moraban los auténticos dioses de los Rebeldes: todas y cada una de las historias que habían conseguido rescatar a lo largo de los diez años de vida del Nuevo Orden.

—Creo que ya puedes cerrar la boca —se burló Helena, a quien siempre le resultaba especialmente divertida la reacción de quienes descendían al Olimpo por primera vez—. Además, no te hemos traído aquí para hacer turismo, sino para que me ayudes.

—¿Ayudarte?

—Necesito que alguien se ocupe de catalogar conmigo parte de estos ejemplares y, sobre todo, de perfeccionar el sistema de transporte que hemos organizado para ocasiones de emergencia. La mayoría son las últimas copias de títulos de los que tampoco hay rastro digital, así que, si se pierden, nos quedaremos sin la posibilidad de recuperar esas historias. Por no hablar de que muchos de ellos contienen anotaciones y comentarios de escritores y de lectores con los que bastaría para reconstruir la historia de Ypsilon, ¿me sigues?

—¿Y pretendes que te ayude a registrarlos... todo? —Ariadna estaba abrumada ante el volumen de libros que había a su alrededor y temía que aquella labor, que no prometía ser muy emocionante, la distrajese de su auténtica prioridad: encontrar a T.

—No, todo no —se rio Helena—. Solo los Esenciales.

—¿Los qué?

—Los ejemplares sin los que sería imposible entendernos —intervino Dédalo, que consideraba que el Olimpo, aquella especie de montaña invertida que nacía bajo tierra en vez de elevarse sobre ella, era el más importante de sus logros—. Los llamamos así porque son los títulos de los que no deberíamos desprendernos jamás.

—Y ahí es donde entras tú —le sonrió Helena, que ya no le resultaba tan antipática como al principio—. Seguro que juntas, y con alguna ayuda extra de tu don, avanzamos más deprisa.

—Mi don no creo que sirva para ordenar bibliotecas —repuso ella, algo molesta.

—No, pero seguro que sí te sirve para intuir qué libros son tan importantes como el tuyo y cuáles no.

Helena no se equivocaba, y Ariadna, a la que no le había hecho ninguna gracia eso de pasar de ser una heroína para convertirse en secretaria, tuvo que darle la razón. Había algo dentro de ella que había vibrado nada más pisar el Olimpo. No se lo comentó a ninguno de sus dos acompañantes, pero notaba que su corazón latía con fuerza ante la proximidad de aquellas obras entre las que, sin poder explicarse la razón, creyó visualizar la silueta de un árbol idéntico al del sueño que compartía con T.

Sintió un leve escalofrío y sacudió la cabeza con fuerza, tratando de alejar de sí aquella inoportuna imagen. En ese mismo momento, uno de los libros de los anaqueles superiores cayó al suelo. Se trataba de las tragedias de Sófocles y, cuando se agachó para recogerlo y devolvérselo a Helena, Ariadna se dio cuenta de que estaba abierto por la página en que intervenía un personaje que conocía bien...

Era Casandra.

—Mañana empiezas —le informó Dédalo, sin darle opción a réplica.

Ariadna no se opuso. Quizá colaborar con Helena en el Olimpo no fuera tan mala idea. Sobre todo, si entre esos libros había alguna respuesta a las dos grandes preguntas que la atormentaban: las sombras que intuía sobre su pasado y el paradero de T.

Si Casandra no se equivocaba (y nunca lo hacía), el Olimpo era el lugar que debía explorar para desvelar ambos misterios.



5

UN ESPÍA ENTRE NOSOTROS

Ubicado en el extremo norte de Ypsilon, el Taigeto se hallaba a unos dos días de distancia de su Isla. O, por lo menos, esos fueron los cálculos que a T. le había transmitido Menelao, quien nunca daba más información de la estrictamente necesaria.

—¿Ni siquiera vas a compartir un plano?

Él lo miró con la misma condescendencia con que se habría dirigido a un niño pequeño.

—¿Pretendes llegar por tu cuenta, muchacho? —T. negó con la cabeza—. Bien, porque, incluso si lo consiguieras, no te permitirían entrar.

T. agachó la cabeza y, algo abochornado —odiaba recibir órdenes que no atendieran a criterios racionales—, accedió a seguir la caravana de motos y vehículos ligeros que abandonaban la Isla rumbo al Taigeto. Aunque antes de partir no pudo evitar fijarse en un breve diálogo que le llamó poderosamente la atención.

Se encontraba en su cobertizo, buscando el modo de coser y plegar sus ropas para esconder el libro entre ellas, ya que estaba convencido de que, antes o después, alguno de los demás Cazadores intentaría revisar sus pertenencias para hacerse con él. Por mucho que hubiera mantenido en secreto su valor, le costaba creer que no se hubiera extendido el rumor entre aquel ejército de Cíclopes inexpresivos y mujeres y hombres sin escrúpulos.

Estaba a punto de dar por concluida su labor cuando se dio cuenta de que un par de Ejecutores, con sus inconfundibles uniformes rojinegros, acababan de atravesar el foso y eran recibidos por Alcínoo y Menelao.

Se aseguró de esconder bien su rostro para evitar que, pese a su cambio de imagen, pudieran llegar a reconocerlo, y se fingió ocupado mientras revisaba el estado de su moto, a la vez que aguzaba el oído para tratar de seguir su conversación.

—No, por aquí no hemos oído nada parecido —respondió Alcínoo a una de las preguntas de los Cíclopes, que T. no llegó a escuchar.

—A las Islas no llegan esas intrigas —añadió Menelao con marcado sarcasmo—. Eso queda para palacios como el de Naxos, no para cloacas de buscavidas como nosotros.

—No hace falta que exageres —respondió el Ejecutor, dando muestras de haber entendido la ironía de su interlocutor y sorprendiendo con su reacción al propio Menelao. La Inteligencia Y de Moira comenzaba a dar sus frutos, pensó T., y eso hacía que los Cíclopes fueran más peligrosos que nunca—. Si averiguáis algo, lo que sea, comunicadlo de inmediato. Némesis está convencida de que los Cazadores y Bibliófagos podéis ser de gran ayuda para descubrir si hay algún infiltrado en nuestra organización.

—Los Bibliófagos no verían a nadie aunque lo tuvieran delante de sus narices. —Alcínoo no disimulaba su desprecio hacia esa estirpe de Cíclopes con quienes los obligaban a convivir—. No son más que bestias que nos hacen competencia desleal.

—Realizan su trabajo. —Los defendió el Ejecutor, en quien Menelao, si no fuera porque se trataba de un androide, juraría haber percibido una pizca de orgullo—. Como nosotros.

—Si descubrimos algo, os loharemos saber. Pero decide a nuestra Presidenta que si los Rebeldes cuentan con algún espía, estoy seguro de que se encontrará muy cerca de ella. Aquí no admitimos a cualquiera ni tenemos tiempo para guardar secretos.

—Némesis no se pregunta si guardáis secretos —lo corrigió el Ejecutor—, sino libros.

—¿Cómo? —Alcínoo estaba realmente furioso. Aquel maldito cíborg había conseguido sacarlo de quicio—. ¿De qué se nos está acusando exactamente?

—Nadie os ha acusado de nada. —Trató de tranquilizarlos el Ejecutor—. Solo queremos averiguar si hay alguien entre los Cazadores que, en vez de quemar los libros en el Taigeto, los rescata.

—Eso es ridículo —se quejó Alcínoo, que no estaba dispuesto a tolerar ni una insolencia más—. Llevo demasiados años jugándome la vida como para seguir aguantando esto.

—¿De verdad creéis que alguien como yo ayudaría a la escoria rebelde? —estalló Menelao—. ¿Después de que esas ratas me robaran a la única persona que me importaba?

—No podemos responder a eso.

—No, claro que no podéis. Vosotros no podéis responderme a nada —incapaz de contener su furia, las palabras de Menelao brotaban con la violencia de un río desbordándose—, porque Moira no os ha insertado las historias que otros sí llevamos a cuestas. Vosotros no sabéis quién era Helena. Ni lo importante que llegó a ser en mi vida. Ni cómo me la destrozaron cuando ese indeseable de Paris se la llevó consigo... Y eso no está en vuestros sistemas porque Moira se ha creído que para otorgaros inteligencia basta con que finjáis sentimientos, pero no se ha dado cuenta de que, para que esas emociones tengan sentido, también necesitáis memoria.

Menelao se arrepintió de lo que había dicho nada más acabar: sabía que los Cíclopes, fueran de la generación que fueran, grababan cuanto veían y sucedía a su alrededor. Al menos, se dijo para consolarse, había dejado constancia del sincero odio que albergaba hacia los Rebeldes y de los motivos que lo convertían en uno de sus enemigos más acérrimos.

—Lo único que sabemos es que hay un espía. —El Ejecutor recondujo pronto su discurso sin llegar a trabarse o perderse, como sí sucedía a menudo en el sistema operativo de los Rastreadores—. Alguien tuvo que ayudar a los Rebeldes el día del Aniversario. Y ese alguien está entre nosotros. Así que manteneos alerta.

—Es lo que hemos hecho siempre, y podéis decirle a la Presidenta que vamos a seguir haciéndolo. —Alcínoo zanjó la conversación y, con un gesto firme y seco, le pidió a Menelao que no pronunciara una palabra más.

Los Ejecutores salieron de allí con su aire marcial y T. se quedó pensativo, preguntándose por la identidad de la persona a la que buscaban y que, según Némesis, había ayudado a los Rebeldes a liberar a los padres de Ariadna.

Hasta donde él sabía, esa persona no existía.

Nadie les había tendido la mano en ningún momento: ni en su búsqueda del Hades, ni en su victoria sobre el Minotauro, ni en su lucha contra las Sirenas.

Así que, quizás, la visita de los Ejecutores escondía un doble motivo. A lo mejor la existencia de ese supuesto infiltrado no era más que una excusa para inspeccionar las Islas, registrar a sus pobladores y enviar las grabaciones al Senado para que fuesen revisadas por Argos y sus tropas de seguridad. Vídeos

donde no buscaban a una persona, sino un objeto. La más codiciada y deseada de todas las presas.

La misma que T. acababa de coser a sus ropas justo antes de partir.



6

EN TIERRA DE NADIE

Se esforzaba por no obsesionarse con lo que había dejado atrás, pero le resultaba imposible olvidarlo. Procuraba no preguntarse cómo se encontraría Ariadna. Qué estarían haciendo o diciendo sus padres. Cómo habrían asimilado su marcha los Rebeldes que lo habían acogido y entre quienes se había convertido pronto en uno más.

T. estaba convencido de sus motivos, pero le angustiaba no poder compartirlos.

El silencio doble, hacia quienes habían sido sus compañeros y hacia quienes habían empezado a serlo ahora, lo asfixiaba, y había ocasiones en que le resultaba difícil respirar, como si las palabras encerradas amenazasen con ahogarlo.

Palabras como «Ariadna», a quien imaginaba trabajando con Leda, Calipso y Aracne, aquel trío de mujeres excepcionales. No podía saber, sin embargo, que la persona con la que realmente había comenzado a colaborar Ariadna se trataba de alguien a quien él apenas había tenido tiempo de conocer.

Además, tampoco debía despistarse de su auténtica misión: formar parte de los Cazadores exigía toda su atención, y sus esfuerzos por imaginar lo que fuera que estuviera sucediendo entre los Rebeldes solo conseguían distraerlo y, en suma, hacerlo mucho más vulnerable. No podía permitir que descubriesen sus debilidades. Que viesen sus grietas. En cuanto sospechasen de su fragilidad, tratarían de atacarlo para hacerse con aquel ejemplar que había desatado la codicia de Alcínoo y los suyos.

Cada cierto tiempo, como si fuera un acto reflejo, abrazaba su cuerpo para asegurarse de que su libro seguía allí, cosido a su ropa. Oculto y, a la vez, a la vista, tal y como le habían enseñado sus padres, que insistían en que nada estaba tan bien escondido como aquello que resultaba evidente.

Llegar al Taigeto.

Eso era lo único que debía importarle.

Conseguir entrar en el lugar donde se destruía y, a la vez, se construía aquello que sostenía el Nuevo Orden. Su núcleo intelectual, como lo presentaban Hermes y sus Consejeros del Ministerio de Información. O su vertedero de propaganda, como lo denominaban Layo y Orion.

Le habría gustado tener tiempo de explicar a sus padres algo más de lo poco que les había dicho en su último mensaje. Tan solo unas palabras con las que pretendía tranquilizarlos: estaba dispuesto a asumir el riesgo por hacer lo que estaba haciendo, sí, pero no a preocupar a su familia hasta el punto de que lo creyeran secuestrado o retenido contra su voluntad. Aunque quizá, pensó con un poso de rencor del que no se enorgullecía, les estuviera bien empleado. Por mentirle. Por no decirle la verdad. O, en caso de que su intención no fuera engañarlo, por no haber sido sinceros con él desde el principio.

A lo mejor todo habría sido más sencillo si le hubiesen confesado que ignoraban muchos datos de su pasado. Si le hubiesen advertido de que quizá hubiera dentro de él algo que fuera diferente a los demás. O, a lo mejor, no. T. no sabía si debía darles las gracias por haberle permitido crecer sin el peso que Ariadna había soportado desde niña o si tenía que reprocharles que le hubieran impedido tomar conciencia de su poder hasta muy tarde.

Pero su misión era demasiado importante como para darle vueltas a dudas que ya tendría tiempo de resolver. Por mucho que le doliera sentirse perdido en una historia que cada día que pasaba tenía menos claro que fuera la suya. Una historia sin nombre, sin nada más que esa T. tan escueta como el mensaje de despedida que había preparado para sus padres. Hubiera querido darles más detalles, sí, pero era un asunto delicado.

Demasiado delicado...

Y solo una persona conocía los verdaderos motivos de su huida.

«Es lo mejor», le dijo.

«Debemos actuar con discreción», lo convenció.

Mientras seguía a los Cazadores a través de la ruta trazada por Menelao y Alcínoo, T. se preguntaba si no podría haber hecho las cosas de otra manera.

De haber sido así, ahora sabría que Ariadna se había sumado al equipo de Helena, en quien Dédalo había delegado el cuidado y la gestión del Olimpo.

T. se habría reído si hubiese visto la reacción de Ariadna al enterarse de que le habían encargado lo que ella llamó «trabajo de oficina», pues una de sus labores consistía en registrar los últimos títulos salvados, además de hacer una copia digital y una reseña básica de su argumento, de modo que, si alguna vez se perdían esos ejemplares, contaran con los datos básicos para conservar su contenido mientras buscaban otras posibles copias. A T., que había llegado a conocerla bien en el tiempo que habían compartido juntos, le habría hecho gracia escuchar sus quejas por ser relegada a «un rollo de tarea» (así lo llamó), en vez de labores mucho más intrépidas y, según su criterio, entretenidas.

Pero ni Dédalo cedió ni Clío y Néstor le dieron la razón a su hija, así que Ariadna había tenido que aprender a trabajar con Helena y, para su sorpresa, hasta había descubierto que aquella labor de catalogación que parecía no tener fin no era tan aburrida ni tan insignificante como pensaba, pues con sus documentos no solo registraban los títulos rescatados, sino también —y esto era igual de importante— todos los que quedaban por rescatar. Los mismos que buscaban los Cazadores a los que se había unido T., que ignoraba qué era el Olimpo, o en qué consistía la labor de Helena, o que Ariadna la estuviera ayudando a desempeñarla.

Lo único que sí sabía es que Helena era un nombre que atormentaba a Menelao. Al menos, eso había deducido de su pérdida de estribos ante los Ejecutores, a quienes había hablado de un secuestro. Y de un tal Paris. Y de una historia que quizá, pensaba T., hubiera sido el origen de su conversión en Cazador. A lo mejor Menelao no buscaba títulos prohibidos por afinidad al Nuevo Orden, como hacían los más fanáticos de su grupo, ni tampoco por codicia, como la mayoría, sino porque ese era su particular modo de vengarse de los Rebeldes, que lo habían alejado de aquella mujer a la que T. apenas había llegado a conocer. Aquella mujer que, sin embargo, contaba una historia de sí misma muy diferente a la versión de Menelao.

T. lo habría entendido mejor si hubiera estado presente en alguna de las conversaciones que Helena, a quien Ariadna había caído en gracia, mantenía con su nueva ayudante; si la hubiera visto hablar con Paris, su pareja y uno de los más fieles ayudantes de Calipso: él se ocupaba de vigilar las comunicaciones del Senado y sortear sus barreras informáticas para intentar obtener los datos más precisos sobre cada uno de sus movimientos.

Se contaba que Paris había secuestrado a Helena. Eso, al menos, era lo que T. había escuchado decir a Menelao. Una versión que no tenía nada que

ver con la que algún día escucharía también Ariadna, quien, temerosa de entrometerse, no se atrevía a preguntar.

En realidad, solo la obsesionaba un interrogante.

Y esa única pregunta era T.

Ese amigo que Ariadna se negaba a admitir que hubiera perdido y que los Rebeldes no lograban localizar.

—Siempre ha sido muy independiente, pero esto... —Era todo lo que repetía Layo, desanimado tras comprobar que no había una sola pista sobre T. en los informes de Céfiro—. No entiendo que haya desaparecido precisamente ahora.

—Necesita su espacio... Entenderse. —Trataba de razonar con él Orion —. Ya leíste su mensaje.

—Claro que lo leí. Lo he leído tantas veces que me lo sé de memoria. Pero es como si ni siquiera lo hubiera escrito él.

—¿Qué quieres decir?

—No estoy seguro, Orion... Pero T. no es así. Y tú y yo lo sabemos. ¿O a ti no te preocupa que no estemos haciendo lo correcto?

—Si lo presionamos, será peor. —Su marido estaba convencido de que dejar su destino en manos del mando rebelde era la mejor decisión posible—. Nuestro hijo ya no es un niño, Layo, y si ha decidido que debe buscarse, nuestra obligación es respetarlo.

—¿Y si en esa búsqueda se arriesga demasiado? Podría encontrarse con quien no debe... Además, ¿por qué ha tenido que llevarse ese libro? ¿Qué espera sacar de él?

Y Layo, que, pese al dolor, creía intuir el porqué de la marcha de su hijo, no dudó en responder:

—Respuestas.

Las mismas que Ariadna no encontraba y que T., pese a todo, seguía buscando.

Las razones que explicaban sus transformaciones y cómo era posible que nunca lo hubiera sabido hasta que aquel ejemplar de cubiertas quemadas apareció en su vida.

—Volverá —aseguraba Ariadna, que se negaba a convertirlo en el traidor que algunos querían ver en él, y del que hasta Clío y Néstor habían empezado a sospechar.

—Por suerte —trató de consolarla su madre—, lo haga o no, tú ya no lo necesitas.

Clío se refería al libro, aludiendo al hecho de que ahora, cada vez que su hija obraba un prodigo, se grababa sobre su piel la inicial de los nombres de las criaturas que antes debía leer en aquellas páginas. Pero a T. le habría gustado ver la reacción de Ariadna al pensar que estaba hablando de él: cómo lo defendió y le explicó que entre ellos existía un vínculo que, de alguna manera, la completaba. Y los hacía más fuertes. A él, porque le había ayudado a descubrir un don que desconocía. A ella, porque le había hecho perfeccionar el suyo hasta el punto de ser capaz de provocar la magia sin recurrir físicamente al Eje.

T. no podía adivinar sus conversaciones. Pero sí imaginaba las dudas que su marcha debía de haber sembrado. Y estaba tan seguro de ellas como de que Ítaca estaba preparando algo. Por eso, aunque las ganas de romper su silencio fueran cada día un poco más intensas, ya no era momento de dar marcha atrás. Ni de buscar el modo de comunicarse con quienes tanto extrañaba. Cualquier paso en falso podía condenarlo al fracaso: rechazado por aquellos a los que había abandonado y cuestionado por quienes ahora lo acompañaban.

Por mucho que ansiara saber qué sucedía en Ítaca y de qué modo iba a influir en los acontecimientos venideros, debía reprimir su curiosidad. Dé lo contrario, corría el riesgo de convertirse en fugitivo de sí mismo...

En tierra de nadie.



7

ÁGUILAS

No podía explicar su origen. Ni siquiera su contenido. Pero Hermes estaba convencido de que debía guardar con cuidado aquella fotografía.

Una imagen que, en el futuro, quizá le podría resultar muy valiosa. Sobre todo teniendo en cuenta la fractura que, desde el fracaso del Aniversario, poco a poco resultaba más evidente entre los miembros del Senado.

Hacía tiempo que eran obvias las diferencias entre quienes se mostraban partidarios de las políticas de Argos y quienes apoyaban las estrategias de Moira. Mientras que el General basaba su gestión en una estrategia fuertemente militarizada, la Arquitecta había articulado sus acciones en torno a su ambicioso programa de Inteligencia Y, con el que había comenzado a implantar emociones en sus criaturas cibernéticas. Dos caminos divergentes que, sin embargo, perseguían un mismo objetivo: el control total de la población de Ypsilon y la supremacía dentro del Senado.

Sus desavenencias, ante las que Apolo y los miembros más veteranos del Gobierno se afanaban en permanecer neutrales, eran un secreto a voces, pero el desastre del Aniversario había servido para subrayarlas, hasta dar lugar a una situación casi insostenible que, antes o después, les obligaría a posicionarse.

Y aquella imagen, que Hermes había descubierto casualmente, podía ser el as que necesitaba en el momento más crucial de su vida. Un valor seguro para negociar cuando llegara el día en que uno u otro bando quisiera juzgarlo por no haber mostrado lealtad incondicional a ninguno de ellos.

Tal vez la llave de su futuro fuera esa fotografía, uno de los poquísimos retratos que se conservaban de la infancia de Némesis en los archivos oficiales. ¿Tan celosos de su intimidad eran Pigmalión y Galatea? ¿Dónde estaban, si es que alguna vez habían existido, los demás posados junto a su hija? A Hermes le extrañaba que los padres de Némesis no hubiesen guardado un nutrido archivo digital con todos los recuerdos recopilados en forma de fotos, vídeos y hologramas. ¿No son todas las familias, por naturaleza, coleccionistas acaparadoras de los recuerdos junto a sus hijos?

En la imagen, Némesis no debía de tener más de cinco o seis años y sonreía junto a sus padres, unos jóvenes Pigmalión y Galatea. A Hermes le llamó la atención la mirada de él: Pigmalión no fijaba sus ojos en el objetivo, sino en un extremo de la sala donde había sido tomada la fotografía.

Daba la impresión de que hubieran sido sorprendidos por la llegada de alguien, de la que solo él se había percatado mientras su mujer y su hija seguían pendientes de la cámara. O quizás se trataba de una persona que Pigmalión no quería que se sumase al grupo (de ahí que su brazo derecho estuviese ligeramente levantado) y cuya presencia amenazaba con estropear el retrato familiar.

Hermes ignoraba qué secretos escondía aquella imagen, pero la fotografía era lo suficientemente sospechosa como para intuir que podía valer más por lo que no se veía en ella que por lo que mostraba.

—¿Me estáis diciendo que no ha habido un solo avance?

Los Ministros bajaron la cabeza, tratando de esquivar la mirada incendiaria que Némesis acababa de dedicarles.

—Hemos difundido todas las imágenes con la esperanza de que alguien pueda darnos alguna pista válida, pero aún no ha habido suerte —se excusó Hermes—. Quizás si pudiéramos mencionar el libro...

—¿Te has vuelto loco? —Némesis no estaba dispuesta a que la verdadera naturaleza de ese ejemplar traspasara los estrictos límites de su palacio—. ¿Confesar que está circulando un título prohibido cuyas consecuencias no podemos controlar? Es más, que ni siquiera podemos explicar... ¿De verdad crees que es buena idea generar semejante alarma social?

—Por no hablar de que puede despertar curiosidad hacia los otros títulos del Índice... —apostilló Apolo—. Incluso podría motivar que apareciese alguna copia más del Segundo Eje.

—Pero si advirtiésemos de su existencia, se podría identificar a quien tratara de usarlo —insistió Hermes—. O intercambiarlo.

—Nadie querría deshacerse de un libro así —lo corrigió el Senador—, puedes estar seguro.

—¿Cuántas veces más voy a tener que soportar que esa turba de violentos nos ponga en ridículo? —La Presidenta, que aún no había asimilado el revés que había supuesto el fallido Aniversario, estaba a punto de estallar de ira—. Está claro que la niña se encuentra protegida por la cúpula de los Rebeldes, ¿no es eso? Pues debería bastar con localizar su sede para dar con ella y con el imberbe de su amigo.

—El problema —respondió Argos con voz pausada, intentando reconducir la conversación— es precisamente ese.

—¿El problema es que sabemos dónde se esconden? —Reaccionó Némesis con sarcasmo.

—Conocemos el lugar teórico, sí. Y hasta su nombre: Ítaca —prosiguió Argos, que estaba habituado a los arrebatos de su Presidenta—, pero no su verdadero emplazamiento. Llevamos semanas analizando sus comunicaciones, pero el sistema de codificación que utilizan impide determinar una ubicación única.

—Durante estos diez años han corrido ríos de tinta sobre ese Refugio Central. —Le tomó la palabra Hermes—. Resulta difícil saber si sé trata de un espacio real o tan solo es un mito con el que se protegen.

—Quizá los únicos Refugios sean los campamentos nómadas —le dio la razón Argos—, que sí hemos logrado rastrear y desactivar en su mayoría. Eso explicaría que las señales que hemos interceptado hasta ahora sean dispersas y hasta contradictorias.

—O quizás sí existe esa Ítaca —intervino Moira— y han encontrado el modo de hacerla invisible a nuestros ojos durante todos estos años.

—¿Y eso no sería responsabilidad tuya? —La retó Argos.

—Mi responsabilidad es diseñar los ciborgs más cualificados para satisfacer las órdenes de tus estrategas, querido Argos. —Lo calló ella—. Yo me encargo de poner mi ciencia a vuestra disposición, y vosotros, de aplicarla ahí fuera. Que los resultados no sean los esperados no es asunto mío.

La hostilidad entre el brazo militar y el brazo científico de Ypsilon aumentaba cada día que pasaba. Ni Argos ni Moira disimulaban ya su antipatía: ambos estaban firmemente convencidos de que las grietas en la seguridad estatal se debían a las carencias del contrario.

Moira acusaba a Argos de haber sido incapaz de retener a Ariadna, y Argos acusaba a Moira de haber puesto en marcha un prototipo como el de las Náyades sin haber contrastado antes su validez. El General repetía con enfado que, si aquellas ninfas no hubieran intervenido, ahora tendrían a Ariadna y a los demás Rebeldes encerrados en la celda más recóndita del Hades.

Hermes, a su vez, los culpaba a ambos, aunque no dijera nada ni a favor ni en contra de ninguno. Junto con Apolo, se había convertido en alguien mucho más poderoso de lo que jamás había soñado: gracias al deterioro político que sufrían sus adversarios, ahora él era uno de los máximos confidentes de Némesis.

Claro que la Presidenta no sabía nada de la foto que Hermes guardaba, y sobre la que había seguido investigando. De momento no había averiguado gran cosa. Pero estaba convencido de que, si seguía indagando, acabaría descubriendo quién era el personaje que, por la actitud de Pigmalión, se escondía en el extremo de la habitación que no captó la cámara.

—Creía que nuestros objetivos principales estaban claros. —Némesis fulminó con la mirada tanto a Argos como a Moira: no estaba dispuesta a ceder ni ante sus fracasos ni, mucho menos, ante sus desavenencias—. El primero, desarticular las células rebeldes. Y el segundo, asegurarnos el triunfo en las elecciones. Solo estamos a una semana de que empiece la campaña, y esta situación es justo la contraria de la que habíamos previsto.

Todo su equipo creía que era un buen plan. La propia Némesis había felicitado a Apolo cuando propuso fijar el día de las votaciones justo un mes después del Décimo Aniversario; de este modo, apenas tendrían que esforzarse en una campaña que habrían ganado de antemano. Les bastaría con aprovecharse del éxito de la celebración para recordar la prosperidad y la grandeza del Nuevo Orden a aquellos ciudadanos que pudieran albergar alguna duda por culpa de las maniobras rebeldes.

—Se suponía que el adelanto electoral tenía que beneficiarnos —les reprochó—. Incluso decíais que íbamos a consolidar nuestra situación a nivel internacional, sobre todo ahora que sabemos que esos delincuentes llevan tiempo tratando de difundir toda clase de mentiras contra nuestro Gobierno. Pero para eso debíamos celebrar un Aniversario ejemplar.

—Ese día nadie podía prever que... —Trató de justificarse Argos.

—¡Vuestro trabajo es preverlo todo!

Los Consejeros y Ministros callaron, presos de la vergüenza por su fracaso y del miedo a sus posibles consecuencias.

—Y ahora, por culpa del desastre que fuisteis incapaces de frenar —siseó Némesis, sin suavizar la cólera que la invadía—, la situación es mucho más delicada. Así que no quiero más excusas: necesitamos dar con su refugio, su Ítaca o como quiera que se llame el basurero donde se esconden.

—No debería preocuparnos en exceso el resultado electoral —se aventuró a pronosticar Apolo, que confiaba en seguir contando con la escucha benevolente de su Presidenta—. No es probable que surja un rival fuerte ni que su candidatura pueda superar en popularidad a la tuya. En estos años nos hemos encargado de consolidar el Nuevo Orden para evitar que suceda algo tan desafortunado.

—Tampoco debía preocuparnos el Aniversario y, al final, el esfuerzo que hemos tenido que hacer en comunicación para paliar el desastre ha sido enorme —argumentó Némesis—. Me inquieta que nos hayamos confiado.

—Ni siquiera parece que vaya a haber otra candidatura aparte de la que nosotros mismos estamos alentando —insistió Apolo—. Salvo la de Egisto, que más que un rival es nuestro títere, no hay sombras que amenacen tu victoria.

—Así lo espero. —Fue todo lo que respondió ella, que no dejaba de pensar en la posibilidad, por remota que fuera, de que se presentara alguien más. Alguien capaz de aprovechar los mecanismos del Nuevo Orden para acabar burlándolos. Pues, aunque el Senado había promulgado las leyes necesarias para blindarla en el poder, también habían necesitado hacer ciertas concesiones para darle apariencia de democracia a un sistema que, como había apuntado Apolo, no lo era.

Estaban a punto de dar por terminada la Asamblea cuando Moira pidió la palabra. No lo tenía previsto, pero el temor a perder el favor de la Presidenta la llevó a creer que aquel era el mejor momento para revelar su nueva creación. A fin de cuentas, su talento había sido siempre su mejor baza para consolidarse en el poder.

—Y si esa hipotética candidatura existiera, os aseguro que podríamos desacreditarla fácilmente.

—¿De qué manera? —Némesis, acostumbrada a los enigmáticos preámbulos de su Ministra de Tecnociencia, esperó a que aclarase a qué se refería. No tenía ninguna duda de que estaban a punto de conocer otra de sus criaturas.

—Con ellas —contestó a la vez que activaba un preciso mecanismo para que aquellos seres, custodiados por Gea, hiciesen acto de presencia en Naxos.

Sin darles tiempo a reaccionar, el grupo se vio rodeado de cuatro águilas gigantescas, cuya mirada recordaba notablemente a la de los Ejecutores. Cubiertas de un plumaje metálico y cobrizo, aquella nueva estirpe de Cíclopes aunaban la capacidad física y emocional de los Ejecutores con las habilidades telepáticas de las Náyades.

—Pero mientras que las Náyades reflejan heridas del pasado —les explicó—, mis Águilas extraen los secretos más oscuros de las personas a las que miran, arrancándolos con la misma fiereza con la que su antepasada devoraba cada noche el hígado de Prometeo.

Nada más acabar de hablar, un Ejecutor entró en la sala escoltando a uno de los prisioneros que cumplían condena en el Hades.

—Y ahora estáis a punto de comprobarlo.

Obedeciendo un gesto suyo, una de las Águilas se acercó al recluso que, amordazado y esposado, fue incapaz de defenderse cuando aquel monstruoso cíborg introdujo el pico de acero en su vientre.

Hermes tuvo que apartar la mirada ante el sangriento espectáculo que Moira había preparado, y cerró los ojos en cuanto escuchó el grito ahogado de dolor que lanzó aquel hombre al expirar. Casi al instante, su sangre dibujó en el suelo la silueta de un edificio colosal, semejante en forma y dimensiones a una montaña.

—¿Lo veis? —Moira no ocultó su satisfacción—. Si no hubiera sido detenido por haber intentado robar en el Taigeto, hoy habríamos descubierto su delito.

—Pueden ser útiles —se aventuró a afirmar Némesis, que se preguntaba si la nueva creación de Moira podría servirle para identificar al traidor que, estaba segura, había puesto sus vidas en peligro durante el Aniversario.

—Lo serán —afirmó la Arquitecta, orgullosa de su trabajo y, más aún, del miedo que leía en las expresiones de quienes la observaban. Tal vez Argos contara con la fuerza de sus tropas de Cíclopes, pero era ella la que podía diseñar criaturas y sistemas capaces de hacerlos pedazos—. Gracias, Gea. Encárgate de comprobar que disponemos de tantas Águilas como necesitemos para garantizar la seguridad en las próximas elecciones.

La veterana Arquitecta, que había formado parte del equipo de investigación tecnocientífica en los tiempos de Orfeo, obedeció.

—Usad los recursos que estiméis convenientes —ordenó la Presidenta mientras un par de Rastreadores retiraban el cadáver del prisionero del despacho presidencial—: quiero una confirmación de la existencia de Ítaca cuanto antes. No podemos permitirnos correr ningún riesgo antes de unas

votaciones que, de no haber sido por los contratiempos del Aniversario, ya podríamos dar por ganadas. Y, por supuesto, si se constata su existencia, destruidla de inmediato.

Los Ministros salieron de allí decididos a satisfacer sus demandas, pero Némesis le pidió a Apolo que se quedara con ella un momento más.

—Habla con Moira —le ordenó, una vez a solas, mientras apuntaba con su mirada al charco de sangre que manchaba el suelo de la habitación—. Si sus Águilas son capaces de arrancar secretos, está claro que pueden ayudarte en tu misión.

—No hay secreto más oscuro ni más imperdonable que la traición —sentenció el Senador con aplomo, consciente del respeto con el que la Presidenta escuchaba sus palabras.

—Y por eso mismo debemos castigarlo con dureza.

Apolo no añadió ni una palabra más. Sabía bien qué se esperaba que hiciera. Y Némesis, a quien la sospecha de un traidor entre los suyos empezaba a quitarle el sueño, estaba segura de que el Senador era la persona idónea para desenmascararlo.



8

SÍSIFO

T. no sabía ni lo que pensaba ni lo que hacía Ariadna, pero, de algún modo que ella no podía explicarse, Ariadna sí era capaz de adivinar lo que hacía él. O, por lo menos, de soñarlo.

También era posible que nada de lo que veía fuera cierto. Incluso que aquellas visiones nacieran de su necesidad de seguir creyendo en T. y de buscar una explicación lógica a sus acciones.

No era la fuga de un niñato, como había llegado a escuchar a algunos de los Rebeldes, entre ellos Paris y Céfiro, a espaldas de Layo y Orion.

Ni una traición, por mucho que se hubiera llevado su libro consigo.

Ariadna estaba tan convencida de que había un porqué en la huida de T. como lo había estado de su don. Y si no se había equivocado entonces, tampoco creía que su intuición fallase ahora.

Por eso, cuando él irrumpía en sus sueños, siempre en medio de un grupo de desconocidos que, por sus cascos plateados, debían de pertenecer a los Cazadores, se convencía de que aquellas imágenes no eran fantasías, sino mensajes con los que seguía comunicándose con T. a pesar de la distancia que los separaba.

¿Telepatía?

No tenía pruebas para demostrarlo, pero tampoco motivos para negar que fuera posible. ¿Acaso no eran ambos capaces de convertir en realidad lo que imaginaban a partir de las palabras del mismo libro? Si los dos compartían ese don, no parecía improbable que hubiesen desarrollado un vínculo diferente al del resto de la gente que los rodeaba. Ellos eran distintos, y esa diferencia,

que los había obligado a ser conscientes de la realidad antes de tiempo, también constituía su mayor fortaleza.

Su don era, al mismo tiempo, su talón de Aquiles, y eso, que no dejaba de ser una contradicción dolorosa, también era un lazo que los unía. Pese a que Ariadna no pudiera entender la decisión de T., o a que T. no le hubiera confesado sus razones a Ariadna.

—¿Para protegerla?

—¿Para protegerse?

Ariadna estaba llena de preguntas y, aunque prestaba atención a las instrucciones de Helena, con quien empezaba a sentirse cada vez más cómoda en sus nuevas tareas en el archivo del Olimpo, a veces le costaba concentrarse en lo que estaba haciendo. Como si percibiera indicios. —A veces un sonido, a veces un destello, a veces una sombra— de lo que sucedía lejos de allí, dondequiera que se encontrara T.

—Deberías bajar de las nubes de vez en cuando. —Se reía Helena cuando la sorprendía absorta en sus pensamientos.

—Lo siento —respondía ella, azorada.

—No te disculpes, no hace falta. Este trabajo puede ser muy monótono... Pero es muy necesario. Y para ti más que para nadie.

—¿Para mí? —A veces le encantaría que su don fuese otro muy diferente. La invisibilidad, por ejemplo. Gozar de la capacidad de que nadie la encontrase ni la convirtiese en la esperanza de un movimiento que, cada día que pasaba, añadía enemigos y obstáculos más peligrosos.

—Está claro que, más allá de los rumores que corren...

—¿Qué rumores? —La interrumpió Ariadna, que no sabía en qué momento su vida se había convertido en tema de debate público.

—Se habla mucho de lo que hiciste en el Aniversario. Y ya sabes que hay quien cuenta las cosas como fueron y quien prefiere añadir algo más de literatura...

—No lo hice yo sola —sabía que mencionar a T. era, según con quien estuviese hablando, un tema delicado, pero necesitaba reconocer su mérito—: fue una labor de equipo.

—Por eso es importante que conozcas bien todo lo que guardamos en el Archivo, porque tú eres una parte esencial de ese equipo. Y si tu don ha nacido de ejemplares como los que aquí protegemos, es necesario que sigas cultivándolo.

—¿No se supone que me necesitas para ponerlos a salvo por si alguien nos ataca? —empezaba a estar harta de que todo lo que la rodeaba siempre

tuviera un doble sentido, o una intención oculta, o algún mensaje secreto que los demás camuflaban como si ella no estuviera preparada para que le hablasen con sinceridad. Según su madre, últimamente la encontraba especialmente irascible «por culpa de la adolescencia». Según Ariadna, el problema era que la seguían tratando como si todavía tuviera seis años.

—Para eso te necesito yo, sí. —Le dio la razón Helena—. Pero para conocer más referencias que alimenten tu don es para lo que me necesitas tú.

—He probado con otros libros antes. —Ariadna negó con la cabeza, convencida de que lo que sugería Helena era inútil—, y nunca sucede nada. El único con el que ocurren... —dudó antes de elegir la siguiente palabra: nunca sabía cómo llamar a eso que sucedía gracias a su don—, el único con el que ocurren cosas es la *Odisea*. Con los demás, nada de nada.

—Eso mismo me han explicado tus padres. Pero ese libro no deja de ser el principio y la inspiración de otros muchos. Además, parte de sus historias recogen, a su vez, otros mitos y relatos anteriores. Así que cuanto más amplíes las fronteras de lo que ya conoces, más posibilidades tendrás de mejorar y ampliar tu potencial.

—¿Y si no hay nada que mejorar? ¿Y si esto es todo lo que soy?

—No somos solo un momento, Ariadna. Somos mucho más que eso. —En la mirada de Helena, igual que en sus palabras, creyó sorprender un ansia de libertad que iba más allá de la conversación sobre su don o la relevancia de su labor en el Olimpo—. Somos todos los días que sumamos, todas las heridas que nos duelen y todas las victorias con que las sanamos. Somos movimiento. Somos cambio. ¿No lo entiendes? Tú solo has empezado un camino que ni siquiera sabes dónde te va a llevar. Nadie lo sabe. Así que lo único que puedes hacer es tratar de seguir buscando. Aunque ni siquiera estés segura de lo que quieras encontrar.

Ariadna no pudo evitar pensar que, aunque estuviera hablando de su futuro, parecía que Helena se refiriese a sí misma. De algún modo, también su vida había quedado marcada por ese episodio que era pasto de rumores y leyendas. Se hablaba mucho del secuestro de Paris, de la amargura de Menelao, pero Ariadna no había escuchado nunca la versión de Helena y, de momento, no se atrevía a preguntársela. El suyo era un silencio pactado, un modo de esquivar la presencia de un fantasma del que ambas eran conscientes, pero sobre el que no querían hablar.

—Te haré caso —fue todo lo que le respondió Ariadna antes de seguir catalogando los libros rescatados que tenía ante sí—, pero solo porque me caes bien.

Y Helena, a quien su nueva ayudante le despertaba tanta complicidad como ternura, se lo agradeció con una sonrisa mientras volvían al trabajo.

Puede que fuera el agotamiento, físico e intelectual, tras cargar y estudiar tantos libros distintos lo que hizo que esa noche el sueño de Ariadna se volviese denso y asfixiante. Casi tangible.

Un sueño en el que sentía que podía moverse sin que nadie se percatase de su presencia, como testigo muda en medio de gente a la que no conocía y que, sin embargo —frente a las imágenes difusas de otras noches—, esta vez sí tenían rostro.

El primer rostro pertenecía a un hombre de cabellera morena, tan extensa como para ocultar por completo sus grandes espaldas y cubierto con un casco plateado.

El segundo rostro, el de un anciano de edad semejante a la de Dédalo, en el que llamaban la atención sus ojos amarillos, despiertos y vigilantes, bajo un yelmo metálico idéntico al de su compañero.

El tercer rostro era el de una joven de cuerpo musculoso y largo flequillo verde, cuyos rasgos hacían pensar que pudiera ser hija o, más probablemente, nieta del tipo de los ojos claros.

Y tenía rostro, sobre todo, T., a quien —pese a su nuevo aspecto y al tatuaje que disimulaba sus rasgos— reconoció enseguida.

«Dime qué estás tramando».

«Cuéntame quiénes son ellos».

«Incluyeme en tus planes».

Pero los labios de Ariadna no se movían, de modo que sus peticiones se ahogaban antes de que pudiera expresarlas y T., lejos de oírla, seguía comportándose como si ella no estuviera allí.

Como si no se hallara a su lado cuando llegaron a las afueras de lo que parecía un almacén abandonado. Un lugar en el que un hombre de la larga melena les pidió que bajasen la voz y ocupasen sus posiciones.

—Ya sabéis lo que tenéis que hacer —les advirtió.

—Cuenta con ello, Menelao —respondió T.

¿Sería el mismo Menelao del que hablaba Helena?

Ariadna intuía que sí, pero no podía preguntar ni confirmar nada en medio de aquel sueño, demasiado nítido como para no ser real. Desconcertada, intuyó que estaba a punto de suceder algo horrible.

—¡Ahora! —Menelao dio la voz de asalto y, en ese mismo momento, sus hombres se lanzaron contra el local y derribaron las puertas, deteniendo a todas las personas que se escondían allí.

Ariadna ignoraba quiénes eran, pero gracias a la silueta del caballo que muchos llevaban tatuada en las muñecas, supo que eran de los suyos: estaban atacando un Refugio rebelde. Uno de los campamentos satélite, parte esencial en su estructura defensiva, y que, si continuaban cayendo, los debilitaría hasta hacer imposible cualquier contraataque futuro.

Ítaca era el centro de sus operaciones, pero ninguna de ellas podía llevarse a cabo sin los Rebeldes que, nómadas, seguían sus órdenes y planes por todo Ypsilon. Rebeldes como los que habían marcado con el símbolo del Equus la Plaza del Fuego el día del Aniversario o los que consiguieron infiltrar los Cíclopes diseñados por Calipso entre el ejército de Argos.

Ariadna trató de usar su don para detenerlos, pero se dio cuenta de que no era posible: ella asistía como un sueño a lo que para T. sí era real y, a pesar de que se esforzó, no dio con ningún modo de intervenir desde la distancia.

Podía moverse a su alrededor, como si fuera un personaje más, pero no ser oída ni vista y, mucho menos, alterar el curso de los acontecimientos. Cada vez le resultaba más obvio que su telepatía no había dejado de intensificarse desde el día de su marcha, pero aún no era suficiente: solo era capaz de asomarse a los hechos, no de transformarlos.

Corrió hacia el almacén y vio en él unas quince personas de toda edad y condición, apelotonadas contra la pared trasera mientras los Cazadores, con la ayuda de T. y de unos cuantos Bibliófagos, los apuntaban con sus armas. Algunos de ellos se habían enfrentado a los cíborgs, pero el efecto sorpresa los había dejado en clara desventaja y sus heridas evidenciaban los golpes que habían recibido a manos de los Cazadores.

—¿Los tenéis? —les preguntó a sus hombres el anciano de los ojos amarillos.

—Aquí están. —Menelao señaló tres enormes sacos en los que habían metido todos los títulos prohibidos que habían encontrado en el Refugio.

—En ese caso —dijo el más veterano del grupo señalando a los Rebeldes —, ya no los necesitamos.

Ariadna quiso gritar cuando vio cómo se disponían a fusilarlos sin compasión. Pero su voz, como su don, había enmudecido. Estaba obligada a presenciar el horror sin que le fuese posible actuar.

Y en ese momento, cuando peleaba en vano por escapar de aquel sueño, una espesa niebla lo cubrió todo. Los Cazadores trataron de reaccionar frente a aquel suceso extravagante e inesperado, pero los Rebeldes fueron más rápidos y corrieron a ponerse a salvo mientras sus perseguidores descargaban toda su munición a ciegas, sin llegar a alcanzar a sus presas.

La niebla, en cuestión de segundos, se dividió en centenares de esferas irregulares que comenzaron a descargar una lluvia de proyectiles en forma de rocas dentro del almacén, obligándolos a salir corriendo para esquivar sus golpes. Por si fuera poco, cada vez que una de aquellas piedras metálicas estaba a punto de estrellarse contra el suelo, volvía a ascender de nuevo para caer una vez más, en un balanceo eterno que Ariadna, gracias a sus avances en el trabajo con Helena, enseguida identificó.

¡Sísifo!

Habría gritado si el sueño no le hubiese arrebatado su voz.

¡Es Sísifo!

Y, al reconocerlo, sintió un orgullo doble y compartido.

Orgullo de comprobar que el tiempo invertido en tanto estudio daba sus frutos y le permitía reconocer el origen de fenómenos como aquella tormenta, que reproducía el castigo de Sísifo, condenado por los dioses a subir una piedra por la ladera de una montaña durante toda la eternidad, pues cada vez que llegaba a su cima, la roca rodaba de nuevo hasta la falda de la montaña.

Y orgullo, sobre todo, por lo que acababa de hacer T.

Esa niebla era él.

Ese guiño a Sísifo era suyo.

Y eso significaba que él también había seguido leyendo su libro.

Que no había renunciado a su don.

Ni a sus orígenes.

Si acababa de salvar la vida a los Rebeldes de ese Refugio era porque, como Ariadna sabía, T. no era un traidor.

Se despertó ansiosa por contar lo que había visto, pero enseguida se dio cuenta de que era probable que no la creyesen. Le dirían que era una pesadilla, que a veces esas alucinaciones parecían reales, que era normal que, con tantos cambios como estaba viviendo, le costase diferenciar sueño y realidad.

Pero ella sabía que no se trataba de ninguna confusión, sino de un vínculo que, aunque no pudiera explicar aún cómo ni por qué motivo, seguía creciendo entre T. y ella.

Un vínculo que provocaba que ambos intuyeran lo que sucedía en la vida del otro, como si algo más poderoso que ellos mismos los siguiese conectando. Como si sus poderes siguiesen ampliándose y, según le había advertido Helena, mejorando.

¿Y si su compañera tenía razón y solo había puesto en funcionamiento una parte de su don? Pero en ese caso, ¿dónde estaba su límite? ¿Podría

convertir esa telepatía, que de momento solo les permitía percibirse entre sueños, también en acción? Y, entre todas aquellas dudas, siempre la misma pregunta que nadie le sabía responder: ¿cuál era el origen de esas facultades que habían marcado su vida y la de T.?

Por eso, Ariadna solo le contó su sueño a Helena. Y ella, en cuanto escuchó la descripción de los Cazadores que le dio Ariadna, tuvo claro con quiénes se hallaba T.

—Eran Alcínoo y Menelao. —Su gesto se ensombreció cuando mencionó el nombre de quien había sido su marido.

—Entonces, ¿ese Menelao es...?

Helena asintió.

Tal vez ese habría sido un buen momento para interrogarle por su versión de los hechos, pero Ariadna seguía sin atreverse a hacerlo. ¿Quién era ella para meterse en sus asuntos? Bastante tenía con sus problemas como para curiosear también en los ajenos.

—Solo espero que tu amigo sepa lo que está haciendo... Menelao es peligroso. Y quienes lo acompañan, también.

—Seguro que lo sabe.

O quizá no.

Quizá no lo sabía.

Pero, en cualquier caso, Ariadna confiaba en que T. estaba haciendo lo correcto.

O eso parecía.



9

NADA PERSONAL

—¿Estás bien?

Nausícaa asintió mientras se vendaba el brazo izquierdo.

—Solo ha sido un rasguño.

—Hemos tenido suerte —le sonrió T.

—Menos de la que habría querido —se quejó ella—. Nos hemos quedado con sus títulos, pero ellos han logrado escapar sin una sola baja.

—¿Y no era eso lo que buscábamos? —T. señaló la montaña de libros y películas que habían conseguido encontrar en aquel Refugio—. Seguro que tu abuelo negocia una buena cantidad a cambio de este alijo.

—Mi abuelo está más cabreado que yo... A mí que esa gentuza se escape no me preocupa tanto. Total, ya los cazaremos más adelante. Pero a él... A él se le revuelve todo cuando no consigue lo que quiere.

—¿Motivos personales?

Nausícaa le devolvió una mirada cínica que, por un segundo, estuvo a punto de dejar a T. fuera de combate. Quizá porque se dio cuenta de que sus ojos eran mucho más profundos de lo que creía. O porque cuanto más tiempo pasaba con aquella chica, más admiraba la honestidad con la que lo afrontaba todo. No podía compartir sus motivos, pero tenía que admitir que respetaba la coherencia con la que los defendía.

—Cada cual tiene los suyos, supongo... Mi abuelo pelea por unas razones, igual que Menelao lo hace por otras. Aquí cada cual lucha por algo distinto, T. Lo que nos une no es por qué lo hacemos, sino contra quién.

—Bueno —se aventuró a decir T.—, en el caso de Menelao...

—Ya... Siempre olvido que todo el mundo se sabe su historia. Debe de ser un asco que te pongan los cuernos, raptén a tu chica y encima se entere todo Ypsilon.

—¿Eso fue lo que pasó con Helena? —Así era como se contaba, pero T. cada vez estaba más convencido de que todas las historias variaban según quién y cómo las narrara. Su vida era un claro ejemplo.

—Eso dicen. No sé... Yo entonces era muy pequeña... —Por alguna razón, hablar de su infancia la incomodaba, como si revelar un pasado lejos de las armas que ahora empuñaba pudiese debilitarla ante su interlocutor. Así que rápidamente cambió de tema—. ¿Tú estás bien?

—Sí —contestó T. a la vez que señalaba un arañazo en su pierna derecha—. Supongo que he tenido suerte.

—O que lo has hecho bien. Lo de la suerte no me lo trago mucho, la verdad. No creo que exista. Las cosas salen si las hacemos bien y no salen si las hacemos mal. Así de simple.

—¿Así de simple?

—¿Tú no piensas igual?

La respuesta sincera habría sido un «no lo sé».

Un «no tengo ni idea».

Un «a veces creo que la suerte no existe y a veces, como hoy mismo, pienso que sí. Porque quizás sea suerte que yo estuviera entre vosotros cuando habéis atacado a esa gente, que pudiera usar mi don para salvarlos, que haya caído en la cuenta de que necesitaba fingir que no tenía nada que ver con la niebla que, transformada en rocas, ha caído sobre vuestras cabezas, y hasta que me haya dado cuenta a tiempo de que debía hacerme alguna herida como la que acabo de mostrarte en mi pierna».

Esa, pensó T., era la única respuesta honesta a su pregunta. Pero también era la única respuesta imposible. Por mucho que quisiera afianzar la proximidad que juraría que había surgido entre Nausícaa y él. Una cercanía que iba en contra de todo lo que le había advertido la persona que le había encomendado aquella misión.

—Nada personal. —Fue lo último que le dijo antes de que T. abandonase Ítaca sin dar más explicaciones—. No lo olvides: no puedes entablar ni un solo lazo afectivo. Con nadie.

Y por eso, porque recordaba aquellas palabras, trataba de esquivar la mirada de Nausícaa cuando, como en ese instante, creía que se acercaba demasiado. Cuando resultaba difícil fingir que no se daba cuenta de que su cuerpo hablaba un lenguaje muy parecido al suyo. Cuando ella le preguntaba

si quería que, al día siguiente, entrenasen juntos, y él tenía que recordar al T. hosco y solitario que era antes de Ariadna, antes de Ítaca, antes de la misma Nausícaa, para rechazar una invitación que, si escuchara a su instinto, no dudaría en aceptar.

—¿Y tú cómo lo explicas? —Por suerte, la inteligencia de Nausícaa lo obligaba a estar alerta: su necesidad de buscar explicaciones racionales a todo impedía que T. pudiera relajarse y dejarse llevar por ideas y emociones que entrañaban un riesgo inútil—. ¿Qué crees que ha pasado de verdad?

T. se encogió de hombros.

Una vez más debía guardar silencio, a pesar de que la respuesta podría ser muy sencilla.

Bastaría con decirle: «Lo único que ha pasado he sido yo».

«Soy yo».

Para responder a Nausícaa solo tenía que señalarse a sí mismo y, si ella reaccionaba con escepticismo, demostrarle que no le mentía con un nuevo prodigo. Sería suficiente con provocar ante ella otra transformación que no admitiese una explicación lógica y que, sin embargo, fuera tan real como la que había experimentado al convertirse en esa lluvia de proyectiles o, antes de unirse a los Cazadores, en la sombra que había doblegado al Minotauro en el Hades.

T. no podía explicar de dónde procedía su magia, ni tampoco por qué no la había descubierto hasta que Ariadna entró en su vida, pero al menos ya empezaba a comprender en qué consistía su poder: el suyo era el don de las metamorfosis.

Le habría gustado contárselo. Incluso compartir con ella sus dudas, porque después de tanto tiempo perdido en una existencia que a veces ni siquiera vivía como suya, sentía la tentación de aprovechar la complicidad que parecía haber nacido entre ambos. Era obvio que ella también estaba dolida por un pasado que no se atrevía a compartir y, fuera lo que fuera lo que ocultase, T. intuía que lo entendería. Que sabrían mostrarse las heridas sin hacerse aún más daño, con las palabras justas y los silencios precisos para darse un aliento que ambos necesitaban.

—Tendrás una teoría sobre lo que ha ocurrido —insistió ella—, ¿o no?

Dudó durante unos segundos, que a ambos les resultaron eternos.

A él, porque habría dado cualquier cosa por ser otra persona en ese instante.

A ella, porque intuyó que estaba muy cerca de desvelar parte de las verdades ocultas de aquel joven que la intrigaba en la misma medida en que le

atraía.

Pero sincerarse con Nausícaa era justo lo que no podía hacer. Así se lo habían advertido. Nadie debía saberlo. Nadie tenía que sospechar que si se había integrado entre los Cazadores era solo porque necesitaba llegar al Taigeto. A ese edificio colosal, concebido como una montaña inteligente y habitada, donde se destruían y creaban títulos, quemando las obras prohibidas y difundiendo las recomendadas. Ese lugar al que, sin autorización, era imposible que tuviera acceso.

—No tengo ni idea.

T. zanjó así la conversación, fingiendo no darse cuenta del gesto de decepción de Nausícaa, a quien aquella respuesta tan parca solo le sirvió para llegar a dos conclusiones posibles: o ese chico era idiota o le estaba ocultando algo. Y si su intuición no la engañaba, y rara vez lo hacía, se trataba de lo segundo.

Agotado de tanto silencio forzoso y de antas mentiras conscientes, se despidió de ella de mala manera y se acomodó junto a su moto, en el campamento que acababan de improvisar en medio de la nada después de su primera jornada de ruta.

En dos días estarían en el Taigeto, lo que supondría el fin de su estancia entre los Cazadores.

Y, por primera vez, aquella idea —en vez de ilusionarlo— lo entristeció.

—¡Es todo culpa de ese maldito libro!

Alcínoo estaba furioso. ¿Cómo era posible que hubieran obtenido un resultado tan pobre en el último saqueo? Se habían hecho con nuevas presas, sí, pero los Rebeldes que las protegían habían escapado con vida, así que ahora no podían exigir la recompensa que, de manera secreta, les correspondía.

Los pagos a cambio de prisioneros formaban parte de las medidas extraoficiales con las que el Senado combatía a los Rebeldes y, aunque jamás habían admitido públicamente su existencia, los Cazadores sabían que las bajas entre el bando insurgente se cotizaban tan bien como sus posesiones.

Esta vez, sin embargo, no contaban ni con nuevos recluidos para el Tártaro ni tampoco con cadáveres que demostrasen que habían contribuido a reducir las fuerzas insurgentes. Su premio se ceñiría a los títulos que habían recuperado, y eso, además de pobre, a Alcínoo también le resultaba humillante.

—Mientras ese jovenzuelo esté con nosotros, correremos peligro.

—¿Crees que un fajo de páginas viejas puede actuar por su cuenta? —se burló Menelao, que se reía con escepticismo de las supuestas cualidades de aquel ejemplar.

—¿Y cómo lo explicas si no?

—Los Rebeldes también desarrollan sus propias armas, no lo olvides. Nosotros no somos los únicos que poseemos sistemas de inteligencia artificial.

—¿Y esa lluvia de piedras te parece que es una de ellas? —Alcínoo estaba convencido de lo contrario—. Es imposible que estén tan avanzados, Menelao.

—Llevamos demasiado tiempo subestimándolos. Quizá por eso caemos en trampas como la de hoy.

—¿Insinúas que la culpa es nuestra? —Si había algo que Alcínoo toleraba mal era que se cuestionase la eficacia de su liderazgo o, peor aún, su capacidad de previsión.

—No estoy diciendo eso. —Menelao conocía bien la suspicacia de su compañero, así que rebajó enseguida el tono de su discurso—, solo digo que a lo mejor no nos tomamos la amenaza rebelde tan en serio como deberíamos.

—Te aseguro que me la tomo muy en serio. Desde que esos perros mataron a mi hija, no ha pasado un maldito día en que no me haya tomado esta guerra en serio.

Menelao bajó la cabeza, en señal de un respeto que en verdad no sentía. Hacía tiempo que solo obedecía a Alcínoo porque contaba con reemplazarlo cuando llegase el momento, pero cada vez desconfiaba más de su buen juicio.

—Deberíamos enviar un mensaje a Naxos —propuso.

—¿Para?

—¿No se supone que Némesis tiene un interés especial en este libro?

—Sabes que sí. Los Dos Ejes son su obsesión desde que llegó al poder.

—Los Dos Ejes... —A Menelao le resultaba ridícula la veneración con la que se hablaba de esos textos que, para él, no tenían más valor que el del dinero que les dieran por su captura—. Si están tan bien cotizados, será por algo, ¿no? Estaría bien que en Naxos se enterasen de que llevamos uno de ellos al Taigeto, además de al chico que lo ha encontrado. A lo mejor eso hace que aumente su valor... Y así, de paso, nos ahorraremos compartir la recompensa.

—¿Cobrar la mitad de lo que valga no te parece suficiente?

—No está mal, pero la verdad es que sería una pena... —Añadió Menelao con un tono voluntariamente enigmático.

—¿Qué sería una pena?

—Dejarle la otra mitad a un muerto.

Ninguno de los dos añadió una sola palabra. Ambos sabían a qué se referían. Y que, cuando llegase el momento, no dudarían en hacer lo que fuese necesario.



10

CATARISIS

El cerebro, Calipso.

El corazón, Aracne.

Dédalo había acertado al clasificarlas así, pensaba Ariadna mientras escuchaba, junto al resto de los Rebeldes, su plan de acción.

Ambas mostraban el diseño de los Espejos, hologramas mucho más versátiles en funciones que los antiguos modelos, y capaces de desencadenar reacciones tanto intelectuales como emocionales en el público que los contemplara.

—Los viejos biblohologramas solo narraban historias —explicaba Aracne—, pero nuestros nuevos diseños ya no solo cuentan, sino que también nos hacen tomar partido ante lo que observamos, al igual que si estuviésemos frente a un reflejo de nuestra propia vida.

—Eso no es nada nuevo —la interrumpió Dédalo. A pesar de admirar a sus lugartenientes, el anciano cada vez reaccionaba con mayor fastidio ante sus progresos tecnológicos. Sabía que no había vuelta atrás, pero a veces necesitaba reivindicar la vigencia de un mundo perdido frente a esa nueva realidad que devoraba el pasado y en la que la inteligencia artificial se erigía como el único presente—. Los antiguos griegos ya hablaban de algo muy parecido: la catarsis.

—¿La qué? —Ariadna no reprimió su curiosidad.

—Catarsis. —Dédalo repitió aquella palabra despacio, como si fuera un sortilegio—. Creían que el arte podía sacar nuestros temores, nuestros miedos y hasta nuestras frustraciones a la luz. Al vernos reflejados en la tragedia

ajena, podemos liberar nuestras emociones para, después, regresar a nuestra realidad y afrontarla.

—Nuestros prototipos no solo nos muestran un reflejo. —Aracne no estaba dispuesta a permitir que infravalorases su trabajo—, sino que nos obligan a reaccionar. Queramos hacerlo o no.

—Si nos obligan. —Dédalo odiaba aquel verbo—, ¿en qué se diferencian, entonces, vuestros Espejos de las leyes del Nuevo Orden?

—En que están diseñados para derrocarlo, no para que se perpetúe.

La respuesta de Calipso, tajante y —por supuesto— cerebral, dio por zanjado aquel debate antes de que pudieran perderse en el terreno filosófico por el que su líder disfrutaba deslizándose.

—Me niego a que usemos la ficción como un arma de control —argumentó él—. No podemos repetir las mismas estrategias contra las que llevamos tanto tiempo luchando.

—Pero es preciso replicarlas para destruirlas —argumentó Calipso—. Si nuestro objetivo es destruir el Nuevo Orden, necesitamos devolver a Ypsilon su memoria y, sobre todo, su conciencia.

—¿Es que la han perdido? —replicó Dédalo con un tono sarcástico muy poco habitual en él.

—¿Nos lo estás preguntando en serio? —Aracne seguía sin entender sus dudas ante los nuevos prototipos—. No tienes más que leer sus redes sociales. O las encuestas que publica el Ministerio de Información.

—Todas manipuladas.

—Ni siquiera les hace falta alterar los datos —repuso Calipso—. Cuando la gente de Ypsilon dice que está contenta, lo piensa de verdad. Némesis lleva diez años convenciéndolos de que no los controla para empobrecerlos, sino para liberarlos de la infelicidad y, de paso, protegerlos de nosotros. Así que, o los despertamos para que vean que el Senado está haciendo justo lo contrario, o nunca vamos a conseguir que nos apoyen.

—La gente sigue convencida de que los títulos prohibidos merecen ser destruidos. —La apoyó Aracne—. Nadie pone en duda que sean tan perniciosos como dice el Senado. En todos han encontrado defectos que justifican su destrucción: o por sus temas, o por sus autores, o por sus personajes. Y gracias a eso, ahora solo se crea lo que el Senado considera que es adecuado. Pero si nadie se queja es porque les parece bien. Así están a salvo. De esos títulos y también de nosotros. ¿O crees que no se han tragado que somos unos terroristas?

—Necesitamos una acción masiva y contundente que demuestre que el índice no es una herramienta para asegurar el bienestar del pueblo, sino para manipularlo —defendió Calipso—. Si queremos poner fin al Nuevo Orden, tenemos que atacar el corazón de su sistema: la propaganda.

—Sabéis que en eso estoy de acuerdo —dijo Dédalo—. Pero podemos lograr ese mismo efecto con otros medios: divulgando los títulos prohibidos y haciendo que estén, por fin, al alcance de cualquiera. Ese es nuestro motivo para atacar el Taigeto: acabar con la producción de los Ilustradores y, a la vez, difundir las obras prohibidas. No sé qué aportan vuestros prototipos a un plan que no necesita más que la estrategia militar de Leda.

—¿Qué aportan? —Calipso no daba crédito: habían pasado meses preparando los Espejos y ahora solo recibía escepticismo y desconfianza—. Aportan la certeza de que esos títulos llegarán a todos los rincones de Ypsilon. ¿O piensas que, por mucho que difundamos las obras prohibidas, la gente correrá a hacerse con ellas? Se han acomodado, Dédalo, asúmelo. Todo el mundo se ha acostumbrado a los Autohologramas, a las obras de los Ilustradores, a no tener que esforzarse lo más mínimo. En sus multipantallas conviven más historias de las que pueden procesar. O de las que necesitarían. ¿De verdad crees que basta con que pongamos los títulos prohibidos a su alcance? ¿Y luego qué? ¿Se van a pelear por leérselos? ¿Por sumergirse en textos con palabras que muchos ya ni siquiera entienden?

—Subestimas a la gente a la que se supone que quieres liberar.

—No subestimo a nadie. Pero sé que si el Nuevo Orden ha triunfado no es solo por los Cíclopes ni por los artefactos de Moira, sino porque se han encargado de que su mensaje llegue muy clarito a todo el mundo. Y eso es lo que tenemos que hacer también nosotros.

—¿Mentir?

—¡Claro que no! —Las dos lo respetaban profundamente, pero estaban a punto de perder los nervios—. Solo vamos a gritar nuestra verdad más fuerte que ellos, ¿no lo ves?

—Intenta comprenderlo —le pidió Calipso—: tu idea de la catarsis tal vez sea romántica, pero no es realista. Necesitamos que las historias hagan reaccionar a los ypsilianos. Y eso, precisamente, es lo que provocan nuestros Espejos.

—Liberar recuerdos para liberar almas —añadió Aracne, que confiaba en que aquel fuera el argumento que necesitaba Dédalo para dar su brazo a torcer—. No son armas agresivas, solo divulgadores emocionales de todas las obras que hemos atesorado aquí. Un gigantesco altavoz para que los títulos que

hemos salvado y custodiado en el Archivo de Ítaca lleguen a todas partes y nos ayuden a denunciar la censura del Nuevo Orden. Ni siquiera se adueñan por completo de la memoria de quien los mira: solo buscan escenas y situaciones similares para apelar a sus sentimientos.

—No sé si lo entiendo. —Se atrevió a preguntar Ariadna, que, como el resto de los Rebeldes, había asistido muda a aquella conversación.

—Cuando activemos los Espejos —le explicó Aracne, tratando de resultar lo más convincente posible—, no solo cobrarán vida sus personajes a través de la realidad aumentada, sino que cada espectador verá, en esas mismas imágenes, situaciones de su pasado. Aunque no quieran, recordarán qué parte de su biografía se relaciona con esas obras a las que ya no tenemos acceso.

—Aunque no quieran... —repitió Dédalo, mascando las palabras con desagrado—. No sé si tiene mucho sentido acabar con una opresión para proponer otra...

—Los Espejos no oprimen, solo amplifican.

El anciano, sin añadir una palabra más, se dio la vuelta y todos guardaron silencio, a la espera de su decisión.

Nadie más, ni siquiera Leda, se había atrevido a intervenir en aquella discusión.

Hasta entonces, ninguna de las creaciones de Calipso y Aracne había sido objeto de polémica: sus propuestas eran aceptadas de inmediato, pues se justificaban por la dureza del Nuevo Orden. Cómo renunciar a cualquier instrumento que pudiera serles útil cuando se hallaban en una situación de inferioridad tan evidente. Los Rebeldes eran pocos, disponían de escasos recursos y no contaban con más sede fija que Ítaca, el único Refugio que habían logrado mantener escondido, con grandes esfuerzos, a lo largo del tiempo.

Los Espejos se habían convertido, sin embargo, en la primera arma que dividía las opiniones de los Rebeldes.

Había quienes, como Layo y Néstor, se posicionaban junto a Dédalo: ¿jugar con las emociones de los ciudadanos de Ypsilon no los acercaba en exceso a los mismos métodos que usaba su enemigo?

Estaban los que, como Leda, Paris y Orion, preferían ser prácticos y aceptaban sin dudar los argumentos de Calipso y Aracne: ¿qué importaba lo que esos Espejos hiciesen, si les ayudaban a lograr su objetivo?

Y otros, como la propia Ariadna, se veían incapaces de tomar una decisión tan rotunda como el resto: ¿qué límites debían dirigir sus acciones, si es que esos límites existían?

—Tendremos que votar. —Fue la conclusión de Dédalo—. Pase lo que pase, Ítaca nunca será la tiranía que sí es Ypsilon: tanto si cometemos un error como si acertamos, la responsabilidad debe ser compartida.

En el fondo, temía estar equivocado. Por miedo. O por exceso de cautela. O porque, desde su victoria en el Aniversario, no dejaba de sentir que la nueva generación de Rebeldes era, cada día que pasaba, más diferente de la suya. A lo mejor había llegado el momento de cederles el paso. De apartarse a un lado e invitarlos a que ejercieran un nuevo liderazgo.

Se preguntaba sí se resistía a hacerlo por orgullo o porque, en el fondo, prefería arriesgar su vida a la de los demás. Mientras él siguiera al frente de Ítaca, su nombre sería el más buscado por el Senado. Némesis lo había conocido en sus tiempos de Bibliotecario Estatal, así que su presencia al frente de los Rebeldes era también un escudo con el que protegía a sus lugartenientes. A todos les convenía que la Presidenta ignorase la verdadera relevancia de las tres mujeres que, en realidad, gobernaban Ítaca, mientras seguía obsesionada con aquel viejo contestatario a quien acusaba de ser uno de los primeros traidores al Nuevo Orden.

—Está bien —accedieron Calipso y Aracne—, votemos. Aunque, sin los Espejos, dudo que la acción sobre el Taigeto tenga sentido. Tal vez logremos interrumpir momentáneamente la difusión de nuevos títulos. O incluso puede que atemoricemos a los Ilustradores y tarden un tiempo en volver a reclutar nuevos creadores a sueldo del Estado. Pero, antes o después, lo harán. De nada sirve acabar con sus obras si no difundimos las del índice.

Decidieron que el voto sería a mano alzada y Ariadna, en vez de fijarse en la decisión de sus padres, dirigió la mirada a la persona de quien cada día aprendía un poco más y a quien ya consideraba una aliada.

Helena elevó la mano cuando llegó el turno del sí y Ariadna, en consecuencia, hizo lo mismo. Las dos cruzaron sus miradas y se sonrieron con complicidad. A Helena le divertía la pasión con la que aquella cría observaba todo cuanto la rodeaba y el interés que ponía en su trabajo. Demasiado, quizá, tal y como demostraba el hecho de que hubiera descubierto ciertos documentos que guardaban en uno de los departamentos más recónditos del Olimpo...

—La mayoría ha hablado. —Dédalo inició un tímido aplauso hacia las ganadoras de la votación: no compartía la decisión, pero sería el primero en apoyarla—. Aseguraos de que esos Espejos están listos para nuestro asalto.

—Dos días —les recordó Leda—. Mañana salimos hacia allí.

Dos días para llegar al Taigeto.

Y dos días, pensó Ariadna, para descubrir algo más acerca de aquella noticia sobre la que había interrogado a Helena y de la que apenas le había contado nada.

No sabía si las había encontrado en el Olimpo por casualidad o si era la consecuencia de haber mencionado a Casandra. Fuera o no resultado de su don, aquel hallazgo la intrigaba, y sospechaba que, como todo en su vida, no había aparecido por azar.

Conocía bien los nombres de la pareja que protagonizaba ese artículo: Pigmalión y Galatea, los dos asesores de Orfeo que habían sido asesinados, junto con el Presidente, en el Triple Atentado.

Sin embargo, no fue hasta que amplió las fotografías cuando se dio cuenta de algo.

Galatea, la mujer de grandes ojos almendrados que aparecía en las imágenes, era la misma que había visto en el rostro de las Náyades durante el Aniversario.

Y ahora necesitaba averiguar por qué.



11

LOS BIBLIÓFAGOS

La alarma despertó a los Rebeldes en plena madrugada.

Nunca había sonado dentro de Ítaca, así que nadie dudó de que se trataba de algo muy grave.

Tampoco T.

No podía ver exactamente qué estaba ocurriendo. No se encontraba allí. Y, sin embargo, escuchó ese mismo sonido —agudo y penetrante— en sus sueños, en los que la conexión con la realidad de Ariadna resultaba cada día más intensa.

Ojalá pudiera hablar de ello con alguien...

¿De dónde surgía ese lazo telepático entre ambos?

¿Y cómo era posible que sintiera con tanta intensidad que lo que veía era real?

Tan real como la voz de alarma que hizo que todos los Rebeldes tuvieran que seguir el protocolo de huida previsto años atrás. Un plan diseñado por el propio Dédalo, que siempre rogó no tener que usarlo.

—No disponemos de mucho tiempo —les avisó Leda tras comprobar la información que le proporcionaba su sistema de vigilancia—. Los hostiles, sean quienes sean, se encuentran ya muy cerca de aquí.

—¿Sean quienes sean? —La forma en que la lugarteniente se había referido a ellos no sonaba muy tranquilizadora.

—Sean quienes sean, Orion —repitió ella—. Por los datos que nos ofrece el radar, no son simples Rastreadores. Tal vez sean Ejecutores. O Bibliófagos. O, peor aún, ambos.

Ninguna de las dos opciones resultaba apetecible, y menos aún en Ítaca. Tan peligroso resultaba el sadismo de los Ejecutores como el láser con que los Bibliófagos podían cortar en dos una pared. Su llegada significaba que el Refugio había sido descubierto, y los condenaba a iniciar, de nuevo, un éxodo para el que algunos, como Dédalo, se sentían demasiado mayores.

—Puedo quedarme aquí. —Llegó a sugerir—. Servirles de cebo.

—Nunca. —Le respondió Aracne.

—Necesitamos algo más de tiempo para trasladar el contenido del Olimpo. —Se lamentó Helena.

—No lo tenemos —respondió Leda, que no estaba dispuesta a perder ni un solo segundo más de los estrictamente necesarios.

—Ariadna y yo hemos perfeccionado el sistema para una emergencia, pero no contábamos con tener que recurrir a él tan pronto...

—Eso ahora ya no importa. Salvad lo que podáis —le ordenó.

—Lo que podamos...

Helena quería estallar de rabia: era como si el viento se llevara consigo todo su trabajo. Por muy eficaces que fueran los sistemas de traslado y almacenaje de Aracne, precisarían de un tiempo con el que no contaban.

—Habéis hecho listados de Esenciales, ¿no es cierto? —les preguntó Calipso, capaz de mantener la sangre fría hasta en los momentos más complicados.

—Es en lo que hemos estado trabajando estos días —respondió Ariadna, que había llegado a disfrutar con la tarea de jerarquizar los títulos prohibidos según su relevancia y su rareza.

—Pues salvad esos primero. —Dispuso Calipso—. Y después tomad solo los que dé tiempo.

—Debemos salir de aquí cuanto antes, Helena. —Le insistió Paris, que conocía mejor que nadie hasta qué extremo valoraba su pareja los títulos que custodiaba en el Olimpo.

Leda distribuyó las llaves de los vehículos en que huirían, junto con el listado de Rebeldes que los ocuparían. Al frente de cada uno, nombró un líder entre quienes gozaban de su máxima confianza, convencida de que una situación de emergencia como aquella exigía acciones organizadas y precisas. Si cedían al pánico, estaban perdidos, y era fácil que cayesen en ese error después de que Ítaca hubiera sido descubierta.

—Ítaca se viene con nosotros. —Trató de animarlos Dédalo, que sabía que hacía falta infundirles coraje ahora que su sede estaba a punto de ser invadida. Si lograba que comprendiesen que no se trataba solo de un

entramado de túneles y galerías, aún tendrían una oportunidad de vencer en su lucha.

Aracne, Calipso, Paris, Céfiro y la propia Leda fueron los cinco nombres elegidos para conducir a la comunidad rebelde. Cada uno de ellos se ocuparía de una flota diferente y seguiría una ruta distinta hasta llegar al punto que se les indicaría tan pronto como salieran de allí.

—¿Cuánto tiempo tenemos? —preguntó Helena, que había comenzado a activar el sistema de traslado de títulos.

—Cuatro, tal vez cinco minutos —respondió Céfiro mientras revisaba su pantalla.

—Dédalo, tú vete con Calipso —decidió Leda—. Helena y Ariadna se vienen conmigo. Y Clío y Néstor, también.

Los padres de Ariadna respiraron aliviados. No tenían intención de discutir con aquella mujer de principios tan fuertes como sus músculos, pero tampoco estaban dispuestos a separarse de su hija en un momento así.

—Deberíamos darnos prisa —les urgió Paris—. Cuanto más tiempo sigamos aquí, más peligro corremos.

Se apresuraron a ocupar sus posiciones y empezaron a desmantelar todo lo que habían construido durante años para asegurar tres objetivos.

El primero, rescatar el máximo número posible de títulos prohibidos.

El segundo, acabar con cualquier pista que permitiera averiguar sus identidades.

Y el tercero, salvar sus vidas.

—Ocupate tú de los Esenciales —le pidió Helena a Ariadna, decidida a no dejar que se perdieran todos los demás.

—Pero...

—¡Ahora!

Las dos intentaban descargar los ejemplares que habían digitalizado a la vez que ponían en marcha el mecanismo ideado por Helena para agrupar y trasladar de manera automática los ejemplares físicos.

Después de diez años de trabajo, no iba a permitir que esos títulos únicos, de los que no había más copia que las que se guardaban en el Olimpo, fuesen devorados por los Bibliófagos. Así que mientras Ariadna salvaba los Esenciales, ella aceleraba al máximo el sistema que desplazaba esas obras a través de las galerías hasta depositarlas en unos vehículos autónomos que aguardaban al final de cada uno de esos túneles.

Si T. hubiera podido decirles algo, lo habría hecho.

Se habría acercado a ellas y habría tratado de hacer entrar en razón a Helena. Si los Ejecutores y los Bibliófagos estaban al acecho, el peligro era real, así que lo más inteligente sería que se ajustasen a las instrucciones que Leda les había dado.

Estaba tan inquieto por lo que temía que pudiera pasarles que, en medio de su sueño, no pudo contener un grito.

«¡Dejadlo todo! ¡Salid de ahí cuanto antes!».

Y, justo en ese momento, a T. le sorprendió un gesto de Ariadna, que se llevaba las manos a la cabeza como si sufriera un dolor intenso y repentino.

¿Era posible que lo hubiera escuchado? ¿Habían cruzado la frontera en que sus sueños no solo les permitían verse y ahora, además, contaban con la posibilidad de comunicarse?

—Helena —estaba segura de que no le gustaría que la desafiase, pero se sentía en la obligación de hacerlo—, nos han pedido que nos ocupemos solo de los Esenciales.

—No voy a consentir que todo mi esfuerzo desaparezca —respondió ella mientras seguía tratando de poner a salvo los títulos que, de otro modo, serían destruidos.

—No podemos poner en riesgo las vidas de los demás. —Le contestó Ariadna con firmeza.

T. vio cómo Helena dudaba. Cómo se detenía un segundo. Cómo, presa de la rabia, dejaba caer sobre el suelo toda una estantería de títulos que había intentado salvar y, a continuación, corría a reprogramar el sistema de almacenaje y rescate para que solo se trasladasen los ejemplares de los Esenciales que, en su formato digital, ya casi había terminado de recopilar Ariadna.

Helena, por fin, había entrado en razón.

Aunque, a pesar de todos sus esfuerzos, seguía siendo demasiado tarde.

—¡Están aquí! —las avisó Paris, que se había adelantado con su batallón de Rebeldes a la entrada de Ítaca—. ¡Hay que marcharse!

—¡Es demasiado pronto! —Helena no podía creerlo: ¿iban a perderlo todo en una sola noche?—. Aún no hemos...

—¡Desplegad velas! —Céfiro dio el grito de guerra rebelde mientras se apresuraba en dirección a los hangares donde los esperaban los vehículos que los sacarían de Ítaca.

—¿Cuánto tiempo necesitas?

—¿Cómo dices? —La pregunta de Ariadna había sorprendido a Helena, que ya daba por perdidos los fondos del Olimpo.

—Que cuánto tiempo necesitas —repitió ella mientras oían, cada vez más cerca, el ruido de los Bibliófagos abriéndose camino a través de las galerías que comunicaban las diferentes dependencias de Ítaca. Sus cuchillas les permitían avanzar con extrema facilidad y, capaces de abrasar con sus lanzallamas cuanto encontraban a su paso, solo dejaban tras de sí un inmenso reguero de cenizas.

Helena revisó los datos que arrojaba su sistema de almacenamiento automático:

—Tres minutos.

—Es demasiado.

—Es lo que tardará este programa en acabar de agrupar y trasladar todos los Esenciales que guardamos en el Olimpo. Tú sabes bien cómo funciona —apostilló, apelando a la complicidad que habían adquirido trabajando juntas.

Era un mecanismo hábil, pero el ingente volumen de ejemplares que debían rescatar ralentizaba el proceso, y Céfiro y Paris no dejaban de apremiarlas desde el hangar para que subiesen al vehículo que se les había asignado.

Ariadna solo tenía dos opciones.

La primera de ellas era la alternativa más realista: disuadir a Helena de su intento.

Y la segunda, la más peligrosa: confiar en que su don le otorgase el tiempo extra que su compañera necesitaba.

—Está bien —su negativa a doblegarse se impuso sobre lo que parecía aconsejarle el sentido común—, pero ni un minuto más.

Helena asintió y Ariadna buscaba en su memoria la palabra que dibujar para hacer frente a los Bibliófagos.

En esta ocasión, debía volver a emplear su don sin contar con su libro, y eso, por un segundo, la hizo dudar. ¿Y si los efectos eran menores? ¿O más débiles? ¿O incluso no se producían? Porque la última vez no pudo oír el Eje, pero al menos seguía en su poder. Ahora no. Ahora ya no lo tenía consigo.

Sin embargo, la proximidad de aquellos Cíclopes, que avanzaban dispuestos a asesinar a cualquiera que se atreviera a hacerles frente, se impuso sobre sus temores. No había tiempo para vacilar, tan solo para aferrarse a su coraje y a su voluntad de luchar.

«Piensa, Ari, piensa».

Creyó escuchar la voz de T.

Y, al mismo tiempo, T. creyó poder hablar con Ariadna.

El humo, el fuego, las cenizas... Los escombros de lo que hasta entonces había sido Ítaca llevaron su mente al infierno al que había bajado Odiseo en uno de los capítulos de su historia. Y entonces fue cuando decidió elegir aquel nombre.

El de una joven que, engañada por el mismísimo rey de los infiernos, se veía obligada a pasar junto a él la mitad del año.

No recordaba bien el cómo ni el porqué de aquella mentira de Hades (ya se lo preguntaría a Dédalo cuando salieran de allí), pero se convenció de que, si dibujaba su nombre en su mente, podría provocar una reacción que alejase a los Bibliófagos o que, al menos, los contuviese durante el tiempo que Helena necesitaba.

Un prodigo que los encerrase del mismo modo que aquella mujer había sido recluida en el inframundo...

Trazó las letras que buscaba y notó que, a la vez que las esbozaba en su cabeza, la inicial se grababa de nuevo en su piel. Su cuerpo se había convertido, desde el día del Aniversario, en el lienzo en el que se escribían sus hazañas, como si cada letra fuera el testimonio de su don.

P-E-R-S-É-F-O-N-E

Un sinfín de raíces de acero, que parecían brotar del mismísimo infierno, desgarraron el suelo hasta invadir todas y cada una de las galerías de Ítaca. Los Bibliófagos trataban de deshacerse de ellas a golpe de cuchilla; sin embargo, aquellas raíces no solo resistían sus incisiones, sino que trepaban por sus cuerpos inmovilizándolos. Cuanto más se debatían los ciborgs por liberarse, más rápido y con mayor fuerza se encadenaban a ellos, aplastando sus miembros hasta destrozarlos.

Las primeras bajas tuvieron un efecto inmediato: los Cíclopes retrocedieron y corrieron a refugiarse en algunos de los recovecos de las galerías, intentando encontrar la forma de acabar con aquellas raíces y retomar el ataque.

Perséfone les había dado esos minutos de más que a Helena le hacían falta: encarnada en aquellas extremidades metálicas, les regalaba el tiempo justo para rescatar todos los ejemplares del Archivo que fuera posible. Una vez que lo lograran, las raíces regresarían al submundo del que habían surgido.

«Bien jugado, Ari».

De repente, la voz de T. la desconcentró y, sin poder evitarlo, se giró para localizar su origen.

Él se arrepintió enseguida de su imprudencia, pero ya era demasiado tarde: Perséfone, como consecuencia del descuido de Ariadna, retrocedía junto con sus raíces y los Bibliófagos empezaban a recuperar terreno.

—¡Corre! —le gritó a Helena, que había completado más del setenta por ciento del proceso.

—Pero aún falta...

—¡Que corras!

Y, sin darle opción a que se opusiera, Ariadna la agarró con fuerza y la arrastró fuera del Archivo justo en el momento en que los Bibliófagos partían con sus gigantescas cuchillas la puerta de acceso.

Atravesaron las galerías del Refugio a trompicones, corriendo con todas sus fuerzas y sabiendo que se jugaban la vida en ello. A su espalda escucharon el avance implacable de los ciborgs, que acababan de incendiar los ejemplares del Olimpo que Helena no había conseguido llevarse. Tardarían mucho tiempo en dar con otras copias de los títulos que se habían perdido —si es que existían—, pero al menos había logrado poner a salvo la mayor parte de los Esenciales que habían atesorado en aquellos años.

—Luego hablaremos de esto. —Dédalo las recibió con gesto severo a la vez que señalaba con la mirada los vehículos cargados de libros que habían rescatado—. No solo has arriesgado tu vida, Helena, sino las de todos nosotros.

—Llevamos diez años arriesgándolas —fue su única respuesta—, así que prefiero hacerlo por una causa que merezca la pena.

Siguiendo las instrucciones de Leda, los comandantes de cada uno de los cinco grupos se pusieron por fin en marcha y arrancaron los vehículos, todos ellos dotados de matrículas falsas y carrocerías vulgares y poco llamativas para pasar desapercibidos en las carreteras de Ypsilon. Mientras ellos huían en busca de una nueva Ítaca, los Bibliófagos reducían a escombros el que, hasta ese día, había sido su Refugio Central.

—No olvidéis cuál es la respuesta que debéis dar si encontramos algún control —les dijo Calipso, encargada de coordinar las telecomunicaciones a lo largo del viaje—, y recordad que tenéis toda la documentación necesaria en vuestros móviles. Aprendeos vuestras nuevas identidades: quiénes sois, de dónde procedéis y el motivo de vuestro viaje.

Leda les envió las coordenadas de su destino —un antiguo Refugio situado en el extremo norte de Ypsilon, muy próximo a la zona del Taigeto— y Calipso insistió en que siguieran rutas diferentes para alcanzar su objetivo.

—Esta noche nos encontraremos allí.

Mientras se alejaban del que había sido su hogar durante años, Helena no pudo contener las lágrimas al contemplar el humo que devoraba gran parte de todo lo que había amado.

Aquel incendio, tan voraz como el de la mismísima Troya, ponía fin a una década de trabajo. Diez años en los que, entre sus obligaciones en el Olimpo, también había encontrado el tiempo para seguir construyendo su historia junto a Paris, el ingeniero de rostro aniñado y mirada penetrante que había sido elegido por Leda para liderar el traslado de uno de los cinco grupos en que había dividido a los Rebeldes. «Lo hará bien», se repitió, «estoy segura de que lo hará bien...». Ya había perdido demasiado en un solo día, y no iba a admitir ni una sola derrota más.

—Si Dédalo tiene razón, Ítaca también somos nosotras. —Trató de consolarla Ariadna, dándole un abrazo que ella agradeció con sinceridad.

Después, Helena hizo un esfuerzo por recomponerse y se ofreció a Leda por si necesitaba que se turnase con ella al volante a lo largo del viaje.

Su éxodo acababa de comenzar.



12

GRIETAS

Hacía tiempo que Némesis no amanecía con tan buenas noticias.

Por fin Argos había conseguido estar a la altura de lo que se esperaba de él. O, por lo menos, de lo que ella confiaba en que fuera capaz de hacer.

Tras haber analizado, gracias a sus tropas de Rastreadores y con la ayuda de Hermes y Gea, todas y cada una de las menciones a Ítaca existentes en las comunicaciones rebeldes de los últimos diez años, había conseguido localizar la ubicación del Refugio Central.

El rescate de Clío y Néstor, sumado al boicot al Aniversario, había supuesto una victoria simbólica para sus adversarios, pero también los había expuesto más de lo habitual, dejando huellas que los ciborgs de Argos examinaron con detalle. Era necesario acotar al máximo el posible emplazamiento de la sede desde la que planificaban sus ataques, y ahora que se habían exhibido públicamente, era el mejor momento para lograrlo.

A pesar de que el margen de error de esos análisis era más amplio de lo que le habría gustado, su intuición le decía que no se equivocaba. Además, las cualidades de los Bibliófagos ampliaban su margen de acción: podrían recorrer una gran cantidad de territorio en poco tiempo y llegar a Ítaca mucho antes de que los Rebeldes lograsen reaccionar.

Y eso, exactamente, era lo que habían hecho.

El General no exageraba ante la Presidenta cuando hablaba de los días y noches sin dormir que habían precedido a su hallazgo: semanas antes del Aniversario, su equipo ya se había consagrado al análisis de los mensajes revolucionarios y, ahora, por fin, su tarea arrojaba buenos resultados. Todo

gracias a la aparición de Ariadna, que había motivado que las comunicaciones entre los Rebeldes se hicieran más frecuentes y, debido a la urgencia en rescatar a sus padres, descuidadas.

Némesis escuchaba complacida las explicaciones de Argos mientras se preparaba para asistir a los actos oficiales que la aguardaban a lo largo de la jornada. Un día en el que, de acuerdo con los plazos estipulados en la Constitución del Nuevo Orden, debía presentar su candidatura a la reelección.

—Los Bibliófagos arrasaron el lugar y destruyeron, al menos, un tercio de su archivo —le aseguró el General, enseñándole las imágenes que sus Cíclopes habían obtenido y enviado después de su ataque—, quizá incluso más. Todavía no hemos podido hacer una valoración exhaustiva de sus pérdidas.

—Lástima que los terroristas huyeran a tiempo. —Se lamentó la Presidenta, que miraba con curiosidad la multitud de hierros y tuberías que cubrían el pavimento de los túneles de Ítaca—. ¿Y esto?

—Aún no hemos logrado averiguar de qué se trata. Suponemos que era algún tipo de sistema de protección con el que contaban los Rebeldes y que se activó cuando llegaron nuestras tropas.

—¿Atravesando el suelo? —Némesis dudaba de que un fenómeno así pudiera tener una explicación tan lógica como la que le ofrecía Argos. Por desgracia, la presumible intervención de Ariadna la inclinaba a pensar en otro tipo de respuestas mucho menos racionales—. ¿Es posible que dispongan de mecanismos defensivos tan sofisticados?

—Han sido capaces de mantener oculta su sede durante una década —respondió él—, así que quizás también su tecnología sea más avanzada de lo que nos gustaría creer.

—Puede ser —le dio la razón ella—, aunque ahora que no disponen de un cuartel general, son mucho más vulnerables.

—Y eso, sin duda alguna, nos beneficia —respondió el General, orgulloso de su labor.

—Quiero que los Cíclopes se tomen la búsqueda y captura de esos Rebeldes como un asunto prioritario. No me importa cuántos cíborgs deban destinarse a esa misión.

—No tienes que preocuparte por eso, Némesis. Te aseguro que ya están en ello.

El General abandonó el Salón Presidencial convencido de que había recobrado, por fin, su buena fortuna. Estaba impaciente por ver la expresión de Moira cuando supiese que Ítaca había sido destruida.

—¿Querías verme?

Némesis asintió e invitó a Hermes a entrar en su despacho.

El Ministro, que estaba deseando que la Presidenta le pidiera que la acompañase en su próxima salida al Taigeto, se sentó de frente al otro lado del gigantesco escritorio de pantallas táctiles desde el que ella resolvía los asuntos de Estado.

Había sido él mismo quien, tras recibir el mensaje de los Cazadores, había informado a Némesis sobre el hallazgo de la copia del Primer Eje. Un ejemplar que Alcínoo, uno de los líderes de las Islas, solo creía valioso por el precio que podía exigir por él, pero Hermes juzgó enseguida que podía tratarse del libro mágico que andaban buscando.

Némesis también lo había pensado, aunque le costaba creer que Ariadna hubiera sido tan torpe como para perderlo. También cabía la opción de que se lo hubieran robado. O incluso de que fuera un ejemplar diferente al que tantos problemas les había llegado a ocasionar... En cualquier caso, quería estar presente cuando se formalizase la entrega. Y Hermes, que había visto en aquella ocasión su mejor baza para adentrarse en el Taigeto, estaba decidido a ir con ella.

—Fija una reunión con Alcínoo y Menelao mañana mismo. Deseo estar allí cuando se presenten con su presa. Pero que no avisen al Cazador que lo haya encontrado. No quiero que nadie, salvo ellos dos, esté al corriente de mi presencia.

—¿No deberías acudir acompañada?

—Argos ya se ha encargado de organizar a sus Cíclopes para que me escolten.

—Estamos hablando de mercenarios capaces de venderse al mejor postor... No sé si es sensato que seas tú quien se ocupe de una transacción como esa.

—Menelao y Alcínoo me han sido leales en estos años. El número de presas que han entregado al Senado es, con diferencia, el mayor de todas las Islas.

—Lo sé. Y ni siquiera estoy insinuando que vayan a traicionarte... —Hermes buscó el modo de dar marcha atrás y rectificar antes de que fuera demasiado tarde—. Pero nunca ha aparecido una presa tan valiosa. Y eso siempre despierta la codicia... Además, tampoco sabemos quién es el Cazador que la ha encontrado. Quizá no convenga exponerte tanto...

—¿Prefieres exponerte tú? —A Némesis le hizo gracia el repentino valor que demostraba Hermes. El Ministro de Información nunca había destacado por su osadía, sino por su astucia, y ese arrojo repentino le resultaba casi cómico.

—Me preocupa que pretendan engañarnos... Alguien debería acompañarte para asegurarse de que no pase nada extraño. Y si en este Gobierno hay una persona capaz de distinguir mentiras y verdades, sabes mejor que nadie que soy yo. Llevo demasiado tiempo manipulando la realidad como para no adivinar cuándo intentan estafarme y cuándo no.

Némesis calló, pensativa. Prefería confiar en la lealtad de los Cazadores, pero no podía obviar el hecho de que había —estaba segura de ello— un traidor en sus filas. Apolo seguía sin dar con su identidad, a pesar de que no cejaba en su búsqueda. Aunque era poco probable que se tratase de uno de los moradores de las Islas, quizás no fuera mala idea contar con ayuda para que el intercambio fuese un éxito. Y, sobre todo, para proteger al máximo su integridad.

—Está bien. Comunícale a Alcínoo que vendrás conmigo. No quiero que se sorprendan cuando te vean llegar. Los Cazadores son desconfiados por naturaleza.

«También lo soy yo», pensó Hermes mientras se retiraba y se felicitaba por haber sabido salir airoso de su reunión.

Temía que si se mostraba demasiado vehemente en su deseo de acompañarla al Taigeto, Némesis pudiera descubrir cuál era la razón que lo alentaba.

El verdadero motivo por el que necesitaba viajar hasta allí y que no podía confesarle a nadie: entrar en la Estigia.

Situada en los niveles inferiores del Taigeto, allí se custodiaba la hemeroteca prohibida de Ypsilon. Mientras que el resto de las plantas y dependencias del edificio estaban consagradas a la ficción, la Estigia era un lugar que almacenaba única y exclusivamente documentos periodísticos en todo tipo de soportes y formatos.

Aquel espacio había sido diseñado con la apariencia externa de una laguna, en recuerdo de la célebre Estigia que separaba el mundo de los vivos del mundo de los muertos, pero, a diferencia de aquella, no estaba compuesta de agua, sino de un material transparente e hipersensible capaz de detectar cualquier presencia.

Si alguien traspasaba sus límites, todos sus movimientos quedaban registrados y se incorporaban automáticamente a su ingente archivo de

hologramas. De este modo, no solo quedaba constancia de la presencia del intruso, sino también de sus acciones, con una fiabilidad mayor que la de una grabación convencional. Además, aquella superficie inteligente solo podía desactivarse una vez dentro de ella y, como nadie lo había probado antes, Hermes desconocía cuáles serían las consecuencias de intentarlo. Aunque, conociendo las tácticas de su gobierno, no le resultaba difícil imaginar que era imposible salir de la Estigia con vida.

¿Cómo averiguar lo que le interesaba sin que la Estigia lo delatase?

De momento, Hermes no tenía respuesta, pero tampoco quería obsesionarse: era preferible seguir el plan paso a paso, asumiendo cada nuevo movimiento como una pequeña victoria que lo iba acercando a su objetivo.

Sobre todo ahora que, tras dedicar todas y cada una de sus horas libres a buscar sin éxito imágenes y testimonios de la infancia de Némesis, había descubierto algo que necesitaba confirmar.

Tal vez fuera una equivocación. O incluso un efecto óptico.

Pero en la única fotografía de Némesis que se conservaba de aquellos años se apreciaba un pequeño lunar en su cuello del que no quedaba ni rastro en ninguna imagen posterior.

Quizá aquel lunar con forma de estrella no fuera más que una mancha. O un efecto de la luz. O una sombra. Pero cuanto más miraba a la niña que posaba junto a sus padres, más diferencias encontraba con la mujer que sonreía con frialdad en el resto de las imágenes. Era evidente que había pasado el tiempo. Y los años. Y era lógico que la Némesis de ahora no fuera la Némesis de cuatro o cinco años de aquella otra fotografía. Pero existía un abismo entre la calidez de la sonrisa de la niña y la gelidez del gesto de la adulta. ¿A qué se debía aquel cambio?

Necesitaba más evidencias. Ya había analizado todos los documentos de los que disponían en Naxos y, después de comprobar el inexplicable vacío informativo sobre la infancia de la Presidenta, sería suicida preguntarle a cualquiera de los Ministros y Consejeros del Senado. La mera sospecha sobre el pasado de Némesis lo convertiría en un sujeto peligroso y, seguramente, también en un traidor. El riesgo era tan grande que estuvo tentado de abandonar la búsqueda y dar por zanjada su obsesión.

¿Qué podía importarle a él la infancia de su Presidenta?

¿Por qué se había empeñado en desvelar el secreto de aquella fotografía?

La culpa de aquella obsesión —se justificaba a sí mismo cuando sentía ganas de abandonar sus pesquisas— no era suya.

Había sido Némesis la que le había encargado un biorreporte con el que fortalecer su campaña electoral. Era la Presidenta la que creía que divulgar un relato biográfico construido con escenas de su pasado más reciente la ayudaría a promocionar sus logros. Por eso le había ordenado a Hermes que elaborase una narración holográfica y fácilmente viralizable en la que se exaltasen sus cualidades, sobre todo ahora que los Rebeldes eran cada vez más activos y podían llegar a suponer una amenaza a su popularidad. Para impedir que eso sucediese, los ypsilianos necesitaban conocerla, admirarla e incluso convertirla en el ícono que encarnase los ideales del Nuevo Orden.

Hermes estaba tan de acuerdo con esa teoría que enseguida se puso manos a la obra para recopilar toda la documentación con la que las Arquitectas desarrollarían ese biorreporte. Pero le parecía importante añadir también algunos episodios anteriores a su etapa política que subrayasen la dimensión humana de la Presidenta. Si se trataba de emocionar a sus votantes y de convencer a los posibles indecisos, ¿qué mejor que recurrir a la sensiblería que siempre despiertan los bucólicos retratos infantiles?

Sin embargo, tan pronto como comenzó a bucear en los archivos y registros oficiales, se dio cuenta de que había un vacío documental: las fuentes a las que tenía acceso en Naxos solo recogían la vida adulta de Némesis, pero apenas había testimonios de cómo había sido su infancia o su adolescencia.

—Puede que haya algo de lo que buscas en la Estigia. —Le respondió Gea en una de las ocasiones en que él le preguntó por esos datos que no encontraba.

—¿En la Estigia? —se sorprendió el ministro.

—Ya sabes que Némesis no soporta tener que hablar de su pasado. Y supongo que lleva algo de razón. Es más, tú también deberías entenderla... —Trató de justificarla la veterana Arquitecta. En sus ojos, Hermes podía leer la tristeza de una herida que ambos compartían y que ninguno de los dos había conseguido sanar—. Para quienes perdimos a alguien entonces no es fácil hablar de esos años... Es lógico que prefiera ceñirse al presente, ¿no te parece?

Hermes comprendía los argumentos de Gea, pero seguía teniendo dudas que no lograba resolver. ¿Por qué algo tan inocente como sus fotos infantiles se ocultaba en un espacio tan secreto como la Estigia?

Aunque no era asunto suyo, había una voz que le decía lo contrario. Llevaba tanto tiempo rodeado de las mentiras que él mismo fabricaba que había empezado a perder la noción de la realidad. Necesitaba recuperarla. Y

reafirmar que todo lo que había hecho hasta entonces merecía la pena. Que si había arrastrado por el fango sus propias convicciones —traicionando su espíritu de informador para convertirse en un mercader de rumores—, era por la necesidad de un bien mayor. Necesitaba saber que estaba haciendo lo correcto y no era cómplice de un sistema corrupto, sino de un gobierno dispuesto a todo con tal de proteger a su ciudadanía de cualquier peligro. Incluso de sí misma.

También se lo debía a él. A Jacinto. Ese joven al que Gea se había referido sin siquiera mencionarlo, porque era incapaz de pronunciar el nombre de su único hijo sin romperse por dentro. Tampoco Hermes había logrado olvidarlo. Compartía con ella la tristeza por la muerte de ese hombre entusiasta y lleno de inquietudes que había perdido la vida diez años atrás. Justo cuando Hermes y él habían empezado una historia que debía de haber sido de amor, pero que terminó convertida en un relato fúnebre por culpa del azar.

Si Jacinto no hubiera estado ese día en Naxos, donde había conseguido un puesto de administrativo gracias a la intervención de su madre, no habría ocurrido nada de aquello. Si Hermes, siempre atrapado por su trabajo, no hubiese estado preparando falsos reportes en las fronteras de Geonia, sino disfrutando con Jacinto de esa escapada que le había propuesto, tampoco.

Una molesta sombra de culpabilidad lo había perseguido desde entonces. Un reproche que no conseguía sacarse de la cabeza y que alimentaba su tesón contra los Rebeldes. Contra los responsables de haber acabado en el Triple Atentando con vidas inocentes, cuyos seres queridos ni siquiera contaban con el minúsculo consuelo del homenaje. Vidas anónimas como la de Jacinto, a quien el Ministro seguía recordando gracias a las diminutas flores malvas que, cuando vestía con su traje ministerial, llevaba en su solapa.

A pesar de sus remordimientos, quizá Hermes habría sido capaz de acallar su curiosidad si no hubiese visto peligrar su posición dentro del Gobierno. Si no le preocupase que la guerra sorda entre Moira y Argos provocase víctimas colaterales entre las que, sin duda, se encontraría él también. Sabía que si la rivalidad entre la Arquitecta y el General iba a más, los primeros en caer serían quienes se mantenían neutrales, así que le interesaba dar con una clave que les impidiese librarse de él.

Pero esa necesidad de aferrarse a algo que garantizase su supervivencia había suscitado dudas y grietas con las que no contaba. Interrogantes sobre la persona en la que había llegado a convertirse. Sobre la persona que le exigían que fuera. Y sobre la persona que, por culpa del miedo, nunca había sido.

Hermes no pretendía justificar sus acciones, solo obtener una información que le sirviese para protegerse y, llegado el caso, negociar, y que además le confirmase que su papel en Ypsilon tenía sentido.

Sus reportes y hologramas eran mentiras imprescindibles para contener la violencia, se decía.

Rara mantener la paz, se repetía.

Rara evitar que la infelicidad y la injusticia camparan a sus anchas, se explicaba.

Pero, para seguir haciéndolo, necesitaba comprobar que el Nuevo Orden hundía sus raíces en hechos legítimos. Y eso, precisamente eso, era todo lo que aspiraba a encontrar en la Estigia: la verdad.



13

LA ANTICIUDAD

Llevaban horas conduciendo cuando el grupo de Leda recibió un aviso de Céfiro.

La lugarteniente de los Rebeldes les había insistido en que, durante el trayecto, redujesen al máximo las comunicaciones. Cualquier torpeza podía exponer sus movimientos a los Cíclopes, así que era esencial que se ciñieran al itinerario previsto sin llamar la atención en ningún momento. Por eso, cuando llegó aquel mensaje, supieron que eran malas noticias.

—Los están persiguiendo. —Les informó Clío después de descodificarlo.

—Nos están persiguiendo a todos —respondió Leda sin inmutarse.

—Ya... Pero a ellos parece que los han encontrado.

Al tiempo que Clío le mostraba las imágenes que había conseguido grabar Céfiro, en las que se observaba cómo los sobrevolaba una nube de Pegasos del Senado, Ariadna oyó un zumbido penetrante que no parecía afectar a nadie más.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Néstor, que notó cómo se llevaba las manos a las orejas, tratando de librarse de ese ruido que taladraba su cabeza.

—Están muy cerca... —respondió—. Están tan cerca como...

En ese mismo instante, una veintena de Pegasos comandados por Ejecutores irrumpió en el horizonte y se dispuso, en forma de arco, frente a ellos. Surgidos de la nada, establecían una muralla defensiva desde la que, sin previo aviso, dispararon los primeros proyectiles.

—¡Asesinos! —gritó Helena, que aún no había asimilado la rabia por todo lo que se había destruido en el Olimpo—. ¿Ni siquiera se van a molestar en comprobar quiénes somos antes de acribillarnos?

—Como si eso les importara... —resopló Ariadna.

—¡Agarraos bien! —les advirtió Leda antes de dar un volantazo, abandonando la carretera principal e internándose en un camino secundario por donde avanzaban a ciegas—. ¡Y buscad alternativas!

Mientras sus compañeros intentaban dar con otra ruta, ella los guiaba en un recorrido zigzagueante y a toda velocidad por una de las Anticiudades de Ypsilon.

Aquellos cementerios urbanos, abandonados tras la Reconstrucción impuesta por el Nuevo Orden, se mantenían como un testimonio de la pobreza del pasado frente a la grandeza del presente. Leda confiaba en que su urbanismo desordenado y caótico les sirviera de ayuda para despistar a sus perseguidores. Su intención era impedir que los Pegasos los alcanzasen en medio de aquel conglomerado de edificios de alturas diversas y superficies irregulares, pero su estructura también dificultaba la conducción y la obligaba a tensar al máximo sus reflejos.

—Me temo que esto no os va a gustar —les avisó Néstor, que había rastreado la señal del resto de los vehículos rebeldes.

—Sorpréndenos —respondió Helena.

—Céfiro y nosotros no somos los únicos a los que han descubierto...

Néstor les mostró la pantalla de su móvil, en la que se veía claramente cómo todas las unidades rebeldes acababan de activar el sistema de alarma y se desviaban por caminos y carreteras secundarias.

—¡Nos están disparando!

Clío estaba aterrada. No temía tanto por sí misma como por su hija. No podía creer que hubieran vencido tantos obstáculos para acabar perdiendo la vida en los callejones de esa Anticiudad que se había convertido en una auténtica ratonera.

—Tenemos que salir de aquí —propuso Néstor.

—¿Te has vuelto loco? —Leda no creía que la desesperación fuera una buena consejera—. ¿Saltar en marcha?

La lluvia de proyectiles era cada vez más intensa y las paredes de los edificios que los rodeaban empezaban a desmoronarse ante la violencia de los Ejecutores y la proximidad cada vez mayor de sus Pegasos.

—Juntos somos un blanco demasiado fácil —le replicó Helena—. Nuestra única opción es...

No tuvo tiempo de añadir nada más.

Una explosión a tan solo unos metros del vehículo hizo que Clío fuera la primera en abrir una de las puertas laterales y, tras abrazarse a Ariadna, caer rodando con ella entre los cascotes que se amontaban a su alrededor. El resto, antes de que el vehículo se estrellara, hizo lo mismo.

—¿Estáis bien? —gritaba Leda mientras trataba de ponerse a cubierto.

—¡Estamos! —contestó Helena, haciendo caso omiso a las heridas que la caída les había provocado. Por aparatosas que parecieran, siempre eran mucho mejor que morir a manos de los Cíclopes.

—¿Y ahora qué? —Néstor era tan consciente como el resto de que no resistirían mucho. En cuanto los Pegasos descendiesen, los Ejecutores podrían exterminarlos con facilidad.

—Ahora es el momento de vengarse.

Clío y Néstor miraron sorprendidos a su hija.

Les costó reconocer a su niña en esa adolescente que se proponía, sin un solo atisbo de duda, a atacar con toda la fuerza de su don a los Cíclopes que los hostigaban.

Ella tampoco explicó nada más.

No aludió a los otros Rebeldes que también necesitaban su ayuda. Todos habían sido acorralados en espacios diferentes, y esa dispersión, que pretendía ser su mayor baza para llegar sanos y salvos hasta el destino final, se había convertido en su principal debilidad.

Aislados, incapaces de protegerse entre sí y a merced del tiempo que pudiesen resistir la violencia de sus enemigos.

Esta vez, Ariadna necesitaba que su don no solo funcionase en su entorno inmediato, sino también allí donde resistían a duras penas el resto de sus compañeros. Tenía que dar con un nombre lo suficientemente poderoso y versátil como para ser capaz de salvarlos a todos. Se encontrasen donde se encontrasen... Y su instinto, que parecía fortalecerse ante las dificultades, le hizo mencionar al anciano del mar:

P-R-O-T-E-O

Visualizó, llena de rabia, cada una de las letras de su nombre hasta que, con la misma facilidad con que aquel dios cambiaba de forma, todas ellas se convirtieron en Ejecutores idénticos a los que los atacaban.

Los ciborgs creados por Ariadna gracias a Proteo cargaron contra los Cíclopes del Senado y, aprovechándose de su desconcierto, lograron derribar a muchos, liberando así los Pegasos en que se desplazaban.

—¡Seguidme! —Leda se dio cuenta enseguida de que debían reaccionar con rapidez y se apresuró a través del fuego cruzado que amenazaba con asolar por completo la Anticiudad.

—Pero ¿adónde vamos?

Leda no respondió, sino que continuó corriendo en busca de los Pegasos que habían quedado sin tripulación gracias a las bajas provocadas en el enfrentamiento.

—¡Rápido! ¡Subid conmigo! —les ordenó, y todos, sin dudarlo, se distribuyeron en aquellos cíborgs con los que debían recorrer el último tramo de su viaje.

—¡Los demás también lo han conseguido! —les informó eufórico Néstor mientras despegaban, tras ver cómo las señales de alarma de su pantalla se traducían en avisos esperanzadores.

Ariadna respiró aliviada.

Aquella era la confirmación de que Proteo había causado el mismo prodigo en los cinco grupos rebeldes de la expedición, así que no tuvo ninguna duda de que muy pronto se reencontrarían en el lugar previsto.

A pesar de las magulladuras por culpa del salto en marcha y de los disparos de los Cíclopes que aún quedaban a su alrededor, experimentó una satisfacción desconocida cuando vio, desde el cielo, cómo sucumbían los Ejecutores del Nuevo Orden a manos de su propia creación.

No sabía si esa alegría la convertía en una persona diferente de la que había sido hasta entonces, pero después de haber visto arder Ítaca, sentía que era justo devolver a Ypsilon la misma violencia con la que habían intentado enmudecerla.

Y ese pensamiento, por un instante, la asustó.



14

HAY QUIEN PODRÍA MATAR POR ESO

Lo reconoció como uno de los suyos tan pronto como atisbo el diminuto tatuaje con el símbolo del Equus que llevaba en el reverso de una de sus muñecas.

Fue el propio Áyax quien se aseguró de que T. pudiera verlo mientras el joven, al igual que el resto de los Cazadores, atravesaba el control que debía superar cualquiera que deseara entrar en el Taigeto.

El Senado había recrudecido las medidas de seguridad en los últimos tiempos, en especial en lo que se refería a la Estigia, donde era imposible desplazarse sin que todos los movimientos quedaran convenientemente registrados en su pavimento de memoria viva, como lo había bautizado Moira.

—Bienvenidos, compañeros —saludó Áyax a los Cazadores conforme iban cruzando el arco de detección—. Podéis instalaros en los cuartos habituales.

—No contábamos con menos —respondió Alcínoo, que parecía especialmente cómodo—. Esperamos que esta vez no tardéis tanto en la tasación como en la última ocasión. Un poco más y nos habríamos tenido que quedar a vivir aquí...

—No todas las presas son fáciles de evaluar —se justificó Áyax.

—Ya lo sabemos —intercedió Menelao—. Y por eso no nos vamos a mover de aquí hasta que nos paguéis las que traemos tan bien como se

merecen.

—¿Tanto valen los títulos que habéis encontrado?

—Ni te lo imaginas —contestó Alcínoo con aire misterioso.

Los Cíclopes encargados de la vigilancia del Taigeto los guiaron hasta las dependencias habilitadas para su alojamiento. Como la tasación de las presas analógicas era un proceso complejo e imposible de automatizar, el Senado había dispuesto que sus dueños pudiesen alojarse en el ala occidental de los niveles 2 y 3 del Taigeto entre una y tres noches, que era el plazo máximo estipulado para poner precio a sus mercancías.

Así se evitaban errores por culpa de apresurar el proceso y, de paso, se les mantenía bajo vigilancia, de modo que si se detectaban irregularidades en las presas o posibles vínculos con los Rebeldes, los Rastreadores pudieran intervenir a tiempo. Por otro lado, aunque los Cazadores no estaban obligados a quedarse, nunca se marchaban de allí hasta que se cerraba la transacción.

A T. le llamó la atención la curiosidad con la que Nausícaa parecía observarlo todo. Estaba tan convencido de que habría acudido antes que no se le ocurrió pensar que ese fuera, al igual que para él, su primer viaje.

—Mi abuelo nunca ha querido traerme al Taigeto —le explicó ella sin dejar de mover la cabeza de un lado a otro, como si quisiera memorizar ese instante—. Y eso que se lo he pedido unas cuantas veces... Pero siempre encontraba alguna excusa para dejarme en las Islas.

—¿Y cómo lo has convencido esta vez?

—Le advertí que o me dejaba venir con él, o me largaba y me aseguraba de que no me encontrase a su vuelta.

—Muy convincente.

—¿A que sí? —se jactó ella con arrogancia.

—Se ve que se esfuerza mucho por protegerte.

—Hace tiempo que no necesito que me protejan. —Reaccionó Nausícaa, molesta por aquel comentario—. Si no me han traído antes es por culpa de Menelao y de los machos alfa que lo obedecen. Todos piensan que nosotras sobramos. ¿O has visto a muchas Cazadoras por aquí?

T. negó con la cabeza. Era cierto que le había llamado la atención el escaso número de mujeres de la Isla, pero tampoco le resultaba extraño de acuerdo con los principios del Nuevo Orden. Desde el Senado, con la excusa de aumentar la natalidad y detener el envejecimiento demográfico, insistían en que era poco aconsejable que las mujeres escogiesen oficios nómadas o de elevado riesgo físico, y se vendía como un logro lo que no era más que un retroceso.

«Ypsilon defiende tu igualdad y tu bienestar», manifestaban los hologramas que llenaban los distritos laborales de Geonia, aunque T. creía que lo que realmente deberían decir es que Ypsilon recortaba derechos y, de paso, reavivaba prejuicios del pasado.

—Desde lo de Helena, estamos todas bajo sospecha... Por eso quería venir al Taigeto, porque pienso cambiarlo, les guste o no. Ya va siendo hora de que una mujer imponga las reglas. Y cuando sea yo, te aseguro que esos Rebeldes no van a tener donde esconderse. Ni ellos ni sus malditos libros...

—¿Siempre te sales con la tuya? —bromeó T. con expresión pícara. De repente, no estaba seguro de si lo hacía por rebajar la tensión entre ambos o por todo lo contrario, para aumentarla.

—Casi siempre. —Ella le devolvió una mirada tan certera y penetrante que él tuvo que desviar la suya hacia el inmenso escenario que los rodeaba.

—Impresiona bastante, la verdad —comentó, tratando de alejarse de una conversación que podía conducirlo a un terreno emocionalmente peligroso.

—Mucho.

A ambos les sorprendieron tanto las extraordinarias dimensiones de aquel edificio de planta romboidal como el incesante trasiego de gente en su interior.

—¿Y esos no paran nunca o qué? —preguntó T. a la vez que apuntaba a un enjambre de individuos uniformados con unos anticuados trajes de chaqueta que reproducían los colores de la bandera de Ypsilon.

Nausícaa no pudo reprimir una carcajada.

—Esos deben de ser los Ilustradores.

—Pues ya podían haberles dado una ropa menos triste... —se burló T.—. Que parecen sacados de un museo.

Situados en las esquinas, cuatro ascensores tan altos como los edificios de los distritos céntricos de Geonia se elevaban hacia las plantas donde aquellos hombres y mujeres hacían su trabajo. Una ciudad construida en vertical y que albergaba en el sótano la sala más vigilada de todo el Taigeto: la Estigia, el lago virtual donde se custodiaba la historia de Ypsilon.

—Es un trabajo raro el suyo —comentó T. aludiendo a la labor de los Ilustradores.

—¿Por?

—Crear y destruir a la vez... ¿No es estúpido?

—Destruyen la basura y crean cosas que merecen la pena en su lugar. No veo nada raro en eso.

—¿Y si se equivocan en lo que destruyen? —No debía haberlo dicho. Sabía, claro que lo sabía, que no tenía que hacer un comentario como ese en presencia de ninguno de los Cazadores, pero cada vez le costaba más fingir ante Nausícaa.

—Los libros y las películas que ellos destruyen han matado a mucha gente —respondió tajante. Su voz se endureció como si aludiera a algún suceso de su pasado que T. aún desconocía—. Demasiada.

—Lo siento, supongo que hay cosas que todavía no sé de ti.

—Porque no has querido... —¿Nausícaa lo estaba desafiando para que lo adivinara y leyera entre líneas?—. Pero sí sabes que vivo con mi abuelo, y quizás eso te pueda dar alguna pista.

Tenía razón.

Una vez más, ella tenía razón.

Había intuido sus cicatrices, aunque no le hubiese preguntado por ellas.

—Todo el mundo habla siempre del Triple Atentado. Como si solo hubieran muerto Orfeo y sus dos Consejeros. Pero en aquel ataque hubo cuatro víctimas más. Cuatro personas a las que nadie menciona porque ni siquiera recuerdan sus nombres. Las cuatro trabajaban en Naxos y estaban allí en el momento en que ocurrió todo. A dos de ellas yo no las conocía, pero a las otras sí. Y las recuerdo, claro. Trabajaban para Orfeo y estaban ultimando uno de sus discursos cuando estallaron las bombas. Él se llamaba Hipómenes; ella, Atalanta. Y sí, es justo lo que estás pensando... Eran mis padres. Así que cuando alguien quema algún libro, yo lo celebro. Cuando queman una película, también. Y cuando condenan a alguno de esos malditos Rebeldes por hacer lo que hacen, me dan ganas de correr gritando de alegría por todo Ypsilon.

No tenía argumentos que ofrecer en contra, así que T. guardó silencio.

Aquel crimen fundacional era una de las grandes incógnitas que seguían sin resolverse. Dédalo aseguraba que el Senado culpaba injustamente a los Rebeldes, pero tampoco era capaz de arrojar una explicación válida de lo sucedido y, mientras esa verdad no viese la luz, resultaba difícil persuadir a nadie de que el Nuevo Orden se asentaba sobre un relato manipulado.

—¿Nos instalamos y vamos a dar una vuelta por aquí?

—¿Qué te has creído que es esto, tío? —La espontánea propuesta de T. consiguió relajar a Nausícaa, a quien el recuerdo de la muerte de sus padres siempre le provocaba la misma rabia—. ¿Un parque temático?

—Me gustaría ver cómo ser organizan... Seguro que, si no molestamos mucho, nos dejan.

—Está bien. —No quería confesarlo para no parecer infantil, pero compartía esa misma curiosidad—. Avísame cuando estés listo.

T. asintió y, una vez a solas, se aseguró de que nadie lo seguía antes de correr en busca de Áyax.

—Tienes que hacérselo llegar a Calipso. —Le dijo el hombre mientras le entregaba un móvil no rastreable con un único número en la memoria—. Es el código que desactiva las alarmas. Cambia cada día, así que, si no están listos mañana a la hora prevista, no podrán usarlo.

—Estarán listos.

—Ojalá no se confíen. —Áyax estaba muy preocupado ante el alcance de la Operación Velo: el Taigeto era uno de los corazones del Nuevo Orden y el Senado lo protegía con afán prioritario—. Que las alarmas no salten inmediatamente no quiere decir que los Cíclopes no estén atentos al resto de sistemas de seguridad. Este código tan solo permite ganar los minutos justos para entrar en el edificio. Pero tan pronto como los Rastreadores detecten la presencia de intrusos, los buscarán para acabar con ellos. Y si no lo consiguen por sí solos, ya se ocuparán los Ejecutores de terminar el trabajo.

—Tranquilo, se lo explicaré todo. Y no dudes que tendrán cuidado: Con Leda al frente de la operación, es imposible que salga mal.

—No dudo de su pericia, muchacho: dudo de que nuestras fuerzas sean suficientes... —vaciló un segundo antes de formular su siguiente pregunta. La información que había recibido a través de Calipso era, como de costumbre, muy escueta: solo sabía que debía proteger a un Cazador con la cara completamente tatuada, pero no el motivo de su presencia en el Taigeto ni el fin de su misión—. Me gustaría que me respondieses a algo...

—Dime.

—¿Por qué ahora?

T. abrió su cazadora y dejó ver, entre los pliegues de su ropa, el ejemplar que había cosido en ella. Áyax identificó enseguida las cubiertas quemadas, en las que se podía leer el título de la que era, sin duda, la presa más codiciada por los Cazadores.

—Ya veo... Espero que sepas que hay quien ha matado por mucho menos que eso.

—Lo sé. Por eso lo llevo siempre encima.

—Pues ten cuidado esta noche... No serías el primer Cazador que no ve la luz del sol antes de que tasen su presa.

—Lo tendré en cuenta.

Áyax, con un gesto, le pidió que se marchara y T. buscó un lugar discreto desde el que escribir a Calipso cifrando el mensaje, tal y como ella le había enseñado, en letras y dígitos, de modo que si alguien lo interceptaba, no pudiera interpretar con facilidad su contenido. Se deshizo del móvil tras romperlo en pedazos y salió en busca de Nausícaa.

Aquella iba a ser su última noche juntos, y quería pasarla a su lado.



15

JACINTO

—Necesito un favor... —Hermes miró a Gea con el gesto de niño desvalido con que el que trataba de ablandarla cada vez que deseaba conseguir algo sin pasar por los cauces oficiales.

—¿Un favor? —le sonrió ella con malicia, consciente de que sus peticiones no solían ser sencillas.

—Solo esta vez —mintió él—, te lo aseguro...

Hermes sabía perfectamente que no podía solicitar nada a las Arquitectas sin que quedara constancia tanto del contenido como del motivo de su demanda, pero él había decidido obviar esos requisitos y contar con la benevolencia de Gea.

—Ya. —Lo miró con sorna, imitando el tono de su voz—. Solo esta vez...

Gea era la más veterana del equipo de Moira. En tiempos de Orfeo había formado parte del gabinete de investigación tecnológica que presidía Pigmalión, pero su ausencia de ambición política la había mantenido siempre al margen de las intrigas palaciegas, en las que sus colegas se movían con mucha más soltura.

Por eso, tras el profundo dolor que trajo a su vida la muerte de su hijo en el Triple Atentado, Gea asumió con tranquilidad el nombramiento de Moira como responsable del Ministerio de Tecnociencia. Prefería pasar sus últimos años profesionales obedeciendo instrucciones ajenas antes que desempeñando tareas más ambiciosas. Una labor en la que solo se volcaba con el afán de encontrar algo de paz en medio de su tristeza.

La pérdida de Jacinto, un joven lleno de cualidades y al que Gea auguraba un gran futuro, había acabado con gran parte de sus ilusiones. No solo había perdido a Pigmalión, un jefe al que admiraba, sino que el ataque de los Rebeldes le había arrebatado la mitad de su corazón... Acallar la pena se convirtió en su única motivación para seguir trabajando a las órdenes de Moira, pese a que le disgustase que la investigación se hallara tan vinculada al control político y tan alejada de los ideales de descubrimiento y progreso que, en su juventud, la habían llevado a abrazar la carrera científica.

—Te prometo que no te pediré más favores en una buena temporada... De verdad de la buena. —Hermes teatral izó aún más su voz de niño bueno hasta arrancar una risa cómplice en Gea.

La veterana Arquitecta sabía que él y su hijo habían iniciado algo. No estaba segura de hasta dónde había llegado su relación, pero había sido testigo de sus miradas, de sus conversaciones... Y se había alegrado de que Jacinto hubiese encontrado en Hermes a la persona con la que deseaba compartir camino del mismo modo que ella, muchos años antes, la había encontrado en el también difunto Halmo. Seguramente por eso, sentía una abierta predilección hacia aquel muchacho desgarbado y menudo del Ponto que, gracias a su inteligencia, había logrado hacerse un hueco en un Gobierno en el que nadie había apostado por él en un principio.

Su aspecto menudo, en contraste con la corpulencia y las dimensiones sobrehumanas de los Cíclopes, casi resultaba infantil. Entre aquellos seres de aspecto fiero y musculatura descomunal, Hermes desentonaba por su corta estatura, su rostro pecoso, su gesto pícaro y las florecillas malvas que, en recuerdo de su hijo, siempre llevaba en la solapa. Como si, en vez de un treintañero, se tratase de un adolescente que se hubiera inmiscuido en las tareas de Estado.

«Eres demasiado blanda con él», le recriminó Apolo una vez que los vio hablando juntos. Y Gea, que llevaba trabajando para Ypsilon el mismo tiempo que el viejo Senador, no negó que fuera cierto, pero trató de hacerle entender que le resultaba imposible no mostrarse maternal con ese muchacho que, decía con tristeza, podría ser su hijo... Apolo no volvió a aludir a su favoritismo hacia Hermes porque sentía que no tenía derecho a hacerlo y porque, a fin de cuentas, el Ministro de Información seguía siendo uno de los miembros más diligentes y eficaces del Nuevo Orden.

—¿Qué necesitas esta vez? —Gea intentaba no enterarse nunca de los motivos de Hermes. Cuanto menos supiera, mejor. Además, hasta la fecha, el joven siempre había aprovechado aquellos favores en beneficio de Ypsilon.

Por eso, y porque lo había convertido en el reflejo del hijo que había perdido, rara vez se negaba a sus demandas mientras que estas fueran razonables y, por supuesto, discretas.

Hermes se tomó un segundo antes de responder. Su petición superaba con mucho las que le había hecho hasta entonces.

—Un Efímero.

—¿Has perdido el juicio? —Había fronteras que Gea no estaba dispuesta a cruzar. Ni siquiera por él.

—Por favor, solo esta vez...

—¿Sabes lo que podría ocurrir si hubiera cualquier fallo y perdieras el control?

—Eso no pasará, te lo aseguro.

—Antes necesito saber para qué lo quieras y cómo vas a utilizarlo. —Hermes intentó replicar, pero ella no se lo consintió—. Lo siento, pero esta vez no te va a valer de nada tu carita de niño bueno. Es un tema demasiado serio como para que pueda ayudarte si no me das más datos.

—Entiéndeme, Gea, por favor. Aún no puedo contártelo...

—En ese caso... —La Arquitecta alargó su brazo para que se marchase y la dejase sola de nuevo.

Lo había ayudado siempre, sí, pero no estaba dispuesta a entregarle uno de sus Efímeros a cambio de nada. Y no solo porque temiese las consecuencias que pudiera acarrearle a ella, sino —sobre todo— por el peligro que entrañaba para él.

Aquellas criaturas habían sido la pieza estrella del programa de la antigua Inteligencia X de Moira. Un primer paso hacia la futura Inteligencia Y que, sin la experiencia y la pericia de Gea, no habría sido posible culminar.

En la actualidad, gracias a la sofisticación de sus técnicas, los Efímeros eran capaces de sustituir a cualquier persona sin que se pudiera notar la diferencia. La perfección de sus acabados y el riesgo que suponía su capacidad de suplantación, si caían en manos inadecuadas, habían suscitado que Moira limitase su periodo de actividad a un máximo de veinticuatro horas. Después de ese plazo, podían ser desintegrados por la persona que los hubiera puesto en funcionamiento.

Sin embargo, en el caso de que fuesen atacados antes de que su ciclo de vida expirase, los cuerpos de los Efímeros no solo no desaparecían, sino que conservaban el mismo aspecto con el que hubiesen sido creados. Por esta razón, estaba terminantemente prohibido duplicar la imagen de personas fallecidas, para evitar así paradojas y bucles temporales.

—No pretendo reemplazar a nadie. —Hermes se dio cuenta de que no lograría su objetivo si no aportaba alguna justificación. Debía encontrar el modo de no mentir a Gea sin llegar a contarle toda la verdad—. Solo necesito que alguien haga algo por mí.

—Los Efímeros necesitan un modelo. Su diseño siempre suplanta la identidad de otra persona.

—Pero también puede ser un personaje de ficción, ¿verdad? O incluso un Cíclope.

—¿Te has vuelto loco, Hermes?

Su petición era mala señal. Normalmente, los Efímeros solo se creaban a partir de modelos humanos y por expresa petición de Némesis, para facilitar los reportes contra los Rebeldes como ya habían hecho con Clío y Néstor. ¿Pero qué sentido tenía clonar a sus propios ciborgs? Que Hermes no pudiese encargarle su misión a cualquiera de ellos significaba que esa tarea entraba dentro de la ilegalidad. O, por lo menos, la rozaba.

—Es importante.

—Pídele a Argos que te deje algunos de sus Rastreadores.

—No puedo pedirle eso... Gea, tienes que confiar en mí.

La Arquitecta empezaba a dudar. Nunca lo había visto así, y le costaba creer que aquel muchacho, en quien siempre había vislumbrado un atisbo de bondad que extrañaba al resto de los Ministros de Ypsilon, tramase algo oscuro.

—¿Y quién lo autoriza? No puedo ayudarte sin que Moira o Némesis...

Hermes podía revelar sus verdaderas intenciones o rendirse. También cabía la opción de mentir, claro, e incluso de falsificar una licencia firmada por el mismísimo Senado. Pero Gea no tardaría en descubrir una treta tan burda como esa. Además, la respetaba demasiado como para intentar estafarla. Su única posibilidad de éxito residía en hacer algo que, en realidad, no deseaba.

Reabrir su herida.

—Hace tiempo que necesito saber más...

Gea temió adivinar a qué se refería. Justo el único asunto del que, diez años después, seguía sin ser capaz de hablar.

—¿Más sobre qué?

Hermes buscaba el mejor modo de responder, pero las palabras tropezaban en su interior. Le resultaba difícil encontrar el modo de explicar hasta qué punto había llegado a dudar de la historia oficial de Ypsilon. Al igual que él se había convertido en el principal encargado de relatar el

presente, ¿cómo podía estar seguro de que alguien no hubiese tergiversado el pasado?

La certeza de que cualquier dato podía ser fabricado o, cuando menos, maquillado había consolidado su poder, pero también se había convertido en un demonio que lo atormentaba: los ypsilianos se comportaban como títeres, y empezaba a sospechar que él mismo también lo había sido en algún momento. Una obsesión que comenzó con el hallazgo de aquella fotografía familiar, que le hizo darse cuenta de algo especialmente siniestro: Némesis, según los archivos oficiales de Ypsilon, carecía de pasado. O, al menos, de documentos que lo atestiguasen.

Eso era lo que le habría gustado contarle a Gea. Pero entonces habría tenido que responder a cuestiones aún más incómodas, como qué pensaba hacer con la información que encontrase o si la utilizaría en las futuras elecciones. ¿Acaso solo se trataba de una maniobra para quedarse con el poder y sustituir a Némesis?

Gea tendría derecho a hacerle cualquiera de aquellas preguntas y, lo que era peor, Hermes no sabría qué contestar. De momento, lo que guiaba sus acciones era una mezcla de orgullo y de curiosidad, una combinación peligrosa que, para bien o para mal, había definido su carácter desde siempre. Por eso se había dedicado a la comunicación, por eso se había interesado por el Ministerio que ahora presidía y por eso, porque no había dejado de trabajar nunca en aquello que lo apasionaba, se había convertido en el miembro más joven del Gobierno del Nuevo Orden.

Así que, ante la imposibilidad de decir la verdad, escogió otro camino: el de la herida que ambos compartían.

—Para preparar estas elecciones, necesito datos que no puedo obtener más que en la Estigia. —Gea lo miró con desconfianza: ¿a qué se refería?—. Los Rebeldes han recrudecido sus ataques, y puede que posean armas que desconocemos. Ya nos la jugaron en el Aniversario, y ahora que disponen de magia, o de prodigios, o de lo que quiera que sea que pueden hacer gracias a la niña esa que los acompaña, quizás intenten darle la vuelta a nuestra propia historia. Al mismísimo origen del Nuevo Orden. Pero no puedo estar preparado para algo así sin acceder a las fuentes oficiales, y todas ellas se encuentran en la Estigia.

—En ese caso, ¿por qué noquieres pedir una autorización?

—¿Y poner a Némesis más nerviosa de lo que ya lo está? Sabes el celo con que se guardan todos esos archivos desde hace años. Para ella es un tema demasiado doloroso. No podemos olvidar que entonces fue cuando perdió a

sus padres... —hizo una breve pausa antes de acariciar sutilmente las flores malvas de su chaqueta—, al igual que otros perdimos a personas a las que también amábamos.

Bajó la cabeza apesadumbrado, exhibiendo una tristeza sincera y que estaba seguro de que habría alcanzado también el corazón de Gea, golpeada por el recuerdo de su hijo.

—Nadie quiere hablar de aquellos años... Y lo entiendo. Pero el silencio nos debilita, Gea. Némesis no va a ceder, ni siquiera sabiendo que podría ayudarla. Y Moira solo firmará lo que apruebe Némesis. Por doloroso que sea recuperar esos archivos, debemos estudiarlos antes de que los Rebeldes manipulen la historia una vez más... Aún hoy siguen insistiendo en que ellos no tuvieron nada que ver con el Triple Atentado, como si en Ypsilon fuésemos imbéciles. ¿Y qué pasaría si lograran que esas mentiras calaran en más gente? —Gea escuchaba su discurso con atención, intentando decidir si su petición era tan sensata como aquel joven con alma de mercader trataba de vendérsela—. Debemos reforzar nuestra versión y difundirla. Aún no hemos destapado toda la verdad, Gea. Cómo fue el operativo del atentado, cómo consiguieron los Rebeldes llegar hasta Naxos, cómo lograron que las bombas estallaran en el momento justo en que Orfeo, Pigmalión y Galatea se hallaban juntos en el Salón Presidencial. Y tampoco se ha hablado de los otros. De las víctimas que ni siquiera tienen nombre... ¿Nunca te has parado a pensar? ¿Nunca has querido que a Jacinto se le rindan los honores que merece?

Hermes intentaba manipularla y Gea, que lo superaba en años y en experiencia, lo sabía. Sin embargo, en el fondo estaba de acuerdo con él. Es más, hacía años que le extrañaba la escasez de datos que existían sobre aquellos crímenes que habían llevado al Nuevo Orden a endurecer la persecución de los Rebeldes y a autorizar la creación de un cuerpo de Cíclopes cada vez más agresivo y diverso. Rastreadores, Bibliófagos, Ejecutores... Cada uno de ellos respondía a un nuevo peldaño en una escalada hacia el poder. «En nombre de la paz y la felicidad», rezaba el lema oficial de Ypsilon. Una paz y una felicidad que ella, a pesar de sus esfuerzos por convivir con el dolor, no conocía desde la muerte de su hijo.

—Los Efímeros, justo antes de desintegrarse, envían un registro de sus movimientos a quien los haya activado —le advirtió—, así que, si accedo a tu propuesta, será con una condición: descubras lo que descubras en la Estigia, vendrás aquí a mostrármelo.

—Me parece justo.

—No se te ocurra hacer nada sin contar conmigo.

—¿Y qué se supone que debo hacer?

—Elegir. —Fue la escueta respuesta de Gea.

—¿Elegir? —Reaccionó desconcertado—. ¿Elegir qué?

—Bando —contestó ella, que era plenamente consciente del equilibrio de fuerzas cada vez más inestable entre los partidarios de Moira y los afines a Argos—. Y, conociéndote, ganador.

—Lo que quiero es que mi bando sea siempre el tuyo, Gea.

Ella arqueó las cejas ante su tono adulador.

—Si algo falla, negaré haberte ayudado.

—¿De verdad abandonarías a tu favorito? —Hermes forzó el gesto infantil con el que le gustaba embauclarla.

—¿Y desde cuándo eres mi favorito? —se rio ella—. Por favor, tómate esto muy en serio. Si te descubren, nos espera a los dos un Juicio Ciudadano. Y ya sabes cómo acaban...

—Tienes mi palabra: no habrá sorpresas.

Gea, a quien también despertaba una gran curiosidad lo que se ocultaba en la Estigia, accedió a ayudarle a pesar de que estaba convencida de lo contrario.

Por supuesto que las habría.



16

PENÉLOPE

Los grupos comandados por Paris y Aracne fueron los dos últimos en llegar al Refugio elegido por Dédalo como destino final de su viaje. Tan pronto como aparecieron, Leda pasó revista entre ellos del mismo modo que lo había hecho con los anteriores.

—¿Estáis todos bien?

—Con algún pequeño contratiempo —respondió Layo, aludiendo a las heridas más o menos leves que habían sufrido en la emboscada de los Pegasos —, pero sí. Por lo menos, seguimos vivos.

—Y eso es gracias a ti —apostilló Helena mirando a Ariadna, orgullosa de que su compañera en el Olimpo fuera quien los había salvado.

—Solo hago lo que puedo —respondió ella, y se volvió a ayudar a los heridos para rehuir el halago que acababa de recibir. Sus compañeros interpretaron ese gesto como un rasgo de modestia, pero no era más que una consecuencia de la incomodidad que le provocaba su don. La atormentaba la idea de que esa magia, que cada día se hacía más poderosa, la acercase a la misma oscuridad que pretendía vencer.

El Refugio se hallaba muy próximo al Taigeto, en el interior de una estación de tren abandonada. La reestructuración del transporte en todo Ypsilon, que buscaba optimizar los recursos energéticos —según el Senado— y, de paso, vigilar los movimientos de sus ciudadanos —según Dédalo— había provocado que se suprimiesen muchas de las antiguas líneas de comunicación, de las que todavía quedaban restos como aquel lugar que los Rebeldes convirtieron en su campamento.

—Estamos muy cerca... —les advirtió Leda—. No les resultará difícil rastrear nuestra presencia si llamamos su atención.

—Solo será un día. —La tranquilizó Dédalo—. El tiempo justo para ejecutar nuestro plan.

—¿Y luego? —preguntó Ariadna, aunque temiera conocer la respuesta.

—Luego habrá que seguir huyendo... —contestó el anciano—. Tendremos que volver a ser nómadas, como los demás compañeros Rebeldes.

—Hasta que la Operación Velo triunfe —añadió Calipso.

—¿La operación qué? —Layo sonaba disgustado. Era la primera vez que los Rebeldes escuchaban aquel nombre—. Empiezo a estar harto de tanto secretismo.

Desde la marcha de su hijo, se había vuelto cada vez más taciturno, por mucho que Orion, que compartía la misma desazón, le insistiese en que no era su culpa y tratase de justificar la ausencia de T. «Se está buscando, necesita tiempo...», le insistía. Pero las palabras de su pareja no lograban consolar a Layo, a quien aquella situación le extrañaba cada día más. Y menos ahora, que se preguntaba cuándo volverían a verlo después de que Ítaca hubiera sido arrasada. ¿Qué pasaría si intentaba volver? ¿Cómo daría con ellos? T. sabía tan bien como sus padres que cualquier comunicación podía ser interceptada por el Senado y ponerlos en peligro, así que quizás no se atreviera a hacerlo.

—¿Nos lo vas a contar de una vez o no? —insistió Layo, que no estaba dispuesto a tolerar más silencios.

—Aún no puedo explicároslo —se disculpó Dédalo—. Tenéis que confiar en mí. Os prometo que no tardaréis en entender por qué todo debe suceder así.

—¿Así cómo? ¿Entre engaños? ¿Ocultando información a vuestra propia gente? Porque a lo mejor no tiene mucho sentido luchar contra una dictadura para acabar imponiendo otra.

—Lo esencial es que estemos coordinados —los interrumpió Calipso mientras desplegaba un holograma con los datos básicos de un plan que solo Dédalo y ella parecían conocer a fondo—. Recibiremos el código de acceso hoy mismo y, a partir de ahí, dispondremos de veinticuatro horas para hacerlo todo.

—¿Todo? —Ariadna creía que su única misión era asaltar el Taigeto y poner en funcionamiento los Espejos, pero Calipso se expresaba como si tuviesen previsto algo más...

—Creo que es hora de que conozcáis a alguien —anunció Dédalo y, a su señal, Calipso desplazó el holograma con el plan de acción para sustituirlo por

la imagen tridimensional de una mujer a la que ninguno de los allí presentes había visto jamás.

Alta, corpulenta, de rasgos asiáticos, mirada aguda y cabello corto y muy oscuro. No debía de tener más de veintipocos años, y en su gesto se apreciaban determinación y cercanía. Era una extraña mezcla, pues a la vez que imponía respeto, tanto por su expresión decidida como por su complejión física, también inspiraba confianza.

—Os presento a Penélope. —Les dijo el anciano.

Dédalo imaginaba que ese dato resultaría suficiente para que sus compañeros interpretasen el nombre de la Operación. Al igual que Penélope, la mujer de Odiseo, había tejido y desejido un velo cada noche para evitar otorgar su mano a los pretendientes que la acosaban, Dédalo también había encontrado a su propia Penélope, la mujer junto a la que había tejido su estrategia política a espaldas de todos, de modo que contasen con el arma más poderosa en el momento más preciso.

—Asaltar el Taigeto es solo una parte de nuestro plan —les explicó Calipso, que era la única al tanto de todos los pormenores—. Liberar los títulos prohibidos gracias a los Espejos no serviría de mucho sin una herramienta política que nos ayude a impulsar esa acción. Podemos provocar la indignación de los ypsilianos, sí, ¿pero de qué sirve esa ira si no se canaliza? El Senado encontraría pronto el modo de aplastar cualquier movimiento de protesta y, sobre todo, daría con la manera de convencerlos de que estaban equivocados.

—Su maquinaria de propaganda no admite errores —apostilló Dédalo, a quien preocupaba la repentina desconfianza que observaba en su equipo.

El líder de los Rebeldes sabía que su secretismo levantaría suspicacias en sus lugartenientes y, además de las protestas de Layo, tampoco Leda y Aracne se mostraban especialmente felices al comprobar que las habían dejado al margen. Sin embargo, a pesar de las grietas que aquella decisión pudiera abrir en la confianza de su entorno más próximo, el anciano se había visto obligado a trabajar en secreto con el fin de reducir los posibles riesgos.

Para que la Operación Velo funcionase, la información solo debía compartirse con las personas estrictamente necesarias: cuantos menos Rebeldes supiesen qué estaban tramando, más seguro resultaría el dispositivo y mayores serían sus probabilidades de éxito. De este modo, si cualquier miembro de Ítaca que no fuera Dédalo o Calipso caía en una redada, los Cíclopes no podrían sonsacarle y el plan seguiría estando a salvo.

Antes de que aquella revelación diera lugar a un clima de recelo y descontento, Calipso trató de explicarles quién era Penélope y por qué no la habían conocido hasta llegar al Taigeto:

—Todos sabemos que las elecciones en Ypsilon están amañadas. Egisto, el candidato que se enfrenta a Némesis, no es más que un fantoche en manos del Senado. Y por eso hemos estado preparando a Penélope en secreto desde hace dos años. Ella será la voz y el rostro de la candidatura rebelde.

Dos años...

La cifra hirió los oídos de Aracne: ¿por qué Dédalo la había dejado fuera de una estrategia así? ¿Y cómo era posible que tampoco Calipso le hubiera confesado nada? Conocía bien su lealtad a la causa, pero también el vínculo que las unía y que, en los últimos meses, se había hecho aún más fuerte. Tanto como para intuir emociones que ahora, después de enterarse de que la habían excluido de un plan como aquel, tal vez no tuviera sentido admitir. Ni, mucho menos, compartir.

—Mañana acaba el plazo de presentación de candidatos a la Presidencia. —Calipso, que conocía a Aracne demasiado bien como para no darse cuenta de lo que estaba pasando por su cabeza, prefirió seguir hablando antes de que pudiera tomar la palabra—, y no podíamos revelarlos su identidad hasta entonces. Necesitábamos ocultarla durante el máximo tiempo posible, sobre todo teniendo en cuenta que, tan pronto como se haga pública, Némesis la convertirá en uno de sus objetivos principales.

—Candidata a las elecciones... y a algún accidente oportuno, ¿no es eso? —apostilló Céfiro, tratando de relajar la tensión que se había creado en el grupo con su tosco humor negro.

—Por eso mismo, necesitamos dividirnos.

—¿Qué estás diciendo, Calipso? —Leda, cuyo sentido de la disciplina le evitaba caer en suspicacias que consideraba inútiles, podía comprender el secreto en que se había mantenido aquella misión. Lo que no iba a apoyar era que propusiesen debilitar sus tropas justo antes de atacar una de las fortalezas mejor protegidas de Ypsilon.

—Céfiro y Paris encabezarán el grupo que se dirigirá al lugar en que se oculta Penélope. Ellos se encargarán de que no ocurra ningún «accidente» durante su presentación.

—No ocurrirá —prometió Paris, disimulando su decepción por tener que alejarse de Helena una vez más.

—Lo más importante es que estemos bien sincronizados: los Espejos deben entrar en acción en el Taigeto a la vez que Penélope pronuncia su

discurso en Geonia. Necesitamos que el impacto emocional sea inmediato para que cale nuestro mensaje.

—¿Por eso teníamos que acabar con tanta prisa el prototipo? —Aracne se sentía utilizada: ¿cómo era posible que su compañera, a la que la unía una intimidad que se habría atrevido a definir como única, no le hubiera dicho nada de todo aquello?

—Los Espejos son clave en la Operación Velo.

Pero sería mejor si no lo fuesen, pensó Dédalo, que se contuvo para no mostrar una vez más hasta qué punto le disgustaba que se empleasen aquellos instrumentos de manipulación. ¿Por qué no bastaba con liberar las historias encerradas en el Taigeto, reforzando el mensaje conciso y claro que transmitiría Penélope? Odiaba pensar que, en vez de altavoces, usarían trampantojos para retorcer los recuerdos ajenos y modelarlos como si fueran arcilla.

—¿Y el código para acceder al Taigeto lo conseguiremos porque...? —Ariadna dejó sin acabar una pregunta cuya respuesta, en realidad, ya adivinaba.

Ella y todos.

—No voy a perdonároslo. —Layo fulminó a Calipso con la mirada—. Nunca.

—Nos hacía falta alguien dentro —se justificó el anciano, que no estaba dispuesto a que su lugarteniente cargase con una responsabilidad que, en última instancia, había sido decisión suya.

—¿Y tenía que ser nuestro hijo? —Orion también estaba furioso. Habría podido estrangular a aquel viejo allí mismo—. ¿No teníamos derecho a saberlo? ¿Tan importante es esta maldita revolución que estáis dispuestos a arriesgar la vida de un adolescente sin tan siquiera contar con sus padres?

—No es solo un adolescente. —Se atrevió a contradecirle Dédalo.

—A lo mejor no. —Orion también sabía que había algo especial en T., algo que ni él ni Layo podían explicar y que lo convertía en alguien extraordinario—. Pero sí es nuestro hijo.

Hacía tiempo que Ariadna estaba segura de que la desaparición de su libro no había sido un robo, pero ahora —por fin— entendía su verdadero sentido: era un salvoconducto.

T. lo necesitaba para unirse a los Cazadores, llegar hasta el Taigeto y, desde allí, ayudar a los Rebeldes. Se lo había jugado todo por culminar con éxito la primera parte de la operación y, ahora que estaba dentro, se había convertido en el caballo de Troya que permitiría el acceso a los demás.

—Deberías habérselo dicho. —Néstor se puso del lado de Layo y Orion. Como padre, podía entender bien su enfado.

—Si lo hubiera hecho —se defendió Calipso, que no podía dejar de sentirse responsable, ya que era ella quien le había confiado en secreto esa misión—, habría puesto a T. en peligro.

—¿Más aún? —le espetó Layo.

—Era imprescindible que su fuga pareciese real para que, si alguien lo identificaba, tuviera pruebas con las que defenderse.

—¿Y nuestra angustia era una de ellas?

Los padres de T. no podían creer que su hijo hubiera sido una pieza más en medio de un tablero cuyas reglas solo parecía controlar Dédalo. Él era quien había elegido a T. Quien había pedido a Calipso que le encomendase aquella peligrosa tarea. Y quien movía los hilos de una Ítaca que se presentaba como un espacio libre y participativo pero que, en momentos como aquel, no creían que estuviese tan alejada de los métodos del Senado.

—En cuanto salgamos del Taigeto, podré explicároslo. —Dédalo los necesitaba de su lado, así que no dudó en justificarse—. Os aseguro que no depende solo de mí.

—Claro que depende de ti, maldita sea... —Layo no estaba dispuesto a admitir sus excusas—. Pero ya hablaremos de eso. Ahora lo único que me importa es sacar a mi hijo con vida de ahí.

Calipso tomó las riendas de nuevo. No podían permitirse el lujo de enfrentarse justo ahora.

—Céfiro, Paris, vosotros os encargaréis de proteger a Penélope. Elegid a qué cinco personas queréis llevaros. Los demás nos ocuparemos del Taigeto.

Prolongar la discusión solo les robaba un tiempo muy valioso y hacía peligrar aún más el rescate de T., así que, pese a sus recelos, todos acataron el plan de ataque que, ahora sí, Calipso y Dédalo expusieron con todo detalle.

Esa noche, nadie se fue a dormir ajeno a la atmósfera de recelo que aquellas decisiones habían levantado. No cuestionaban su utilidad —incluso Layo y Orion podían admitir que el silencio servía para proteger tanto a su hijo como a los demás Rebeldes—, pero era la primera vez que se sentían títeres de una estrategia sobre la que ni siquiera se les había consultado. Los líderes de Ítaca siempre aludían a una causa mayor que disculpaba sus secretos y que, de algún modo, determinaba la validez de las acciones y hasta de las palabras. ¿Y si quien había tomado las decisiones se equivocaba? ¿Dónde quedaba el

espíritu democrático de los Rebeldes? Asomarse a esas preguntas hizo que pasaran la noche desvelados, presos de una inquietud que no solo respondía al miedo de lo que pudiera suceder al día siguiente, sino a la incertidumbre de qué otros enigmas ignoraban.

Solo una persona consiguió dormir profundamente. No porque fuese ajena a esos dilemas, sino porque la noticia de que T. se hallaba en el interior del Taigeto la obligó a buscar el modo de acercarse a él.

Nadie se lo había pedido.

Ni siquiera a Dédalo se le había ocurrido que su don pudiera serles de utilidad, pero Ariadna no necesitaba que le diesen instrucciones. Había aprendido mucho en el tiempo que llevaba entre los Rebeldes, y por eso no podía bajar la guardia. Mucho menos tratándose de T. Así que, en medio de aquella atmósfera de dudas y desconfianza, luchó por conciliar un sueño tan profundo y a la vez tan lúcido como los que la habían unido a él desde el día de su marcha.

Un sueño que le permitiese estar a su lado si, como se temía, las cosas se ponían feas.

Y no se equivocó.



17

LAS PARCAS

Un segundo.

Bastó apenas un segundo para ponerlo en peligro.

«No cierres los ojos, T.», se repetía, haciendo caso de las palabras que le había dirigido Calipso antes de partir.

—En el Taigeto debes permanecer alerta y muy pendiente de todo. Y de todos —le había advertido—. Solo pasarás una noche allí, pero es crucial evitar los imprevistos. Tan importante como que nadie sepa por qué nos abandonas.

Y T., que recordaba bien sus consejos, se había esforzado por seguirlos en cada momento de su viaje.

Por eso no le había dicho nada a sus padres ni a Ariadna antes de dejar Ítaca.

Por eso se había asegurado de identificar el tatuaje del Equus antes de acercarse a Áyax.

Por eso seguía manteniendo las distancias con Nausícaa, a pesar de que podría jurar que ella empezaba a sentir lo mismo que creía sentir él.

Sin embargo, pese al tesón y la voluntad que había demostrado hasta entonces, el cansancio se había impuesto a su voluntad por un segundo.

Un maldito segundo en el que la tensión, la presión y el peso de una soledad que no por elegida dolía menos habían llegado a doblegarlo hasta hacer que, a las 03:16 —recordaba perfectamente que esa era la última vez que había visto la hora en su reloj—, cerrase los ojos.

Ni siquiera recordaba haberse quedado dormido... Aunque estaba claro que había sucedido. Tal vez lo que a él le pareció un segundo se había convertido en un minuto. O en unos cuantos minutos. O incluso en una hora... Y qué importaba. Fuese el tiempo que fuese, había sido suficiente para que cuatro Cazadores, a las órdenes de Menelao, lo sujetasen contra la cama.

—Siento que tu aventura acabe aquí, chaval —en el rostro del Cazador se leía una incontenible sonrisa de satisfacción—, pero eso que llevas encima es demasiado valioso como para que alguien tan inexperto como tú lo malgaste. ¿No estás de acuerdo en que sería un terrible desperdicio?

Aunque T. intentaba librarse de quienes agarraban sus brazos y piernas, lo habían inmovilizado de tal modo que ni siquiera sus técnicas de lucha servían para deshacerse de ellos. Menelao no había cometido el error de subestimar la fortaleza de su rival, sino que había escogido a sus mejores hombres para atacarlo.

—Entréganos el libro y no te pasará nada.

—Ya, seguro —respondió T. con una arrogancia que, aunque pudiera costarle cara, no estaba dispuesto a esconder. Si aquel iba a ser su final, al menos lo viviría sin agachar la cabeza.

—Vaya. —Menelao no pareció sorprenderse y, sin perder la calma, añadió—: Temía que sucediera esto.

Chasqueó sus dedos y uno de los cuatro Cazadores retorció la pierna derecha de T. hasta lograr que gritara desgarrado de dolor.

—¿Y ahora?

—Ni ahora... —T. apenas podía articular palabra a causa de la violencia con que aquella bestia lo torturaba— ni nunca.

—Cuánto lamento oír eso.

Dirigió una mirada gélida a sus secuaces, y el Cazador que agarraba su pierna la giró brutalmente hasta romperla.

El grito, ahogado por la mano del propio Menelao, reverberó en su interior sin que nadie más pudiera oírlo.

Nadie... salvo Ariadna.

No lograba explicarse cómo había llegado hasta allí. Tampoco estaba segura de si ella seguía dormida o despierta. Solo sabía que la pierna le quemaba, como si el dolor que atormentaba a T. también fuera suyo. Y, guiada por aquel grito que Menelao había tratado de acallar, su don la había guiado hasta la habitación del Taigeto en la que él se alojaba.

Nadie más se dio cuenta de su presencia.

Solo él.

T. descubrió en ella una mirada fría e inexpresiva que no le había visto antes. Era como si detrás de aquellos ojos no estuviera su Ari de siempre, la chica que había llegado a su vida para cambiarla.

A lo mejor porque no se encontraba allí. A lo mejor aquella chica, que comenzó a dibujar letras de humo en el aire, no era Ariadna, sino un reflejo de la joven que ella misma soñaba.

O a lo mejor sí se hallaba entre ellos, y su aparición había sido tan rápida e inesperada que nadie, ni siquiera Menelao, tuvo tiempo de reaccionar.

Ariadna, lejos de pararse a analizar lo que estaba sucediendo, se dejó llevar por la necesidad de actuar. El dolor de T. era el suyo y debía hacer algo inmediato para detenerlo, a pesar de que sacarlo del Taigeto y llevarlo consigo hasta el Refugio no fuera una opción.

Huir con T. suponía arruinar los planes de Dédalo y asumir un fracaso que pondría en peligro la Operación Velo.

Ni el anciano ni Calipso se lo perdonarían jamás.

Y T., cuando se hubiese recuperado, tampoco.

Así que Ariadna puso todo su empeño en llevar el poder que les confería su telepatía un paso más allá. Esta vez no podía conformarse con ser testigo de lo que ocurría, sino que debía intervenir. Tenía que ser capaz de dibujar las mismas letras con las que, cuando estaba despierta, era capaz de obrar prodigios como el que ahora necesitaba.

—¿Y si su esfuerzo por concentrarse acababa despertándola?

—¿Qué ocurriría si se rompía el sueño que ahora los unía?

Necesitaba que su cuerpo librarse aquella batalla sin que su conciencia la obligase a salir del estado onírico en que se hallaba.

—¿Nos lo vas a dar ahora, o prefieres que lo busquemos nosotros?

Menelao agarró a T. por el cuello, inmovilizándolo con tanta fuerza como para dejarlo sin aire en cuestión de segundos. Y en ese momento, aterrorizada ante lo que parecía que iba a ser una muerte segura, Ariadna sintió que era su piel la que tomaba el control.

Podía notar cómo ardían levemente los contornos de las iniciales que se habían dibujado en su cuerpo, y ellas mismas la orientaron hacia el nombre al que debía recurrir esta vez.

P-A-R-C-A-S

Seis gigantescas siluetas de humo, una por cada letra, se enroscaron alrededor de los Cazadores y, antes de que Menelao pudiera asfixiarlo, los apartaron de T.

—¿Qué es esto? —gritó uno de ellos al comprobar que no podía zafarse de aquella marea sucia y vaporosa—. ¿Qué demonios es esto?

Menelao ni siquiera pudo reaccionar: de repente, las letras adoptaron la forma de unas gigantescas ruedas, que comenzaron a girar sobre su eje hasta expulsar a los Cazadores de la habitación.

—Tienes una segunda oportunidad. —Le dijo Ariadna a T.—. No la desaproveches.

Y la «S» de las Parcas, aquellas diosas hilanderas de las que se decía que tejían la vida y la muerte de los hombres, se enredó también en el cuerpo del joven, devolviendo a su lugar la pierna que acababa de ser quebrada.

Aulló al sentir cómo el hueso se encajaba de nuevo en su sitio y, al abrir los ojos, se dio cuenta de que Ariadna había desaparecido.

¿Sueño o realidad?

Confundido, corrió a mirar su reloj y, al recordar la frase de Ariadna, lo entendió todo.

Volvían a ser las 03:16.

Se puso en pie, se acodó tras la puerta y esperó a que los Cazadores escogidos por Menelao entrasen en su cuarto.

En cuanto lo hicieron, T. los noqueó antes de que pudieran hacerle frente. Gracias a su destreza en el cuerpo a cuerpo, le bastó con una patada a la altura de la cabeza para tumbar al primero. Después, dejó inconsciente al segundo con una tanda de puñetazos rápidos y certeros, con los que logró que cayera violentamente contra el tercero, derribándolos a ambos. En apenas unos segundos, se abalanzó sobre el cuarto hombre y descargó sobre él una llave de *jiu-jitsu* decisiva. Menelao, al ver frustradas sus intenciones, prefirió desaparecer y evitar que T. averiguara que se hallaba detrás de ese robo frustrado.

Ni T. ni Ariadna cerraron de nuevo los ojos durante el resto de la noche.

T. porque sabía que, si lo hacía, corría el peligro de ser asesinado.

Ariadna porque acababa de confirmar que su don había dado un paso más aquella madrugada.

Había sido capaz de sentir la tortura ajena como propia. Su pierna le había dolido con la misma intensidad que a T. cuando los Cazadores se la retorcieron, y ahora le quemaban los músculos como si la hubieran atacado a ella. Además, había descubierto que su magia no solo dejaba huellas en su piel, sino que le otorgaba la capacidad de desdoblarse, e incluso le sugería los nombres que debía invocar, como el de las Parcas. O quizás, y eso la inquietaba, su poder estuviera empezando a elegir por su cuenta...

Estaba llena de preguntas, y era evidente que solo una persona podía facilitarle las respuestas.

Y ese alguien, que cada vez parecía guardar más secretos, era Dédalo.



18

GEA

Desde el principio, Gea había sentido rechazo hacia aquellas criaturas que devoraban hígados y recuerdos con el mismo sadismo con el que Bibliófagos y Ejecutores exterminaban a sus enemigos. Las Águilas, que se correspondían con lo que Moira llamaba la Fase 2 de su Inteligencia Y, le resultaban tan inquietantes como repulsivas: ¿y si quienes creían controlarlas acababan siendo sus víctimas?

«No podemos perder el control», solía advertirle Pigmalión, que siempre fue cauto en el campo de la inteligencia artificial. Por eso mismo, el día que se dio cuenta de que uno de los Cíclopes era capaz de desobedecerlo, decidió poner freno a sus investigaciones y, en presencia de Gea —la única testigo de aquel suceso—, destruyó el prototipo antes de que se corriera la voz.

«Debemos evitar que nos superen nuestras propias creaciones», repetía el Arquitecto cada vez que Orfeo le exigía nuevos progresos y, por eso mismo, solía mirar con recelo los logros de su ayudante más aventajada, Moira, una joven científica que, tras comenzar como becaria, había llegado a convertirse en una de sus Arquitectas más reconocidas. Dotada de una inventiva inagotable, su talento era tan evidente como su ambición, dos rasgos que parecían compartir la mayoría de los que, como Hermes o ella misma, habían sido educados en el Ponto.

A Gea le resultaba imposible contemplar las Águilas sin recordar las advertencias de quien se lo había enseñado todo: con Pigmalión había aprendido no solo las técnicas, sino también las normas éticas que debían regir su trabajo. O, al menos, guiarlo. Y desde que Moira había comenzado a

desarrollar el programa de Inteligencia Y, ella sentía que no dejaban de quebrantar esas reglas.

—Prepáralas para que puedan acompañarnos al Taigeto —le había ordenado Moira—. Y ten cuidado cuando manipules el *software*: cualquier error, por pequeño que sea, puede afectar a su funcionamiento.

—Tranquila —se defendió Gea—, creo que tengo la suficiente experiencia como para controlar a esos pajarracos.

—Sé que no las apruebas, pero tampoco las subestimes. Es mejor que sigas mis instrucciones, hazme caso.

—¿Alguna vez no lo he hecho?

Mientras Moira le daba la razón, Gea no podía evitar pensar que no la tenía. Al menos, no después de haberle entregado a Hermes el Efímero que le había pedido en secreto.

—Solo te estoy pidiendo que seas prudente, Gea —reiteró Moira—. Las Águilas son, hasta la fecha, los seres más autónomos que hemos creado en Ypsilon, y justo lo que las hace tan eficaces nos obliga a vigilarlas más de cerca.

En realidad, pensó Gea, las palabras de Moira no revelaban precaución, sino miedo. Detrás de sus recomendaciones se adivinaban las dudas. De repente, el fantasma de la rebelión de los androides, que siempre había sido uno de los temores de Pigmalión, cobraba sentido. Y se materializaba en aquellos engendros con forma de ave, cuerpo de cíborg y tamaño superior al de un ser humano. ¿De verdad era una buena idea elegirlas como acompañantes para su excursión al Taigeto? ¿Némesis era consciente de que eran armas que quizá no habían sido lo suficientemente testadas?

Le habría gustado pronunciarse al respecto, pero hacía tiempo que su papel en el Senado era prácticamente anecdótico. Salvo Apolo, a quien la unía la camaradería de los años pretéritos, y Hermes, que la trataba con afecto, nadie más le prestaba demasiada atención. Gea pertenecía a un pasado cada vez más lejano y su opinión, en vez de ser respetada por su larga trayectoria, era despreciada por las nuevas generaciones, que pensaban que no tenían nada que aprender de ella ni de las experiencias que había vivido en una época en la que, aunque ahora fuera difícil de creer, había sido tan joven como ellos.

No tenía intención de contradecir a Moira, así que Gea se limitó a encerrarse en la sala donde se almacenaban las Águilas para programar su funcionamiento durante las próximas veinticuatro horas. Debía asegurarse de que escoltaban a la Presidenta y a su séquito, obedeciendo en todo momento la voluntad de Némesis. Para ello, había que afinar los criterios de

subordinación —uno de los comandos esenciales de todos los androides ypsilianos—, de modo que solo reconociesen la voz y los gestos de la Presidenta.

Se trataba de una tarea delicada, no tanto por la dificultad que entrañaba como por la atención que exigía. Cualquier error en la secuencia de instrucciones, por pequeño que fuera, podía arruinar el proceso, obligándola a empezar de nuevo. Además, cada una de las Águilas poseía sus propios comandos, de modo que les fuese imposible comunicarse y aliarse entre ellas: el riesgo de una hipotética conciencia colectiva era uno de los efectos secundarios más peligrosos a los que Moira se había tenido que enfrentar en el desarrollo de la Inteligencia Y. Cuanto más refinada era la base tecnológica de sus criaturas, más proclives se mostraban a asociarse.

Gea tecleaba despacio, prestando atención a sus apuntes y a las indicaciones de cada uno de aquellos prototipos que, incluso inmóviles, resultaban espeluznantes. Sus picos de acero, sus ojos inyectados en sangre, sus alas como cuchillas que cortaban la piel con la misma violencia con la que se batían en el cielo... Era fácil imaginarlas devorando al mismísimo Prometeo mientras él, según contaba el mito, trataba en vano de desatarse de la roca a la que lo habían encadenado los dioses después de haberles robado el fuego para dárselo a los humanos. Y lo peor era que aquella tortura se repetía eternamente, pues los órganos del prisionero que el águila devoraba durante el día crecían de nuevo durante la noche. Por un segundo, Gea se vio a sí misma como Prometeo, sustrayendo el fuego de los dioses y entregándoselo, en forma de Efímero, a Hermes. Aquella imagen, que la obligó a darse cuenta del riesgo que estaba corriendo, la distrajo cuando programaba la última de las Águilas.

—No pasa nada —se resignó, tras comprobar que había errado en un dígito—: tendremos que volver a empezar contigo.

Dirigió su mirada hacia el Águila y se alarmó al descubrir que no se hallaba en su vitrina: la había abierto sigilosamente con las cuchillas de sus alas.

—No vas a asustarme, te lo advierto. —Se envalentonó Gea al tiempo que introducía el código correcto tan rápido como le era posible—. Más te vale volver a tu nido, pajarito.

Pero no tuvo tiempo de decir ni una sola palabra más.

Desde el techo, el Águila cayó como un proyectil y clavó en Gea su pico de acero repetidas veces, hasta dejarla sin vida. Acto seguido, dibujó con su

sangre la silueta de un gigantesco edificio de planta romboidal sobre el suelo del laboratorio.

—Si la vieja no hubiera dudado de mí... Se lo advertí —se justificó Moira ante Némesis, que, tras descubrir el cadáver de Gea, observaba la escena petrificada—, pero no me hizo caso.

—¿Debo entender que uno de estos monstruos se encuentra libre y sin control?

Moira tecleó algo deprisa en el panel de control.

—Ya no.

Todos los presentes pudieron contemplar una explosión en la pantalla: junto con sus programas esenciales, como los de seguimiento, ataque y huida, las Águilas contaban con un sistema de autodestrucción, con el que la Arquitecta se había anticipado a una posible rebelión.

—Estamos al final de la Fase 2 —Moira se sentía obligada a defender su trabajo— y eso significa nuevas ventajas. Pero también nuevos riesgos. Por desgracia, Gea no supo protegerse bien frente a los segundos.

—Hay algo que me gustaría preguntar —la interrumpió Apolo—. Se supone que las Águilas solo atacan para revelar nuestros secretos inconfesables, ¿no es eso?

—Siempre que puedan amenazar la seguridad de Ypsilon, sí —respondió Moira, que enseguida se dio cuenta de lo que el Senador estaba insinuando.

—Entonces —añadió él mirando fijamente a Némesis y señalando el dibujo sobre el suelo—, ya no es preciso que sigamos manteniéndolo en secreto. El accidente se ha encargado de destapar el engaño.

La Presidenta se dio cuenta de que tenía razón. Tal vez aquella muerte no fuera una mala noticia, después de todo.

—Creo que tus Águilas han dado con el traidor que andábamos buscando.

—Traidora —la corrigió Apolo—. Y ahora, gracias a las Águilas, también conocemos cuál era su plan. O, por lo menos, dónde pensaba llevarlo a cabo...

—En el Taigeto.

Apolo asintió.

—Doblaremos las precauciones. Por suerte —sentenció Némesis—, la vieja ya no podrá hacernos ningún daño.

Hermes, a quien le costaba contener las lágrimas ante la muerte de una mujer a la que había llegado a querer como si fuera de su propia familia, tragó

saliva. ¿Y si las Águilas acababan con su vida del mismo modo que lo habían hecho con la de Gea? De repente, el deseo de acompañar a Némesis en su visita al Taigeto ya no le parecía tan buena idea...

—Teniendo en cuenta lo que acabamos de descubrir —informó la Presidenta con la mirada fija en el charco de sangre que se extendía a sus pies —, Argos y Moira también nos acompañarán.

Y aquella noticia repentina lo empeoró todo.

Hermes se había convencido de que ambos se quedarían en Geonia: Moira, ocupada con los avances de la Inteligencia Y, cuya fase 3 aspiraba a comenzar tan pronto como se celebrasen las próximas elecciones; Argos, encargado de reprimir cualquier brote de violencia que se pudiera producir después del anuncio de las dos únicas candidaturas oficiales hasta la fecha, la de Némesis y la de Egisto. Sin embargo, ambos dejarían de lado por un día sus obligaciones para sumarse al viaje al Taigeto.

—Ni las Águilas pueden utilizarse aún sin la vigilancia de Moira ni sería prudente presentarse allí sin Argos y sus Cíclopes, ahora que sabemos que es posible que Gea haya informado a los Rebeldes de nuestra llegada.

«¿Por qué tengo tan mala suerte?», se repetía Hermes.

Si hubiera sido justo consigo mismo, se habría dado cuenta de que quizá había contado con más suerte de la que merecía, pero en ese momento, mientras se cuestionaba si sus esfuerzos por hacerse con un Efímero habían valido la pena, no era capaz de valorarlo. Y menos aún cuando pensaba que Gea había perdido la vida por su culpa. Por una obsesión que quizá ni siquiera lo condujese a ninguna parte.

Se sacudió la cabeza tratando de alejar esos pensamientos lúgubres y de cambiarlos por alguna idea que le permitiese asomarse a la Estigia sin que Némesis sospechara de él. Solo tenía que conseguir que el Efímero atravesara el arco de acceso al Taigeto y que, una vez dentro, se internase en ese Archivo en el que Hermes esperaba encontrar las respuestas a sus preguntas. Si lograba dar con el modo de que el Efímero hiciese su trabajo —entrar, grabar, enviar las imágenes— antes de que llegase el resto de la comitiva, saldría victorioso. Pero si se arriesgaba a emplearlo delante de Moira, la Arquitecta podría llegar a averiguarlo todo.

—Por eso mismo —improvisó Hermes—, sería bueno que una patrulla se nos adelantase y constatase que los Cazadores no suponen una amenaza.

—¿Y qué propones?

—Que envíemos unos cuantos Cíclopes para peinar el terreno. Con un número reducido de Bibliófagos y Rastreadores bastará. Solo se trata de que

entren en el Taigeto, graben cuanto observen y verifiquen que, sea quien sea el poseedor de esa copia del Primer Eje, no nos aguarda ninguna sorpresa desagradable.

—Si tanto te preocupa... —Némesis no estaba dispuesta a mostrar la más mínima sombra de temor—. Pero no pienso posponer nuestra partida. Habla con Argos para que envíe a los Cíclopes que le parezca oportuno esta misma noche. Saldremos mañana a primera hora.

Hermes se cercioró de que su Efímero se infiltraba entre el escuadrón dispuesto por Argos. Gracias al perfecto modelaje de los Efímeros, resultaba imposible distinguirlo de los demás Bibliófagos del Taigeto, de modo que podría acercarse a la hemeroteca de la Estigia para grabar y enviar todo el material que encontrase sobre el pasado de Némesis, antes de que saltasen las alarmas de seguridad y alguien le disparase hasta aniquilarlo.

Nadie le daría demasiada importancia al incidente: aunque aquellos fallos eran infrecuentes en un Estado tan avanzado como Ypsilon, tampoco sería el primer Cíclope que presentaba un comportamiento errático. En casos así, sus acciones se achacaban a defectos en su sistema operativo y se destruían antes de que causaran más daños. Apolo, tiempo atrás, había preguntado si los Cíclopes no entrañaban un peligro para los humanos, pero Moira se burló de su ignorancia, afirmando que era imposible que los Cíclopes albergasen alguna vez una idea tan compleja como la de la rebelión o la venganza.

Mientras veía partir a su Efímero, Hermes sintió una excitación extraña.

Por un lado, era consciente del riesgo que corría tratando de desentrañar los secretos mejor custodiados de Ypsilon. Por otro, le fascinaba haber sido capaz de llegar tan lejos y esperaba con impaciencia las imágenes que, a través del sistema de comunicación que había diseñado la malograda Gea, recibiría en breve.

La Estigia, con todos sus secretos, estaba a punto de abrirse por primera vez.



19

EOLO

Solo faltaban tres horas.

T. no era capaz de pensar en otra cosa mientras, como cada mañana, se ejercitaba con un número abrumador de flexiones y sentadillas. Sentía la necesidad de castigar su cuerpo y llevarlo al límite para tratar de controlar la ansiedad.

En tres horas, gracias a la clave que había obtenido de Áyax, entrarían sus compañeros.

En tres horas tratarían de convertir el Taigeto en el centro de difusión de las ideas y ficciones rescatadas por los Rebeldes, en vez del altavoz oficial de la propaganda del Nuevo Orden.

Y en tres horas, pasara lo que pasara, dejaría de ver a Nausícaa.

Para siempre.

Sabía que —según el plan que le había explicado Calipso— esto último no debía importarle, pero cada vez que doblaba su cuerpo sobre sí mismo, obligándose a batir su propio récord de abdominales y dominadas, la imagen de aquella joven regresaba con fuerza hasta él.

Era peligrosa.

Y la nieta de Alcínoo, el mejor amigo de Menelao, el desalmado que había intentado asesinarle.

Y una chica que no pertenecía a su mundo, sino a los Cazadores que colaboraban con Némesis para destruir todo aquello por lo que él luchaba.

T. se repetía cada una de aquellas frases mientras seguía entrenando, pero lo que le decía su cerebro no era, ni mucho menos, lo que le susurraba su

instinto.

Había algo en la franqueza de Nausícaa, o incluso en el rencor contra quienes la habían herido en el pasado, que le recordaba a sus propias cicatrices, a esos espacios en blanco que seguía sin poder completar y que intuía que ella sí comprendía.

Quizá se estuviera engañando. Quizá solo fuera la consecuencia de tanta soledad. O el perfil atlético de aquella joven que, de ser uno los personajes de las historias en las que lo había adentrado Ariadna, podría compararse con la mejor de las amazonas. Pero juraría que no era tan simple como eso. Los dos se habían reconocido como los extraños que se sentían ante los demás, dos jóvenes que trataban de decidir su futuro en medio de una encrucijada en la que el pasado entorpecía su avance.

—Hoy estarán listas las tassaciones —lo interrumpió Nausícaa—. En nada nos habremos marchado de aquí.

—Lo sé —respondió el lacónico, mientras comenzaba una tanda más de dominadas. Todo con tal de mantenerse ocupado. De no pensar. De no bajar la guardia.

—¿Y luego?

Resopló para dejar claro que no tenía ni idea de qué pasaría luego.

—Podrías venirte con nosotros hasta la próxima Isla.

—No sé si Menelao o tu abuelo estarían de acuerdo.

—¿Quieres que les pregunte? —Nausícaa, que era consciente de su capacidad de convicción cuando se trataba de persuadir a Alcínoo, estaba segura de que su abuelo le haría caso.

—No lo sé. A lo mejor lo que necesito después de esto es estar solo.

—En Ypsilon se sobrevive mal en soledad. —Le respondió ella.

—Eso también lo sé... —Y, agotado tanto del esfuerzo físico como del que le suponía no perderse en los ojos de Nausícaa, se detuvo en seco, tratando de esquivar su mirada.

—Entonces, tendrás que pensar qué quieras hacer, ¿no?

—Supongo.

No estaba seguro de cómo responderle sin revelar sus verdaderas intenciones.

Prometerle que se marcharía con ellos le parecía una mentira innecesaria: era evidente que su relación con Alcínoo y Menelao seguía siendo distante y tensa. Pero tampoco resultaba sencillo defender ese futuro en soledad que, tal y como había insinuado Nausícaa, lo convertiría en un paria en Ypsilon.

Nadie, fuera afín o contrario al Nuevo Orden, había logrado subsistir al margen de los grupos en que los ypsilianos se aliaban, así que, antes de que ella le siguiera preguntando por un futuro del que ya no formaba parte, prefirió hacerle una propuesta para llenar las últimas horas que les quedaban juntos.

—¿Por qué no vamos a verlos?

—¿A los Ilustradores?

—Me gustaría saber cómo trabajan. Además, ¿no tienes curiosidad por colarte en el Aqueronte?

—¿A ti qué te parece?

Ambos habían preguntado por ese departamento en el que se guardaban tanto los títulos que iban a ser destruidos como los nuevos ejemplares que habían de sustituirlos. Sin embargo, nadie les había explicado cómo se podía acceder al piso que recibía su nombre de uno de los ríos del infierno, ya que servía de almacén temporal donde se fusionaban lo viejo y lo nuevo o, como decían los eslóganes del Ministerio de Información, «la muerte y la vida».

—Podemos intentarlo.

—De visitar el Aqueronte, despídete. Y en cuanto a lo demás —respondió Nausícaa con fastidio—, seguro que solo nos dejan asomarnos al primer piso, igual que el día que llegamos. Ya sabes que para acceder al resto hace falta autorización.

—Autorización... —T. cerró los ojos y se dejó llevar por una de las imágenes del Eje— o ingenio.

Solo quedaban horas, pensó T.

Ariadna le habría reprimido su arrogancia. Y Layo y Orion, su temeridad. Pero ya qué más daba. Qué podía importar que, tan cerca de su despedida, Nausícaa fuera testigo de una minúscula parte de lo que era capaz de hacer... Algo tan insignificante como dejarse llevar por la imagen de Eolo, el dios de los vientos que movía el barco de Odiseo a través del mar Egeo, para elevarlos hasta el ático del Taigeto en cuestión de segundos.

«Una sobrada innecesaria», le habría regañado Ariadna.

Y él, que en el fondo sabía que lo era, ni siquiera se habría molestado en discutir. A lo mejor era verdad que solo pretendía impresionar a Nausícaa. Demostrarle que era algo más que el tipo desarraigado y solitario que veía en él.

—¿Cómo has...? —Nausícaa miró asombrada la enorme distancia que, de repente, separaba sus pies de la tierra. Allí, bajo el cielo de Ypsilon, todo lo que los rodeaba se volvía pequeño e insignificante—. ¿Cómo has hecho esto?

—¿No querías ver cómo trabajan? —T. apuntó a la enorme cristalera que coronaba el edificio y desde la que se podía observar a los Ilustradores desperdigados por los diferentes pisos del Taigeto—. Pues ahí los tienes.

Nausícaa, aún sin palabras ante lo que acababa de suceder, se asomó al ventanal desde el que se veían un sinfín de mujeres y hombres que, agrupados en departamentos, se dedicaban a tasar, a destruir o a crear, según cuál fuera su función.

Los Tasadores eran quienes, tras estudiar el repertorio de obras y existencias, ponían precio a los títulos que los Cazadores llevaban hasta allí. De ellos dependía la recompensa que cobrarían por cada uno de ellos.

Los Destructores se ocupaban de eliminar en el Aqueronte tanto los ejemplares ya tasados y pagados como su registro. No solo tenían que acabar con las copias físicas, sino también con cualquier noticia de su existencia.

Y los Creadores, a quienes los Tasadores entregaban un informe de las obras eliminadas, construían nuevos relatos que, tomando elementos de los títulos prohibidos, se ajustasen a las tres normas esenciales que regían la ficción del Nuevo Orden.

—¿Tres normas? —A T. le sorprendió que Nausícaa no las conociera, aunque se dio cuenta de que, hasta la llegada de Ariadna a su vida, él tampoco se había preocupado por memorizarlas.

—¿Nunca las has escuchado?

—Estoy demasiado ocupada buscando presas... Ya lo has visto.

T. las repitió de memoria, imitando la voz neutra y fría de todos los reportes del Senado:

—«Uno, retratar fielmente la realidad; dos, ser útiles; tres, tener final feliz».

—Así que eso es lo que hacen aquellos. —Dedujó Nausícaa mientras señalaba el trabajo de los Creadores.

—Antes creía que inventaban, pero...

—... reciclan. —Acabó ella su frase—. No construyen nada nuevo: solo cambian lo que no se ajusta a las normas y lo convierten en algo inofensivo.

—¿Tan peligroso sería que conociéramos lo que nos ocultan?

—¿Y es necesario que lleguemos a conocerlo?

—¿Nunca has tenido curiosidad por saber de qué hablan los títulos que cazamos?

—Sé que por culpa de esos títulos murieron mis padres. Con eso me basta.

«Pero ¿cómo pudieron provocar algo así?», quiso preguntarle T.

¿Cómo se explicaba que los ejemplares condenados en el índice fueran los responsables de las muertes que se les achacaban?

Ojalá hubieran tenido más tiempo...

Si tuvieran más tiempo, pensó T., trataría de persuadirla. Le explicaría que, en realidad, el Taigeto no era la institución que protegía a la gente de Ypsilon, sino el corazón mismo de su censura. El lugar desde el que se controlaba el pensamiento del pueblo y se cercenaba su libertad.

Si no faltase tan poco para que los Rebeldes irrumpiesen allí, T. le habría podido enseñar el libro que había tomado de Ariadna. Hablarle de las historias que encerraba la *Odisea* y de cómo el Nuevo Orden se había establecido, siguiendo los criterios adoptados previamente por Orfeo, a partir de sus palabras. Si tantos peligros entrañaban los títulos que destruían, ¿por qué los Cíclopes, Carontes y Pegasos eran instrumentos del Estado? ¿No se trataba de una artimaña para engrandecer las instituciones de Ypsilon y, a la vez, conjurar la fuerza de esos mitos que jamás conseguirían aniquilar?

—No piensas venirte con nosotros, ¿verdad? —Nausícaa empezaba a comprender que su destino y el de T. estaban a punto de separarse.

—Necesito encontrar mi camino.

—¿Tu camino? —Le hizo gracia su tono grandilocuente, como si fuera un héroe condenado a un destino misterioso y enigmático—. ¿Tu camino tiene algo que ver con lo que has hecho para subirnos aquí?

—Todos tenemos nuestras habilidades, ¿no? Seguro que hay quien te consideraría también una hechicera, o incluso una bruja, por tu rapidez y tu habilidad luchando.

—No te vas a escaquear haciéndome la pelota —se burló ella—. Lo mío consiste en técnica y entrenamiento. Lo que tú has hecho, no.

—¿Y necesitas que te lo explique? ¿No podemos dar por sentado que, sencillamente, somos diferentes?

—¿A ti no te cuesta aceptar lo que no entiendes?

—Si me costase, creo que no aceptaría casi nada —se rio—. La verdad es que cada vez lo entiendo todo un poco menos.

Fue extraño porque, después de confesar algo que hasta entonces no se había atrevido a verbalizar, se sintió más vulnerable que nunca.

Ni siquiera en el momento en que había mostrado a Nausícaa parte de sus poderes se había encontrado tan expuesto. Y ahora, sin embargo, tenía la sensación de haberse abierto de verdad frente a ella.

Apenas le había dicho nada, pero resultaba suficiente para asomarse al hombre asustado que habitaba en su interior. A T. le asaltaban las dudas por

un presente que no acababa de entender con la misma fuerza con que lo obsesionaban un pasado lleno de lagunas y un futuro cargado de incertidumbres.

Nada más hablar, se arrepintió de haberlo hecho. No quería que Nausícaa lo recordara como alguien temeroso o dubitativo, sino como el chico intrépido y decidido que había sido capaz de hacerla subir misteriosamente hasta la azotea del Taigeto.

Ella, lejos de decepcionarse, se vio a sí misma reflejada en la incertidumbre que T. había esbozado. Y, por un momento, dejó que fluyesen sin control el cansancio, el abatimiento y hasta la ira acumulada por una orfandad que no había conseguido perdonar. Nadie le garantizaba que castigar a quienes la habían atacado en el pasado fuese a apaciguar su dolor, pero su abuelo le había inculcado esa necesidad. Y también de Alcínoo había heredado aquella sed de venganza que, como muchos de los Cazadores, trataba de saciar vertiendo la sangre rebelde que encontraban en su camino.

A ratos incluso se le escapaba el sentido de su continua búsqueda. Esa lucha constante en la que se dejaban la piel a cambio de un nuevo puñado de títulos que alguien pagaría con el único fin de destruirlos.

Quizá fueran las palabras de T., o la incógnita de cómo habían llegado hasta esa azotea, o la impresión de que todo resultaba insignificante desde allí, pero un interrogante se abrió en ella con la misma rotundidad que en T. Una duda que tenía que ver con la necesidad de averiguar quiénes eran y, más aún, quiénes querían ser.

—A lo mejor tienes razón —se acercó a T.—, a lo mejor no necesitamos entenderlo todo.

El viento, que soplaba con la misma fuerza con la que Homero describía que ondeaba las velas del navío de Odiseo, los aproximó un poco más. Ninguno supo quién dio el primero paso. Quizá había sido el mismo Eolo quien los había empujado hasta casi hacerlos chocar.

—Puede que tengas razón —añadió Nausícaa buscando algún rastro de verdad, cualquier señal que justificase lo que estaba a punto de hacer, en los ojos de T.—. A lo mejor es suficiente con saber que somos diferentes.

Ambos permanecieron inmóviles, sin saber bien cómo comportarse.

Los dos experimentaron el impulso de recorrer el minúsculo espacio que aún los separaba. Los escasos centímetros que impedían que sus labios se encontrasen. Ambos sentían las mismas ganas de fundirse en un beso que, sin embargo, temían que los volviese demasiado vulnerables en el peor momento posible.

La responsabilidad luchaba contra el deseo; sus experiencias pasadas, contra la promesa de un futuro posible, y la necesidad de protegerse a sí mismos, contra sus ganas de experimentar. Pero, por mucho que su cabeza seguía rogándoles cautela, la piel había empezado a hablar su propio lenguaje y les exigía ser escuchada. Ni sus manos, que se enlazaron con torpeza, ni su pulso, que latía desbocado, compartían su vacilación y sus temores. Todo su cuerpo los empujaba a obedecer la voz de su instinto, pero la realidad —inopportunamente— se lo impidió.

Solo habrían necesitado unos segundos más... Si las cosas no se hubieran precipitado del modo en que lo hicieron, uno de los dos hubiese hecho posible lo que Nausícaa habría interpretado como un principio y que para T., sin embargo, habría sido una despedida.

Pero sus pensamientos, que por primera vez en mucho tiempo permanecían ajenos a su alrededor y se centraban solo en lo que les estaba ocurriendo a ellos, se vieron interrumpidos por el estallido de una alarma, seguida por el inconfundible sonido de unos disparos.

—¿Qué está pasando? —preguntó Nausícaa, tratando de adivinarlo a través de la cristalera, desde la que observó cómo se movían, nerviosos, los Ilustradores.

—No lo sé —mintió T.—, pero será mejor que regresemos.

A los dos les habría gustado detener el tiempo en el instante que acababan de compartir, pero la realidad convirtió sus ganas en un imposible. Y T., a pesar de todo, agradeció que la alarma les hubiera impedido continuar, porque cada día despreciaba un poco más al farsante en que lo habían obligado a convertirse: Nausícaa se merecía a su lado algo más que un vulgar estafador.

Según el horario previsto, estaba a punto de iniciarse la siguiente fase de la Operación Velo, así que recurrió de nuevo a su don para abandonar de inmediato aquella azotea.

Esta vez, en vez de regresar juntos, Nausícaa reapareció sola en el cuarto de su abuelo Alcínoo. En ese mismo instante, la joven supo que su historia con T. había terminado nada más comenzar.



20

EL EFÍMERO

La tensión entre los ocupantes del vehículo presidencial era evidente.

Némesis había insistido en que sus asesores de máxima confianza viajaran juntos, lo que había resultado en uno de los trayectos más incómodos que recordaban. Ni Argos ni Moira ni, mucho menos, Hermes deseaban estar allí, en un espacio tan reducido que invitaba a poner de manifiesto sus desavenencias, cada vez más insalvables, sobre cualquier tema.

—La presentación de la candidatura de Egisto ha salido según lo esperado —informó Argos, que nunca perdía ocasión de vanagloriarse de sus méritos. Era consciente de que necesitaba hacer valer la importancia de su labor, especialmente ahora que los avances de Moira, tras culminar con éxito su Fase 2 de la Inteligencia Y, amenazaban con ensombrecer su trabajo—. Hemos conseguido un revuelo moderado que, lejos de debilitar los apoyos a tu reelección, los fortalece.

—Algo habrán tenido que ver sus discursos —apostilló Moira, siempre dispuesta a empañar los logros del General, a la vez que señalaba a Hermes con la mirada.

—Y mis Cíclopes. —Reaccionó Argos, sin disimular el malestar que le había provocado aquel comentario.

—A tus Cíclopes —prosiguió la Arquitecta— podemos felicitarlos por haber evitado que se organizara algún tumulto entre los pocos seguidores de Egisto, pero son las palabras de Hermes y de su equipo las que garantizan que la lealtad de Ypsilon se incline en la dirección adecuada.

Némesis, sorprendida ante el silencio del Ministro de Información, que llevaba un buen rato sin levantar la mirada de la pantalla de su móvil, se dirigió a él.

—¿No tienes nada que decir?

Completamente abstraído, ni siquiera se dio cuenta de que la Presidenta acababa de hacerle una pregunta.

—Hermes —insistió y, esta vez sí, logró ganarse su atención—, ¿no vas a añadir nada?

El Ministro no sabía de qué estaban hablando, así que, conjeturando que se trataría de otra disputa de poder entre Moira y Argos, se limitó a pronunciar una de sus habituales sentencias neutrales y, esencialmente, vacías:

—Todas las áreas suman. —Fuera lo que fuera a lo que se estuviesen refiriendo, aquella frase era muy probable que encajase bien.

—¿Ni siquiera me vas a aceptar el cumplido? —se sorprendió Moira ante el escaso interés de Hermes en sus palabras.

—Por supuesto que sí —mintió él—, pero me preocupa que los elogios o las críticas acaben desuniéndonos. Aún falta un mes hasta la reelección, y es importante que nos mostremos cohesionados ante la opinión pública.

—Sigo pensando que, después del Aniversario, deberíamos haber abreviado aún más ese plazo...

—¿Y permitir que alguien interprete ese gesto como un signo de debilidad por lo que ocurrió? —Había pocas alusiones que enervasen tanto a Némesis como las referencias a aquel día.

—Además —razonó Moira, disfrutando del desacuerdo entre el General y la Presidenta—, no podemos saltarnos el proceso que decretamos en nuestra propia Constitución.

—¿Y por qué no? —Argos no estaba dispuesto a ceder ante su rival—. Si nosotros establecimos las reglas del juego, también podemos modificarlas cuando sea necesario. No acabo de entender cuál es el motivo para no acortar dos semanas un proceso que, si fuera más breve, controlaríamos con mayor facilidad.

—Eso nos restaría credibilidad —argumentó Hermes, que ahora que se había incorporado a la conversación, no estaba dispuesto a dejarse apabullar por sus compañeros de viaje—. Debemos cumplir las leyes que nosotros propusimos; lo contrario levantaría suspicacias y, además, podría ser usado por los Rebeldes en alguna de sus campañas difamatorias.

—Por eso mismo —insistió Argos—, porque seguro que los Rebeldes van a aprovechar cada día de este maldito mes para tratar de desacreditar nuestro Gobierno, es una insensatez no reducir el periodo electoral a diez o quince días. ¿Qué sentido tiene prolongar una campaña frente a un contrincante que no es más que un pelele?

—Seguro que a Egisto le encanta tu comentario —repuso con ironía el Ministro de Información—. Él hace su papel. Punto. Y lo interpreta bastante bien, por cierto.

—No tienes de qué preocuparte —añadió Moira con lo que el General consideraba un aire de suficiencia insopportable—. La Fase 3 va por muy buen camino y está pensada, justamente, para garantizar que las elecciones transcurran sin sobresaltos. Mientras tú y tus Cíclopes imponéis la fuerza bruta, mis criaturas y yo nos aseguraremos de que todo salga como es debido.

Argos masticó sus palabras con rabia, prometiéndose que alguna vez le recordaría aquella conversación, justo cuando tuviese su cuello entre las garras de alguno de sus Ejecutores.

—Ojalá mi labor de estratega fuera tan sencilla como tú la presentas, Arquitecta.

Con Moira y Argos enzarzados en sus venenosos comentarios, Hermes aprovechó para ajustarse los auriculares y, después de comprobar que nadie lo miraba, revisó de nuevo el vídeo que había recibido de su Efímero.

La grabación se cortaba, cómo no, con el estallido de la alarma, que había saltado en cuanto el falso Bibliófago había manipulado los dispositivos de seguridad de la Estigia.

En las imágenes se podía apreciar cómo, en cuestión de segundos, los Cíclopes que se encargaban de la seguridad del Taigeto lo rodeaban y acribillaban sin compasión. Cuando los Efímeros eran derribados, su cuerpo conservaba la misma apariencia con la que habían sido concebidos, de modo que nadie pudiera sospechar que se trataba de creaciones artificiales. Y justo ese era uno de los muchos motivos por los que Gea los consideraba tan peligrosos, pues podían servir para que alguien fingiera su propia muerte o provocar paradojas temporales como la de que un difunto «reviviese» para morir por segunda vez. Unas características que, en esta ocasión, habían salvado a Hermes de que se desvelara su secreto. Nadie descubriría nunca que había recurrido a un Efímero, pues el cuerpo que yacía en el suelo de la Estigia era el de un cíborg y su conducta, una vez más, se achacaría a los fallos que ya se habían observado en otros Cíclopes.

Hermes trataba, sin éxito, de hallar una explicación racional para lo que aparecía en su pantalla. Estaba seguro de que el Efímero grabaría un sinfín de anaqueles y pantallas táctiles llenas de documentos con los que podría empezar a investigar. Necesitaba, al menos, conocer la nomenclatura con la que habían sido catalogados. Incluso había esperado alguna imagen de esos archivos, pues su Efímero estaba programado para grabar cuanto hubiese allí dentro antes de que la alarma delatase su presencia.

Sin embargo, lo que tenía delante se parecía muy poco a lo que era previsible encontrar en una hemeroteca.

Hermes había calculado, o eso creía, todas las opciones posibles: un almacén digital, una biblioteca con ejemplares de la ya inexistente prensa en papel o incluso una videoteca con hologramas y reportes como los que él mismo preparaba en su Ministerio. Esta última, sin duda, era la alternativa más deseable: si los archivos habían sido hologramizados, dispondría de las imágenes necesarias para reconstruir con detalle el pasado de Némesis.

Pero el Efímero no había filmado nada de eso.

Al menos, no era lo que mostraba el vídeo que había recibido gracias al dispositivo diseñado por Gea.

La Estigia era un espacio muy diferente a lo que él había imaginado. Se trataba de una enorme sala con las paredes, el techo y el suelo cubiertos por espejos. Una estancia tan amplia como vacía, donde lo único que podría encontrar cualquier posible visitante era el reflejo de sí mismo.

Todo lo que el Efímero había descubierto allí dentro entraba en conflicto con las instrucciones con las que había sido programado. ¿Cómo buscar información en un archivo inexistente? La grabación, en la que se apreciaban muchos planos generales captados con bruscos movimientos de cámara, evidenciaba su confusión.

Desconcertado, había explorado la estancia en busca de posibles pasadizos o galerías secretas detrás de aquellos espejos, pero todas las superficies eran lisas y no había ninguna hendidura o mecanismo que lo condujera a otro espacio oculto en su interior.

Hermes rebobinó la escena un par de veces.

No había nada en ella parecido a lo que esperaba.

Y sin embargo...

Necesitó un tercer visionado para darse cuenta: con cada movimiento del Efímero, los espejos del suelo se volvían translúcidos y permitían atisbar algo que se hallaba escondido justo debajo.

Detuvo la imagen. La amplió y, a pesar de que resultaba aventurado afirmarlo, Hermes estaba casi seguro de que había reconocido de qué se trataba.

No entendía por qué tanto secreto.

Ni qué hacía aquello allí debajo.

Ni cuál era la razón de que se hubiesen dispuesto tantas medidas de seguridad para protegerlo.

Porque lo que había allí enterrado no era una hemeroteca. Ni un depósito de hologramas. Ni tampoco un archivo documental o audiovisual.

Lo único que ocultaba la Estigia en su interior era un árbol.

Con forma de laurel.



21

LA SALA DEL INTERCAMBIO

De regreso en su habitación, T. se preparaba para el siguiente paso de la Operación Velo. Según la planificación de Calipso, solo faltaban sesenta minutos para la transacción, así que debía sacarse de la cabeza todo lo que lo distraía; en especial, esa sensación de haber dejado demasiadas cosas pendientes en la azotea del Taigeto. Otro episodio más que sumar a su lista de ocasiones perdidas... Intentaba alejar esos pensamientos y concentrarse en lo que tenía por delante cuando Menelao y Alcínoo irrumpieron en su cuarto.

—Es la hora, chaval. —Le dijo el primero.

—¿La hora de qué? —preguntó T. con desconfianza. Cada vez le costaba más entender que Nausícaa tuviera algo que ver con aquel tipo marrullero y codicioso que había intentado quitarle la vida solo por dinero.

—Han venido a buscar tu presa. Y no creo que sea buena idea hacer esperar a la Presidenta.

—¿Némesis quiere que le entregue mi libro? —se alarmó T.

No era eso lo que le había explicado Calipso ni lo que habían ensayado antes de que partiera de Ítaca. Se suponía que serían los Tasadores quienes, tras valorar su precio, le harían una oferta. Él diría que necesitaba tiempo para pensarlo y demoraría su respuesta al momento en que entrasen los Rebeldes con los Espejos. Ese era el plan. Y el plan no preveía un adelanto de sesenta minutos ni, mucho menos, negociar con la mismísima Némesis dentro del Taigeto.

—Quiere comprarlo personalmente —explicó Alcínoo—. No es la primera vez que lo hace.

—Ah, ¿no?

—Sabes poco del mundo en que vives, chaval —le espetó Menelao con esa altanería que T. detestaba—. El primer libro que se vendió aquí se lo llevó ella.

—¿En persona? —T. no podía creer que Calipso no le hubiera revelado ese dato. ¿Cómo demonios lo habían soltado allí sin tener eso en cuenta?

—Sí, claro, ella en persona. Hay quienes dicen que lo hizo porque le interesaba de verdad —explicó Alcínoo—, aunque otros pensamos que solo fue una estrategia para dar publicidad a las recompensas y reclutar así a más Cazadores. Quién sabe.

—¿Y qué libro era?

—¿Por qué lo preguntas? —se rio—. ¿De verdad crees que te va a sonar su nombre si te lo digo?

Le indignaba que lo despreciaran por su edad, como si la juventud fuera una tara. Y le ofendía que le recordasen con tanto desdén su ignorancia. No era culpa suya haber tenido que anteponer la supervivencia —las horas de entrenamiento, el esfuerzo físico, el nomadismo constante— a un aprendizaje que, de todos modos, en Ypsilon estaba limitado por las fronteras sociales que imponía el Nuevo Orden. La gente solo tenía acceso a los estudios que les correspondían según el distrito en que habitaban, de modo que su futuro profesional, salvo contadas excepciones —presentadas como ejemplos tan falsos como idealizados— quedaba determinado por su nacimiento.

Al principio, aquel sistema había levantado cierta polémica, pero las quejas se habían desvanecido tan pronto como comenzaron las subvenciones de la Reconstrucción, con su programa de Pisos Blancos y sus Retroespacios: la promesa de vivienda, trabajo y ocio al alcance de cualquiera bastaba para persuadir a los ypsilianos de que no malgastaran tiempo ni esfuerzos en estudios que, en el pasado, solo habían generado frustración, desempleo y gente sobrecualificada para puestos que no les satisfacían. T., gracias al nomadismo de sus padres, se había salvado de ser una pieza más en aquel engranaje conformista donde los proscritos, como su familia, ni siquiera tenían cabida.

—¿Qué pasa, Alcínoo? —le respondió con la misma soberbia que aquel hombre mostraba frente a él—. ¿Estás tan viejo que ya ni siquiera lo recuerdas?

—Lo único viejo aquí es tu libro. Y el otro era uno muy parecido al tuyo. Un ladrillo lleno de locuras escritas por un romano o un griego, no sé.

—Vamos —lo provocó—, que no tienes ni idea de cómo se llamaba.

—No me toques más las narices, muchacho. —T. se arrepintió por un segundo de haber tensado demasiado la situación—, no te conviene... Su título era *Las metamorfosis*. Y ahora no me vengas con que te suena, porque no esperarás que me lo crea, ¿verdad?

T. no tuvo que molestarsen en fingir: no había oído ese título en su vida. ¿*Las metamorfosis*? Le sonaba otro libro de nombre parecido escrito por los Ilustradores. Pero aquel se llamaba *La metamorfosis*, es decir, que era solo una, y contaba la historia de un tipo que se convertía en insecto y que, al final, descubría que ser una cucaracha era un modo estupendo de colaborar con la sociedad en que vivía. Recordaba que sus padres se habían indignado la primera vez que lo leyeron, porque aseguraban que la verdadera trama no tenía nada que ver con aquella basura, pero como T. no conocía el original y los bichos del biblioholograma le resultaban especialmente simpáticos, aquella historia nunca llegó a desagradarle del todo.

En cualquier caso, ese no era el libro al que se refería Alcínoo, y estaba claro que tan pronto como volviese a Ítaca con los Rebeldes, debería informarse sobre él. Si Némesis solo había mostrado interés personal en dos títulos —*Las metamorfosis* y la *Odisea*—, era fácil deducir que existía una conexión entre ambos. Hasta ahora, según lo que había experimentado con Ariadna, creía que la magia solo nacía del libro de Homero, pero ¿y si se hallaba también en el otro título?

—Ya está bien de charla. —Menelao estaba impaciente por zanjar la conversación—. Vamos, chaval, acompañanos.

Siguió a Alcínoo y a Menelao a través de los interminables pasillos del Taigeto y, en uno de ellos, Nausícaa se sumó al grupo.

—Voy con vosotros —les informó, sin intención de pedirles permiso para hacerlo.

T. evitó mirarla y ella hizo lo mismo. Los dos actuaron como si el instante en el ático jamás hubiera sucedido y los cuatro subieron juntos hasta la tercera planta del Taigeto, en la que se ubicaba la llamada Sala del Intercambio. Allí era donde los Tasadores presentaban su oferta, explicando siempre los motivos que justificaban el precio, y los Cazadores cambiaban sus presas por el dinero que les correspondía. Áyax, el máximo responsable de aquel departamento, los recibió.

—Has despertado mucho interés con tu presa.

—Lo único que busco es cobrar lo que vale.

—Por supuesto. —T. creyó leer en la mirada de Áyax la misma inquietud que sentía él. Los minutos seguían corriendo y empezaba a ser más que

probable que los Rebeldes irrumpiesen en el Taigeto en el mismo momento que Némesis y su equipo. Pero estando tan vigilados, resultaba imposible avisarlos de la llegada imprevista de la Presidenta—. Nuestros Tasadores han decretado ya una cifra.

A un gesto de Áyax, los Ilustradores proyectaron la cantidad propuesta en la pantalla que ocupaba uno de los laterales de la Sala de Intercambios. Menelao, a la izquierda de Alcínoo y su nieta, miró aquella interminable hilera de ceros con envidia.

—No olvides que debes repartirlo con quienes te hemos traído hasta aquí.

Y T., que recordaba perfectamente su acuerdo, asintió sin decir nada más. Lo único que le preocupaba era que Nausícaa siguiese allí, en medio de la Operación Velo. Habría querido advertirla del peligro para que se marchase cuanto antes, porque no soportaría que le ocurriese algo por su culpa. Sin embargo, eso suponía traicionar a los suyos, y sus principios lo obligaban a guardar silencio.

—El cincuenta por ciento, chaval. Aunque habrá que añadir un diez por ciento más en concepto de gastos. —Menelao se acercó hasta él y le dio una palmada de falsa camaradería en la espalda.

—¿Gastos? —El dinero no le preocupaba, pero le fastidiaba que aquel individuo pretendiese estafarlo delante de todo el mundo.

—No habrías llegado si no fuera por nosotros, así que más te vale ser generoso, ¿me sigues?

—Creo que ha llegado el momento de realizar la transacción —anunció Áyax al percatarse de la aparición de una nutrida patrulla de Cíclopes.

En apenas unos instantes, la Sala del Intercambio se había llenado de Rastreadores y Bibliófagos, que custodiaban cada uno de los extremos.

Argos les ordenó disponerse de modo que no quedase ni una sola salida sin vigilancia: evitar que ese Cazador huyese era la consigna que, en secreto, le había dado Némesis. No solo pretendía hacerse con el libro, sino también con toda la información que pudiese tener aquel muchacho. Quién era, cómo había conseguido aquel título y, lo más importante, cualquier dato que pudiera ayudarlos a detener a Ariadna de una vez por todas.

T. y Áyax supieron que ya no había escapatoria posible. Su idea inicial era escabullirse y unirse a los Rebeldes en cuanto estos entraran en acción, pero no era lo mismo burlar a los Cazadores que a los Cíclopes de la escolta presidencial, y menos aún en un espacio tan cerrado y protegido como aquel.

Quizá Calipso, cuando diseñó el plan, debería haber calculado la posibilidad de que el Taigeto se convirtiese en una trampa mortal de la que T., mientras se agotaban los escasos minutos que restaban hasta la hora prevista, no acababa de ver cómo escapar.

—Me han dicho que tienes algo que busco desde hace años —se presentó Némesis, a quien seguían a escasa distancia sus tres Ministros.

—Eso parece —respondió T. con sequedad, confiando en que la Presidenta no lo asociase con ninguno de los Rebeldes presentes en el Aniversario, y sin saber muy bien cómo comportarse en su presencia. ¿Debería hacer una inclinación? ¿Una reverencia? ¿La miraba a los ojos, o era mejor que dirigiese la vista hacia el suelo? Era importante no parecer hostil, así que saber qué conducta se esperaba de él lo habría ayudado mucho. Por si acaso, y a pesar de que aquel gesto le resultaba exagerado e incluso servil, inclinó levemente la cabeza a la vez que flexionaba una de sus rodillas. Némesis, al verlo, se rio.

—Tranquilo. En Ypsilon hace tiempo que no respetamos esa clase de protocolos. En este país nadie se humilla ante nadie. Es una de las virtudes del Nuevo Orden.

T. respiró aliviado. Su gesto había contribuido a relajar el ambiente, y acababa de comprobar que era un completo desconocido para Némesis. Ese, imaginaba, era el motivo por el que Calipso lo había escogido para una misión que los demás Rebeldes no habrían podido llevar a cabo sin ser identificados por sus acciones previas o, como en el caso de Ariadna, por su protagonismo en las más recientes.

—Imagino que nuestra Presidenta querrá ver el ejemplar —propuso Áyax, consciente de que urgía alejar a T. del foco de la conversación.

—Por supuesto.

T. rasgó el improvisado bolsillo que había cosido en el interior de su ropa y sacó de allí el libro, aunque sin soltarlo. Calipso le había insistido en que era importante que no lo perdiera, y si extraviarlo ya habría sido una mala noticia, dejarlo en manos de Némesis parecía un titular muchísimo peor.

—Diría que sí es el que busco.

Era una estrategia arriesgada.

T. sabía que era muy arriesgada.

Pero debía mostrarse desconfiado para ganar tiempo.

—Antes quiero ver mi dinero —exigió a la vez que mostraba en la pantalla de su móvil el depósito al que debía llegar la transferencia.

—¿Verlo? —Moira no pudo evitar intervenir ante la soberbia de aquel joven—. ¿Crees que estás en posición de elegir?

—Te haremos el ingreso en cuanto comprobemos que tu presa es la que nos interesa. —Némesis no apartaba ni un segundo la mirada del libro: nada más reconocer sus cubiertas quemadas, tuvo la certeza de que al fin había dado con él. Se trataba de la copia del Primer Eje que había sobrevivido al Gran Incendio. El mismo libro que, en manos de Ariadna, había causado tantos desastres. Ahora solo urgía recuperarlo cuanto antes y averiguar quién era ese Cazador y cómo se había apoderado de él.

—Me gustaría recibir mi recompensa primero.

—Entre nuestros deseos y la realidad suele haber una distancia infinita —ironizó la Presidenta—. Pero no temas: Ypsilon no te mentiría nunca.

Áyax, que solo podía pensar en los minutos que restaban hasta la entrada de los Rebeldes, se mordió la lengua para no replicar al comentario de quien llevaba diez años haciendo lo contrario de lo que predicaba. Diez años en los que la mentira, sostenida por las obras que se difundían desde el Taigeto, se había convertido en la única hoja de ruta del Nuevo Orden.

—Además, no querrás que esta transacción deje de ser un encuentro civilizado para volverse, digamos, un poco más difícil...

Némesis miró a Moira y esta hizo entrar en la sala a cinco de sus Águilas.

T. contempló a aquellos seres con auténtico horror. Su tamaño, sus alas de acero y sus ojos de fuego no les daban el aspecto de criaturas especialmente amigables sino, más bien, de crueles adversarios a los que era mejor evitar.

—No será necesario enturbiar este buen clima —intervino Áyax, convencido de que era preferible entregar aquel libro que la vida.

—Está bien. —T. miró su reloj: aún faltaban unos minutos. Necesitaba mantener el ejemplar en su poder durante unos minutos más—. Pero antes...

—¿Sí?

«Inventa, T., inventa lo que sea».

Necesitaba algo con lo que llenar el breve espacio de tiempo que lo separaba de sus compañeros. Y, de repente, tuvo una idea.

—Quiero saber...

—¿Sí? —Mientras aguardaba su pregunta, Némesis miraba a aquel joven cada vez con mayor curiosidad. Encontraba algo familiar y casi reconocible en sus gestos... Tanto como para decidir que, en cuanto le entregase el ejemplar de la *Odisea*, lanzaría a las Águilas sobre él. Así se aseguraría de que su cadáver confesase, sin posibilidad de engaño, el modo en que se había hecho con aquel libro.

—Me pregunto si se valoró con esa misma cantidad la otra presa que también vino a recoger nuestra Presidenta.

Alcínoo sonrió con malicia al escuchar cómo T. utilizaba la información que él mismo acababa de ofrecerle: aquel jovenzuelo parecía más espabilado y mejor negociador de lo que sospechaba. Nausícaa, a su lado, observaba la escena con una inquietud de la que no conseguía desprenderse desde el episodio del ático. Había algo en ese trueque, y en especial en la actitud de T., que le hacía temer que aquel día no terminaría como habían previsto.

—¿La otra presa? —preguntó la Presidenta, a pesar de saber perfectamente a qué se refería.

—El otro Eje. —Arriesgó él, sin estar seguro de que lo fuera y con el temor a que su alusión lo estuviera llevando a un terreno aún más resbaladizo del que ya pisaba—. Se supone que son dos, ¿no? La *Odisea*, el que traigo conmigo, es el primero. Y *Las metamorfosis*, el segundo, ¿no es cierto?

—Eso no es más que nomenclatura propia de los Tasadores. —Le restó importancia Némesis—. Pero si quieres llamarlos así, puedes hacerlo.

—Lo único que quiero saber es si al dueño del otro Eje se le ofreció el mismo precio que a mí. Porque no querría que me estafaran como si fuese idiota.

—Aunque se hable de ellos como si formasen parte de un todo —respondió Némesis—, en el fondo no son comparables. La obra de Ovidio y la de Homero son igual de nocivas, pero mientras que conseguimos encontrar la última copia de la primera fácilmente, la que tú nos has traído se nos ha resistido un poco más.

«Ovidio», anotó mentalmente T., esperando recordar aquel dato si salía de allí con vida.

Némesis extendió su mano para recibir el ejemplar de manos de T. Él alargó su brazo y, al mismo tiempo, comprobó la hora de reojo. Ya solo faltaban diez segundos.

—¿Y eso qué quiere decir? —Nueve, ocho...—. ¿Que mi libro vale más o menos que aquel?

Siete...

—Más, por supuesto.

Seis, cinco...

La Presidenta cogió el volumen por uno de sus extremos, mientras que T. aún lo sujetaba por el lado contrario.

Cuatro, tres...

—No te arrepentirás de esta transacción —dos, uno...—, hazme caso.

¡Cero!

Y en ese mismo instante, las alarmas se dispararon y todos los Cíclopes que se hallaban en la Sala del Intercambio se pusieron en guardia.

T. tiró con fuerza del libro y volvió a guardárselo.

—Por supuesto que yo no voy a arrepentirme —amenazó a Némesis—, pero vosotros sí.



22

EL GUARDIÁN DE LA PROFECÍA

Todos conocían bien los tres objetivos, aunque ahora que se hallaban tan cerca de entrar en acción, parecieran más difíciles que nunca:

1. Entrar en el Taigeto y rescatar a T.
2. Sembrar el caos entre los Ilustradores.
3. Poner en funcionamiento los Espejos.

El plan había sido calculado para que coincidiese con la presentación pública de la única candidatura electoral que el Senado no había contemplado, la de Penélope, a quien habían designado para convertirse en la cara visible del movimiento Rebelde durante el siguiente mes. Treinta días en los que se jugaría la piel en cada una de sus apariciones públicas, pues el Nuevo Orden buscaría el modo de hacerla desaparecer, convirtiendo su asesinato en un accidente fatal que, como tantos otros crímenes, esconderían bajo sus reportes y hologramas oficiales.

Ariadna era consciente de la gravedad del momento al que se enfrentaban y, más allá del éxito de las futuras acciones, se inquietaba por la seguridad de T. ¿Qué ocurriría cuando los Cazadores descubriesen que no se trataba de uno de ellos? Si sus sueños —cada vez más vividos— eran reales, su vida corría verdadero peligro.

—Necesitamos reunirnos —los convocó Leda cuando solo faltaban unos minutos para el asalto.

—¿Qué sucede? —Dédalo, que la conocía bien, sabía que jamás alteraba su estrategia sin un motivo justificado.

—Esto. —Y les mostró una pantalla donde se veía llegar a las tropas del Senado al perímetro de seguridad del Taigeto—. Sucede que no estamos precisamente solos.

—¿Némesis? —Calipso no podía creer que tuviesen tan mala suerte.

—¿Cómo no habíais previsto algo así? —Layo estaba indignado. Orion trataba de calmarlo, pero la extrema preocupación por su hijo nublaba su razón. ¿Y si no lograban sacarlo de la trampa en la que sus propios compañeros lo habían metido?

—Ella nunca acude a las tasaciones... —Trató de justificarse Calipso, que se había sorprendido con la noticia tanto como ellos.

—Pero este no es un intercambio habitual —replicó Layo—. ¿Ninguno de los dos lo había pensado? ¿Ninguno había imaginado que ella misma querría venir a por ese libro que acabará costándonos la vida a todos?

—No podemos adivinar lo que va a suceder. Tenemos que ceñirnos a los hechos.

—Pues si no podéis adivinar el futuro, tampoco tenéis derecho a jugar con la vida de nuestro hijo.

—Layo... —Lo acarició Orion, que a pesar de compartir con él esa misma angustia, se negaba a dejarse llevar por ella: cuanto más unidos permaneciesen los Rebeldes, mayores serían sus probabilidades de éxito.

—Ahora no tenemos tiempo de lamentarnos —los interrumpió Leda, siempre pragmática—. Es necesario que nos mentalicemos de que nuestro asalto debe ser aún más preciso y breve de lo que habíamos previsto. Entrar, actuar y salir. Nada más. Es nuestra única oportunidad de hacer frente a los Cíclopes. Eso y —miró directamente a Ariadna— tu don, claro.

Ariadna asintió, aunque en su interior se preguntaba qué criatura mitológica les serviría de ayuda esta vez. El hecho de contar con una cualidad como la suya no garantizaba que la emplease del modo más adecuado posible, sobre todo cuando no tenía ninguna pista sobre cómo actuar ni en qué momento hacerlo.

Clío y Néstor, conscientes de sus dudas, la miraron con ese gesto cómplice que volvía las palabras innecesarias. Ese gesto que, desde que tenía uso de razón, significaba «estamos contigo. Te apoyamos. Creemos en ti». Tenía suerte, pensó, porque sentía que esa confianza, de algún modo, fortalecía su don.

—No pienso marcharme sin nuestro hijo. —Fue todo lo que dijo Layo tras escuchar las instrucciones de Leda—. Y no me importa el tiempo que tenga que estar ahí dentro para conseguirlo.

Dédalo asintió en silencio. No se veía con fuerzas para argumentar nada y, además, temía que si hablaba podría acabar desvelando su secreto.

Porque quizá Calipso, desbordada por el trabajo que había supuesto trazar el plan, coordinarse con T., diseñar la campaña de Penélope y, por último, crear junto a Aracne los Espejos, no se hubiera dado cuenta de que Némesis acudiría hasta el Taigeto en busca del libro.

Pero él sí contaba con ello.

Dédalo recordaba aquella otra tasación, diez años atrás, a la que la Presidenta, nada más ocupar su cargo, había acudido a recoger *Las metamorfosis* de manos de los Cazadores. Némesis adquirió el libro de Ovidio convencida de que era la única copia impresa que había sobrevivido al Incendio, pero el Bibliotecario sabía que existía otra más. Un ejemplar del Segundo Eje del que solo tenían noticia dos personas: el Rebelde que lo custodiaba y el propio Dédalo.

Si Calipso hubiera adivinado algo de todo aquello, lo habría acusado de mentir, de ocultar información... Y era cierto.

En su corazón, como en su conciencia, convivían verdades que había aprendido a silenciar para proteger a quienes lo rodeaban. No mentía por mantener el control sobre los demás, sino para salvarlos. Eso, al menos, era lo que Dédalo creía hacer mientras cumplía fielmente los designios de la profecía que había esculpido su futuro. Los augurios que, de boca del adivino Tiresias, lo habían llevado hasta allí y que ahora exigían que Ariadna y T. se reuniesen en el Taigeto frente a Némesis.

Por eso había elegido a T. para infiltrarse entre los Cazadores.

Por eso había esperado a la llegada de Ariadna para asaltar el Taigeto.

Y por eso le costaba fingirse sorprendido cuando todo sucedía tal y como él mismo había calculado.

Ojalá su vida no hubiera estado marcada por la obligación de seguir ese mandato. Ojalá su destino no hubiera sido una heroicidad de la que, en soledad, renegaba cada maldito día. Ojalá hubiera podido elegir un camino que no hubiese supuesto la muerte de tantos de los suyos ni le obligase a poner en peligro a otros muchos más.

Cuando saliesen del Taigeto, si es que salían, hablaría de sus orígenes con T. y con Ariadna. Porque entonces, tal y como escribía Tiresias, sí podría hacerlo. Antes no. Si les hubiese contado antes la verdad, sus dones se

habrían desvanecido para siempre. Ese era, según las palabras del adivino, el precio a pagar por desobedecer sus designios. Solo Dédalo podía ser el guardián de la profecía: de él dependía que se cumpliese tal y como la había descrito Tiresias, de quien se decía que era capaz de observar el futuro como si fuera su propio presente.

«Sus prodigios nacen de una raíz tan poderosa como delicada», advertía el manuscrito del augur. «No han de empezar a saber la verdad de su origen hasta el día en que esas raíces atraviesen el Taigeto y se unan en un solo árbol».

Y aquel día había llegado.

El momento en el que las raíces de las que nacía la magia de Ariadna se unirían a las raíces de las que surgía la magia de T.

Ahora debía confiar en el buen trabajo de su equipo, pues las predicciones de Tiresias solo señalaban el momento y las pautas para alcanzarlo, pero jamás aclaraban cuál sería su desenlace: «Aunque el destino nos imponga cuándo actuar, es nuestra voluntad la que decide cómo hacerlo».

Leda les avisó de que había llegado la hora.

Y Dédalo, que se negaba a quedarse en la retaguardia —odiaba que lo relegasen a un segundo plano tan solo por su edad—, volvió a empuñar las armas del héroe que nunca había pedido ser para ayudar a que T. saliese del Taigeto con vida. Rara que Ariadna sembrase con sus hechizos el caos entre los Ilustradores. Y para que Aracne y Calipso pudieran instalar sus Espejos.

Pero, sobre todo, para que la voluntad de los Rebeldes triunfase y el prodigo del que hablaba Tiresias sucediese.

El prodigo que enlazaría las raíces de T. y de Ariadna.

Para siempre.



23

EL TITÁN

—¿Y eso qué quiere decir? ¿Qué mi libro vale más o menos que aquel?

Ariadna reconoció, nada más escucharla al otro lado de la pared, la voz de T.

También lo hicieron sus padres, que esperaban ansiosos a que transcurriesen los últimos segundos para derribarla y acceder, por fin, al lugar donde se encontraba su hijo.

La entrada había sido como la habían imaginado: el código proporcionado por T. desactivó las alarmas y, una vez que cruzaron las puertas del Taigeto, solo tuvieron que camuflarse entre los Cazadores. Ariadna encontraba de lo más incómodo el aparatoso casco y las prendas que Aracne y Helena habían confeccionado para ese fin. A pesar de que no habían contado con demasiados materiales para su confección, su apariencia era muy similar a la de los Cazadores, así que confiaban en que les ayudase a pasar desapercibidos. Lo esencial era, tal y como les había insistido Leda, ajustarse al plan y no detenerse hasta alcanzar la Sala del Intercambio.

—No te arrepentirás de esta transacción —todos los Rebeldes distinguieron, sin atisbo de dudas, la voz de Némesis—, hazme caso.

—Los Cíclopes deben de estar distribuidos tanto en las puertas de entrada y salida como en el interior de la sala —dedujo Leda—, así que, una vez que hayamos volado el muro, habrá que neutralizarlos cuanto antes.

—Calipso y yo nos encargaremos de los Elevadores —afirmó Aracne.

La Operación Velo, tal y como la habían concebido, exigía colocar los Espejos en los montacargas que, en el penúltimo nivel del Taigeto,

conectaban la Sala del Intercambio con el Aqueronte. Necesitaban que los Espejos ascendiesen hasta aquel río de libros prohibidos para extraer las historias y personajes que los habitaban. Después de captar esas imágenes, las proyectarían en forma de bibliohogramas gracias a los transmisores que Céfiro y Paris habían instalado por toda Geonia y que activarían durante el acto de presentación de Penélope.

—En cuanto coloquemos los Espejos en los Elevadores —les recordó Calipso—, debemos marcharnos tan rápido como sea posible mientras ellos hacen su trabajo.

Leda, que ya había dispuesto los explosivos con la ayuda de Clío y Néstor, exigió su atención.

—Dos, uno... ¡Ahora!

A su grito le siguió una explosión que, además de derribar uno de los muros de la Sala del Intercambio, activó todas las alarmas del Taigeto.

T., nada más ver a los compañeros, salió corriendo en dirección a los Rebeldes, al mismo tiempo que tanto los Cazadores como los Cíclopes sacaban sus armas y comenzaban a disparar. Némesis y su séquito corrieron a protegerse del fuego cruzado. La irrupción inesperada de los Rebeldes les había otorgado una cierta, aunque efímera, ventaja.

—¡A los Elevadores! —le gritó Aracne a Calipso al mismo tiempo que sus compañeros las cubrían para que pudieran instalar los Espejos que debían romper, aunque solo fuese por un día, con la censura impuesta en Ypsilon.

—Pero ¿qué está pasando? —Némesis gritó furiosa a sus subordinados. ¿Cómo era posible que aquellos indeseables hubiesen logrado entrar allí?

—Lo solucionaremos. —Fue todo lo que le respondió Argos mientras pedía refuerzos entre los Ejecutores y Bibliófagos que se hallaban en otras plantas del Taigeto.

—Claro que lo solucionaremos. —Se adelantó Moira, dispuesta a demostrar de una vez su valía frente a la torpeza de los demás.

Ariadna y T., a pesar de hallarse en extremos opuestos de la habitación, se dieron cuenta de que la Arquitecta tramaba algo y fueron los primeros en observar cómo, a una señal suya, se ponían en movimiento las Águilas gigantes que estaban en la sala.

—¿Cuánto tiempo necesitáis? —Leda sabía que no podrían resistir mucho más sin que empezaran a sucederse las primeras bajas. De momento conseguían resistir el ataque enemigo, pero sus fuerzas no aguantarían más de lo que habían previsto.

—¡Un poco más! —gritó Aracne, que trataba de acelerar tanto como le era posible la instalación de aquellos Espejos en los Elevadores. Había programado cuidadosamente su sistema operativo, pero su activación requería un último código que se debía introducir en el mismo lugar en el que se deseaba que se pusiesen en marcha—. ¡Solo un poco más!

T. también habría querido contar con algo más de tiempo para explicarle lo que estaba pasando a Nausícaa, cuya expresión manifestaba tanto su sorpresa como su ira*

«No quiero matar a tu abuelo. Ni a tus compañeros». Eso era lo que deseaba decirle.

Pero cómo pretendía convencerla de eso cuando la batalla entre Cazadores y Rebeldes era cada vez más encarnizada. Pronto se empezaron a acabar las municiones y muchos cambiaron sus armas por los puños.

—¡Atacad!

La orden de Moira provocó que las Águilas se elevasen sobre sus cabezas y proyectasen una sombra tan intensa que llegó a oscurecer la Sala del Intercambio. De repente, nadie sabía dónde se hallaba el enemigo y la noche se adueñó de la habitación, del mismo modo que aquellos seres eran capaces de apropiarse del alma de sus víctimas.

Ariadna supo entonces que aquel era el momento.

Una vez más, no se trataba de una elección. Ni siquiera de una decisión consciente. Sino de una intuición que llegaba cuando la vida le reclamaba que pusiera en práctica su don. Solo que esta vez algo en su interior le decía que no debía hacerlo sola. Aquellas aves de acero parecían demasiado poderosas como para que fuese capaz de detenerlas una única persona.

—¡T.! —El joven, que trataba de dejar fuera de combate a los Cíclopes y a los Cazadores que lo atacaban con sus certeros golpes de *jiu-jitsu*, giró la cabeza—. ¡Ayúdame, T.!

Los dos se dieron cuenta de que debían recurrir al vínculo creado por los sueños que los habían mantenido unidos durante las noches anteriores.

Del mismo modo que se habían ayudado a pesar de la distancia, ahora tenían que encontrar el modo de sumar fuerzas antes de que aquellas Águilas los devorasen a todos.

Ariadna cerró sus ojos y T., confiando en su criterio, hizo lo mismo.

Los dos sabían que, si fallaban, esta vez no solo acabarían derrotados sino, posiblemente, también muertos. Aquel instante, en el que se lo jugaban todo a una carta, determinaría para siempre el curso de sus vidas.

Ambos creían que necesitaban invocar, como de costumbre, al personaje que obrara el prodigo.

Ariadna, el nombre.

T., la imagen.

Se esforzaron por poner en marcha en el menor tiempo posible —apenas unas décimas de segundo— el procedimiento habitual.

Recuento de las historias y situaciones de la *Odisea*.

Elección de uno de sus episodios.

Y dejarse llevar por él, en el caso de T., o dibujar sus letras, en el caso de Ariadna.

Sin embargo, en esta ocasión, sucedió algo muy diferente.

Algo que los demás observaron con la misma perplejidad con la que ellos, que no podían verse a sí mismos, lo experimentaron.

—¡Acaba con esos dos! —le ordenó Némesis a Moira cuando por fin reconoció, pese a su disfraz y su casco de Cazadora, a la niña a la que llevaba tanto tiempo buscando—. ¡Que no salgan de aquí con vida!

Y la Arquitecta, obediente, azuzó a sus Águilas mientras ellos sentían que un nombre que no habían elegido los atravesaba.

P-R-O-M-E-T-E-O

Ariadna, como de costumbre, vio en su mente las letras que, a su vez, se dibujaron a su alrededor. Pero no en forma de siluetas de humo, sino formando un escudo semiesférico y transparente bajo el que pudieron guarecerse todos los Rebeldes.

—¡Lo tenemos! —grito Aracne sin darse cuenta de que su voz llamaría la atención de uno de los Cíclopes, que, dejando de apuntar inútilmente al escudo que acababa de surgir ante sus ojos, se giró para disparar a quienes se hallaban junto al Elevador.

—¡Cuidado! —Dédalo se lanzó sobre ella para evitar que la bala alcanzase a la persona a la que él siempre había considerado su Corazón. Y, por eso mismo, no podía permitir que dejase de latir.

—¡Dédalo! —La sangre salía a borbotones del cuerpo del anciano, que había sido atravesado por la munición de los Ejecutores, y aunque Aracne trataba de contener la herida, resultaba difícil postergar lo que, por desgracia, parecía inevitable.

T. y Ariadna lograron que el escudo protector aumentase de tamaño y los envolviese a todos, de manera que Aracne pudiera arrastrar a Dédalo dentro.

Los Cazadores y los Cíclopes trataban de aniquilar aquel cerco defensivo, y Nausícaa, gracias a la fuerza y la habilidad de sus golpes, parecía estar a

punto de abrir una hendidura por la que podrían penetrar hasta los Rebeldes.

—¿Ahora? —preguntó T., que lo último que deseaba era tener que enfrentarse a ella.

—¡Ahora! —asintió Ariadna, que acababa de sentir cómo se grababa la «P» de Prometeo en su piel, junto al resto de iniciales que daban testimonio de sus prodigios.

Ambos cerraron los ojos y apretaron los puños hasta que un Titán de humo negro, cuyo tamaño superaba en altura y volumen al de las Águilas, desgajó parte del techo de la Sala del Intercambio y, como si fuera la roca a la que había estado encadenado Prometeo, la lanzó con furia sobre aquellas aves sedientas de sangre y de destrucción.

La pelea entre el Titán y las Águilas fue despiadada y, pared a pared, quebraron las estructuras del Taigeto hasta hacer que todos temieran por su vida. Incapaces de asumir la derrota, aquellos seres se batían en una lucha que, si nadie lo evitaba, acabaría derrumbando el edificio y sepultándolos entre escombros.



24

BUSCAD A TIRESIAS

A pesar de los esfuerzos de Prometeo por aniquilarlas, las criaturas de Moira lo atacaban una y otra vez. Su resistencia, fruto de la perfección técnica propia de la Inteligencia Y, enorgulleció a su creadora, que, ante la inminencia del derrumbamiento del edificio, activó uno de sus programas de emergencia. Si el de autodestrucción impedía que las Águilas se rebelasen, el de huida las convertía en poderosos vehículos de combate.

—¡Seguidme! —La Arquitecta se ocupó de que Némesis y Hermes entraran con ella en una de sus creaciones mientras Argos distribuía a sus mejores Cíclopes en las otras dos que Moira había habilitado para su transporte. El resto de aquellas aves letales, ajena a la transformación de sus compañeras, continuaban asediando a los Rebeldes con toda su fiereza.

En ese mismo momento, justo cuando la Presidenta y sus Ministros abandonaban la batalla, Calipso recibió el mensaje acordado con Céfiro. Eso solo podía significar una cosa: gracias a los Espejos, las imágenes de los libros ocultos en el Aqueronte se estaban transmitiendo en el acto de presentación de Penélope.

—Lo hemos conseguido, Dédalo. —Y, con ternura, le acarició el rostro, en el que el anciano dibujó una sonrisa casi imperceptible.

Alarmada ante la gravedad de su estado, esperaba que recibir una buena noticia lo animase a seguir luchando. Pero ni Dédalo dejaba de perder sangre ni Calipso era capaz de imaginar cómo huirían de allí antes de que el edificio se desmoronase.

—La verdad se está abriendo paso en Ypsilon. —Fue todo lo que le dijo, buscando un último consuelo en el éxito de su Operación Velo en caso de que no salieran de allí con vida—. ¿Lo ves, Dédalo? ¿Lo estás viendo?

El anciano usó las escasas fuerzas que le quedaban para asentir, aunque lo único que captaban sus ojos era una niebla densa y oscura que estaba seguro de que era el anuncio de su muerte. Pero antes de entregarse a ella, debía hacer algo más...

Miró a Calipso y le pidió que se acercase para escuchar de sus labios, si es que la voz se lo permitía, lo que aún tenía que decirle.

—Tiresias... —susurró, y ella, incapaz de entender a qué se refería, lo miró desconcertada.

Él señaló a Ariadna y a T., que seguían concentrados en su Titán mientras Leda buscaba el mejor modo de abandonar el Taigeto, cuyo colapso era inminente. El antiguo Bibliotecario hizo un último esfuerzo para seguir hablando justo antes de depositar una diminuta bolsa de tela negra en las manos de la mujer a la que, sin que hiciera falta que lo dijese, era evidente que había elegido como su sucesora.

—Buscad a Tiresias...

Calipso quiso preguntarle a qué se refería. Por qué debían buscarlo. Pero, sobre todo, habría deseado darle las gracias por todo lo que le había enseñado. Por haberla convertido en su Corazón. Por haberla apoyado incluso cuando, como había pasado con los Espejos, tenían opiniones diferentes. Fueron muchas las palabras que se quedaron para siempre mudas en su interior. Frases que no pudo decir porque Dédalo ya no la escuchaba. Se había sacrificado por lo único que, a pesar de sus secretos, le había importado siempre: la verdad.

—¡Debemos irnos! —insistió Leda, consciente de que el edificio estaba a punto de desmoronarse.

Tan pronto como se cayó el muro occidental del Taigeto, el Titán se desvaneció sin que T. ni Ariadna pudieran evitarlo. Era la primera vez que la realidad resultaba más poderosa que su magia, y temieron que su escudo, que aún resistía a duras penas, cediese ante el embate de las Águilas. Podían elegir entre morir devorados por los monstruos diseñados por Moira o sepultados bajo un edificio que apenas resistiría unos minutos —o tal vez solo unos segundos— más. Pero rendirse no era una opción. No lo había sido antes. Y tampoco iban a permitir que lo fuese ahora.

Los Cazadores y los Cíclopes, convencidos de que las Águilas darían buena cuenta de sus enemigos, habían comenzado a correr hacia las salidas

más próximas, intentando ponerse a salvo de la catástrofe. T. respiró aliviado cuando vio a Nausícaa lejos del peligro y, en ese momento, decidió buscar a Ariadna a través del espacio mental que habían construido juntos. Una conexión que, en su cabeza, imaginaba como un túnel al que solo ellos dos tenían acceso, y que podía utilizar para comunicarse con ella sin necesidad de palabras.

Gracias a las cámaras situadas en los ojos de las Águilas, Némesis y sus Ministros seguían con atención la destrucción del Taigeto. El ataque de un lugar tan emblemático para el Nuevo Orden era la peor noticia posible en pleno periodo electoral, pero valdría la pena si servía para enterrar a los líderes de los Rebeldes. Esa, al menos, era la esperanza de la Presidenta, que no dejaba de preguntarse quién sería ese «T.» que había servido de cebo para ofrecerles el Eje. Tal vez creyesen que la habían engañado porque no había logrado hacerse con el libro de Homero, pero lo cierto es que era ella quien había salido ganando: ahora contaba con una información nueva y valiosa. Hasta la fecha, creía que su único problema era Ariadna, pero estaba claro que aquella cría no era la única capaz de hacer cosas inexplicables: en adelante, no pensaba perder la pista de ese jovenzuelo.

—¡Tenemos que salir de aquí! —Néstor estaba dispuesto a atravesar el escudo y sacrificarse para alcanzar alguna de las escasas salidas que aún seguían en pie.

—Nos matarán ellas...

Clío tenía razón: las Águilas aguardaban a que salieran de allí para clavar sus picos de acero en sus cuerpos.

Y entonces, sin que T. ni Ariadna lo escogiesen, sucedió el prodigo.

Abrumados por la responsabilidad que recaía sobre ellos, lo único que encontraron en esa galería subconsciente que los ataba fue una voz que los conducía hacia ese pasado que nadie les había logrado explicar. Una voz antigua proferida por una mujer de ojos almendrados y expresión adusta, y que hizo brotar a su alrededor un sinfín de ramas.

Ramas idénticas a las que, solo un segundo antes de que el Taigeto quedase reducido a escombros, surgieron en torno al resto de los Rebeldes, agarrándolos con fuerza y llevándolos hasta un lugar seguro.

Ni T. supo de dónde había salido aquel árbol ni Ariadna entendió —por lo menos, no en ese instante— por qué esta vez en su piel se había grabado una «D».

Pero, en medio de tantas incógnitas, al menos contaba con una intuición que confirmó en cuanto pudo comparar el recuerdo de la mujer que los había

salvado con el artículo que había encontrado en el Olimpo.

Era la tercera vez que veía su rostro: la primera había sido en el Aniversario, a través de las Náyades; la segunda, en el Taigeto, gracias a la visión compartida con T.; la tercera, en la imagen de la noticia que tenía entre sus manos y donde, según el pie de foto, aparecían los dos asesores más destacados de Orfeo: Pigmalión... y Galatea.

En cuanto las ramas los depositaron en el suelo, lejos del edificio que se derrumbaba, los Rebeldes se introdujeron a toda prisa en los vehículos con los que habían llegado hasta allí. Aún les costaba creer lo que acababa de ocurrir, pero no podían detenerse a asimilarlo. Lo más probable era que las Águilas estuviesen surcando el cielo para darles caza, así que se pusieron en marcha sin perder un solo segundo.

Aracne y Calipso se ocuparon de llevar el cuerpo de Dédalo, a quien no pensaban despedir sin que recibiese los honores que se merecía.

Más adelante tendrían tiempo para averiguar qué contenía la bolsa que les había entregado y por qué debían buscar a Tiresias... De momento, aún tenían que aceptar su muerte. Asumir su vacío. Y, en medio de la tristeza, buscar a quien lo sustituyera. A pesar de que ambas sabían, al igual que el resto, que esa elección ya estaba hecha.

—Siempre quiso morir así —fue todo lo que dijo Leda mientras arrancaban rumbo al Refugio—, del mismo modo que vivió: luchando.

Ninguno de los tripulantes de la que se había convertido en el Águila presidencial pronunció una sola palabra sobre lo que acababan de ver.

Que los Rebeldes hubiesen escapado con vida no era una buena noticia, pero Némesis se sentía moderadamente satisfecha: comunicada del modo adecuado, podía narrarse como un triunfo del Nuevo Orden, más aún cuando habían ejecutado al líder de Ítaca, uno de los terroristas más sanguinarios de Ypsilon y el principal ideólogo del Triple Atentado.

El país recibiría con alivio aquella información, que también le serviría al Senado para incidir en la capacidad de los ciborgs de última generación y en la necesidad de seguir invirtiendo en la Inteligencia Y. El mejor ejemplo de su eficacia eran las Águilas, que habían desempeñado un papel fundamental en la lucha contra los Rebeldes.

Némesis pensaba en todo lo que podía obtener de la Batalla del Taigeto, y concluyó que eran muchos más los beneficios que las desventajas. Puede que

aquel día no hubiera vivido una victoria absoluta, pero ahora sí estaba segura de que empezaba a acariciarla.

De sus Ministros, solo había dos que no compartían su entusiasmo.

Argos, porque cada vez se sentía más amenazado por el papel protagonista de Moira dentro del Gobierno.

Y Hermes, que no daba crédito a lo que acababa de presenciar...

Un árbol.

Había visto, igual que los demás, cómo un árbol surgía de la nada y rescataba a los Rebeldes.

Un árbol que, pese a que sus dimensiones fueran mucho mayores, era idéntico en aspecto al que se ocultaba en la Estigia.

Con forma de laurel.



25

CALIPSO

Apolo era consciente de que, tan pronto como fuese llamado ante Némesis, debería dar un nombre.

Su carrera política dependía de su capacidad para identificar al traidor que había filtrado el código con el que los Rebeldes habían accedido al Taigeto. Sin esa fuga de información, les habría resultado imposible irrumpir en la Sala del Intercambio y el libro que obsesionaba a la Presidenta no se hallaría en manos de Ariadna.

Solo la baja de Dédalo, el antiguo Bibliotecario que —según se decía— había traicionado la memoria de Orfeo al venderse a sus enemigos, satisfacía a Némesis. Aquel accidentado viaje le había permitido ser testigo de su muerte, y esa imagen se había convertido en la promesa de la derrota de una panda de criminales que no solo habían perdido a su líder, sino todo cuanto Dédalo representaba.

La Presidenta confiaba en que Apolo hubiera hecho bien su trabajo y fuera capaz de desvelar la identidad de la persona que había conspirado contra Ypsilon y el Nuevo Orden. A pesar de que había creído que aquel misterio se había resuelto con el asesinato de Gea, resultaba obvio que, por muchos secretos que guardase la anciana, ella no podría haber enviado las claves a los Rebeldes. Ese engaño tenía que haberse llevado a cabo desde dentro.

Némesis dejó pasar tres días desde su regreso a Naxos antes de mantener un Consejo de Estado con sus Ministros y Asesores. Todos creían que la convocatoria sería inminente, pero la Presidenta deseaba reorganizar sus ideas y, sobre todo, serenar su ánimo.

La noticia de la nueva candidatura, la repentina popularidad de esa tal Penélope (¿de dónde había salido esa mujer?) y la sospecha, cada vez más firme, de que tanto Ariadna como T. eran la encarnación de sus miedos más inconfesables habían conseguido ofuscarla hasta el punto de impedirle pensar con claridad.

La existencia de Ariadna no la había tomado por sorpresa. Es más, había temido aquel encuentro durante los diez años que había estado al frente del Nuevo Orden. Pero él... La presencia de ese chico tatuado que se había atrevido a desafiarla ponía en duda todas sus certezas. Y, peor aún, apuntalaba sus peores presentimientos.

El pasado, siempre el maldito pasado, golpeaba su presente una y otra vez, como si no hubiera tenido bastante con la violencia que había vivido tiempo atrás, y de la que se había repuesto ella sola.

No tenía que agradecérselo a nadie. Todo se lo debía a sí misma. A su capacidad de lucha. A esa fuerza que los demás creían conocer y de la que no habían visto más que una mínima parte. Porque igual que se había puesto en pie cada vez que habían intentado tumbarla, sería capaz de pisotear a cualquiera que se atreviera a retarla. No había peleado tanto para verse derrotada por dos adolescentes ridículos y sus trucos de magia. Ni, mucho menos, a causa de un pasado que estaba decidida a enterrar tantas veces como fuese necesario.

Por eso retrasó un par de días el Consejo de Ministros. A pesar del nerviosismo que había empezado a calar en el Gobierno por la inminencia de las elecciones y la inesperada candidatura de Penélope, ella necesitaba valorar los hechos con perspectiva y tomar decisiones en las que imperase la razón antes que su afán de venganza. Ya llegaría, se prometió, claro que llegaría el momento en que saldaría cuentas con todos y cada uno de los Rebeldes, pero ese instante sería una consecuencia del resto de sus acciones, no un objetivo que podría poner en peligro todo lo que habían construido hasta entonces.

—Me gustaría ver esas imágenes de nuevo —le pidió a Hermes, que acababa de mostrarle el vídeo de la presentación oficial de Penélope.

Situada en un estrado improvisado en medio de la mismísima Plaza del Fuego, la joven se dirigía al auditorio mientras los Cíclopes que vigilaban la zona eran reducidos por una facción de Rebeldes. Todos ellos estaban comandados por dos individuos: un hombre de gafas azuladas y un joven de rasgos tan perfectos que parecía salido de uno de los hologramas románticos con que los Ilustradores alimentaban la vena sentimental de la población.

—Según los reportes con los que contamos, sus nombres son Céfiro y Paris —les informó Hermes mientras el resto de los Ministros y Consejeros observaban aquellas imágenes en silencio.

En la voz de Penélope sonaban una y otra vez palabras y expresiones como «sentido crítico», «rebelión», «fantasía» o «derechos». Sin embargo, no parecía causar demasiado impacto en el escaso grupo de gente que la escuchaba con actitud más bien apática. Hasta que, de repente, surgieron a su alrededor unos cristales de forma romboidal, los cuales comenzaron a proyectar hologramas tridimensionales que reproducían el contenido de los títulos prohibidos encerrados en el Taigeto. Mientras una parte de los Espejos difundían las obras originales, los otros las comparaban con las nuevas versiones de los Ilustradores y, ante aquel espectáculo de luz y sonido, la plaza se fue llenando hasta que no cabía en ella una sola alma más.

—Son los mismos dispositivos que instalaron en el Taigeto —le recordó Hermes—. La grabación de la Sala del Intercambio que realizaron las Águilas deja claro que esta Rebelde es la que se ocupó de conectarlos.

El Ministro señaló a una joven de andares vaporosos a la que Némesis recordaba haber visto tratando inútilmente de socorrer a Dédalo.

—Así que fue ella quien diseñó el sistema capaz de transmitir esas imágenes por todo Ypsilon. —Dedujo Moira.

—¿Y su nombre? —Solo era una intuición, pero la seguridad y la firmeza con que aquella joven actuaba, y que tanto contrastaba con su aspecto liviano e incluso frágil, le decían a Némesis que no solo se trataba de la mano derecha de Dédalo, sino también de su más probable sucesora.

—Calipso —respondió Argos, que se había asegurado de hacer bien sus deberes antes del Consejo: ya que sus técnicas militares resultaban insuficientes frente a la magia de los Rebeldes, había procurado mejorar la velocidad y eficacia de sus vigilantes—. Aunque en algunas comunicaciones previas al ataque que hemos interceptado se refieren a ella como «Cerebro».

Cerebro... Némesis sonrió satisfecha: su instinto no la había engañado. Sería aquella mujer quien ocupase el lugar de Dédalo en la jerarquía Rebelde.

—Es evidente que habían preparado un complejo sistema para intervenir nuestros principales canales de comunicación —prosiguió Hermes— y conseguir que su mensaje se difundiese por todo el país en el momento oportuno.

No solo se difundía entre los habitantes de Ypsilon, pensó Némesis.

Era mucho peor: los alteraba.

Aquellos biblio hologramas provocaban reacciones viscerales entre la población, como si las escenas apelaren a momentos concretos de su vida. Las imágenes desataban recuerdos o deseos de los que los ypsilianos ni siquiera eran conscientes y que, una vez libres, hacían que mostraran interés en las palabras de aquella charlatana. Otra vendedora de humo que se sumaba a su lista de enemigos que eliminar.

—Tenemos un duro mes por delante —anunció la Presidenta, que esperaba con impaciencia alguna revelación significativa por parte de Apolo —. Nuestros esfuerzos deben ir encaminados a garantizar la victoria en las urnas. La candidatura de Egisto se ajusta a nuestro plan, pero la aparición de una tercera alternativa que, además, da voz a los mensajes de los Rebeldes podría debilitar la cohesión social que tanto nos ha costado construir. ¿Somos conscientes de ello?

Todos asintieron y, en un turno de palabra que amenazaba con volverse interminable, enumeraron las medidas que llevarían a cabo para proteger la seguridad y el futuro del Nuevo Orden.

Némesis fingía escucharlos con atención, aunque todas las propuestas le resultaban conocidas y, peor aún, inútiles. Nada de cuanto sugerían sería eficaz si Ariadna era quien ella sospechaba. Se preguntó si esa estúpida niña lo sabría, pero llegó a la conclusión de que la verdad, en caso de que hubiese llegado a salir a la luz, solo habría llegado a oídos de Dédalo. Así que lo más probable era que también hubiese muerto con él.

—Es urgente que recuperemos las riendas del discurso —los interrumpió, aburrida de escuchar propuestas que no la convencían—. Hay que reforzar nuestros tres pilares: la seguridad, la libertad y la felicidad. Nuestros ciudadanos son felices porque son libres, y son libres porque nosotros garantizamos que estén a salvo. Toda oposición a nuestro Gobierno pone en peligro esos valores. Y quiero que no les quede ninguna duda: cada vez que escuchen cualquiera de esas tres palabras, tienen que pensar en el Nuevo Orden y en este Gobierno. ¿Ha quedado claro?

Moira vio en las palabras de la Presidenta la ocasión perfecta para sus propios propósitos y no dudó en aprovecharla.

—Llevas razón, Némesis: la clave está en la seguridad. Cuanto más teman, más necesitarán nuestra protección.

—Y nuestros Cíclopes.

La Arquitecta sonrió con sarcasmo ante la torpeza con la que Argos intentaba reivindicar un protagonismo que tenía los días contados en Ypsilon. Ella se encargaría de eso.

—Necesitamos ir un paso más allá... —propuso Moira—. ¿No es el mito lo que sustenta nuestra autoridad? Pues hagamos que sea aún más fuerte. Más sorprendente. Más indiscutible. Que los ciudadanos se sientan tan insignificantes frente al Gobierno como los protagonistas de esas historias frente a los dioses que manejaban su destino. Ese era el propósito de Orfeo, ¿verdad? Pues hagamos lo que sea para lograrlo.

—¿Qué estás sugiriendo exactamente?

—Ha llegado el momento de poner en marcha la Fase 3.

—La idea era arrancarla más adelante —intervino Hermes, que intuyó enseguida todos los problemas de comunicación que supondría ese adelanto—. Acordamos que esperaríamos a que pasaran las elecciones.

—Y podríamos esperar si las circunstancias fueran otras —respondió la Arquitecta—. La Fase 2 ha sido todo un éxito, pero sigue siendo insuficiente frente a lo que sea que nos estamos enfrentando. Sin las Águilas, ni siquiera habríamos salido del Taigeto con vida.

—Águilas, Náyades... —Argos pronunció ambos nombres con sorna—. ¿No serán tus criaturas las responsables de los últimos desastres?

—Ellas no habrían intervenido de no ser por el fiasco de tus Cíclopes, no lo olvides.

—La Fase 3 requerirá una inversión notable —apuntó Apolo.

—¿Crees que el Senado no la apoyaría? —le preguntó Némesis.

—Supongo que sí, pero será preciso convencerlos de su necesidad. La Inteligencia Y ya ha consumido gran parte de los recursos estatales durante estos últimos años.

—Puedo elaborar un dossier que lo explique. —A Moira le brillaban los ojos: la simple idea de arrancar su anhelada Fase 3 era la mejor noticia que podía recibir—. Y Hermes se encargará de defenderlo, ¿cierto?

El Ministro asintió, aunque albergaba serios interrogantes sobre aquel asunto.

La Fase 3 entrañaba demasiados riesgos —por eso, precisamente, se había pospuesto hasta después de las elecciones—, y cuantas más prisas había por ponerla en marcha, mayores eran sus dudas. Quizá porque la visión de la Estigia y el descubrimiento del árbol (¿qué demonios significaba aquello?) habían logrado confirmar sus sospechas en torno a los secretos en los que se asentaba Ypsilon. No solo ignoraban datos relevantes sobre la infancia de la Presidenta, sino también sobre el Nuevo Orden. De lo contrario, ¿qué sentido tenía ocultar un simple laurel bajo tantas medidas de seguridad como las que protegían la Estigia?

—Lo único que quiero es que acabemos con lo que ha pasado de ser una panda de nómadas y vagabundos a un grupo cada vez más peligroso y difícil de controlar —sentenció Némesis—. Si lo que necesitamos para aniquilar a los Rebeldes es dar luz verde a la Fase 3, contad con mi autorización para que así sea.

—¿Y si el Senado no quisiera sufragar el coste de...?

Némesis ni siquiera dejó que Apolo terminara su pregunta.

—Convencerlos de lo contrario es cosa tuya.

Se levantó la sesión y todos abandonaron el Consejo con la certeza de que había una única vencedora: Moira. La Arquitecta había logrado lo que más ansiaba: la licencia para un programa de investigación que inquietaba al resto por motivos muy diversos.

A Argos, por la ventaja que podía otorgarle a su rival y por la posibilidad de que aquello le hiciese perder la influencia que aún mantenía en el Gobierno.

A Hermes, por los riesgos que entrañaba un plan que pretendía llevar hasta sus últimas consecuencias la implantación de emociones en la inteligencia artificial.

Y a Apolo, por la delicada situación en la que lo dejaría frente al resto de senadores. Cuanto más arbitrarias parecían las decisiones de Némesis, más difícil le resultaba ejercer de eslabón entre el Senado y los mandatos de la Presidenta.

—¿No tienes nada para mí? —le preguntó ella antes de que se despidiera.

El Senador sabía perfectamente a qué se refería, así que, en vez de dar rodeos inútiles, se limitó a ofrecerle la información que ella quería escuchar.

—Por supuesto que sí. Tengo un nombre.

—¿Cuál?

Apolo no presenció lo que sucedió solo unos minutos después de haber abandonado el Salón Presidencial, pero podía imaginárselo.

No vio cómo, nada más denunciar a Áyax, Némesis enviaba a Argos al Taigeto para que se encargara del traidor que los había vendido.

Tampoco vio cómo dos Ejecutores lo arrancaban a empujones de su puesto de trabajo.

Ni cómo, en un acto de tortura del que nadie más que los Ejecutores sería testigo, le cortaban pies y manos para, finalmente, degollarlo.

La de Áyax fue la primera muerte del Ciclo del Terror, tal como se conocería a partir de entonces. Un periodo en el que Némesis no vacilaría en tomar las decisiones que fueran necesarias con tal de fortalecer la autoridad que los Rebeldes amenazaban. Y por eso mismo, porque nada ni nadie iba a detenerla, le ofreció a Moira algo que estaba segura de que la ayudaría a arrancar la Fase 3: un libro que le entregó en secreto y que la Arquitecta recibió con la solemnidad que merecía.

—Ellos tienen el suyo —le dijo la Presidenta al tiempo que le ofrecía su ejemplar de *Las metamorfosis*—, así que es hora de que nosotras también aprendamos a sacarle partido al nuestro.

Moira ojeó las páginas del volumen firmado por ese tal Ovidio y le llamaron la atención las ilustraciones, llenas de hombres y mujeres que se transformaban en animales, en plantas o incluso en rocas. Ningún personaje permanecía inmune al hechizo de aquellas historias, que les arrebataban su forma humana para convertirlas en algo completamente diferente.

—No sé cómo vas a hacerlo —la retó Némesis—, pero tienes que obrar los mismos prodigios con este Eje que los Rebeldes con el suyo. O, por lo menos, conseguir neutralizarlos.

Cuando la Arquitecta recibió aquella orden, no imaginaba todo lo que su investigación provocaría. Ni hasta dónde iba a llevarla la Fase 3. Solo sabía que apenas contaba con treinta días para sacar adelante la que consideraba la gran oportunidad de su vida.

Y estaba dispuesta a aprovecharla.



26

LEJOS DE ÍTACA

La noticia del asesinato de Áyax abatió aún más el ánimo en el Refugio.

Desterrados de Ítaca, sin la presencia de su venerado Dédalo y con pérdidas tan valiosas como la de Áyax, su reciente victoria ni siquiera parecía serlo. Aquel supuesto triunfo tenía un sabor demasiado amargo como para que no los embargase la rabia.

T. siempre le estaría agradecido a Áyax por lo que había hecho por él: de no ser por su ayuda, los Rebeldes jamás habrían logrado entrar a tiempo en el Taigeto. Y quién sabe lo que, en ese caso, habría sido de él... Probablemente, Alcínoo y Menelao se las habrían ingeniado para repetir su intento homicida y hacerse con ese libro que ahora había vuelto a las manos de Ariadna.

Pensar en lo que podrían haberle hecho los Cazadores equivalía también a pensar en Nausícaa. Preguntarse en cuál de las Islas se encontrarían ahora y cómo lo recordaría ella a partir de entonces. Si en su memoria sería el chico con el que llegó a compartir un vuelo secreto hasta el ático del Taigeto o el estafador que los había utilizado fingiendo ser uno más de ellos. Confiaba en que su inteligencia la obligase a desconfiar de lo que había visto en busca de una explicación para sus mentiras, pero no podría culparla si ni siquiera se molestaba en encontrarla. Nausícaa estaba en su derecho de guardarle rencor, y esa idea lo apesadumbraba un poco más.

Ya no solo lo acosaban las dudas sobre su pasado, sino también las víctimas que aquellas intrigas dejaban a su paso. Por su cabeza cruzó la idea de que sus acciones se parecían a las trampas y las artimañas con que Odiseo

vencia a sus enemigos, y no supo si debía sentirse orgulloso o contrariado por esa semejanza.

Había demostrado ser más que capaz de cumplir con las obligaciones que le habían impuesto, pero ¿de quién era la responsabilidad de las consecuencias de sus actos? ¿Suya, por cometerlos, o de quienes lo habían elegido para llevarlos a cabo? ¿A quién debía culpar Nausícaa de la traición contra su gente? ¿A quién acusaría Áyax, si todavía pudiera hablar, de su asesinato?

T. no quería obsesionarse con las bajas, pero lo atormentaba la idea de haber tenido parte en ellas. ¿Podría haberlo evitado? ¿Podría haberlo hecho todo de manera diferente para que tanto Áyax como Dédalo siguieran con vida?

—No es justo que te cargues con eso... —Intentaban animarlo sus padres, que no dejaban de repetirle que no necesitaba pedirles perdón por una huida que ni siquiera había sido idea suya.

—Si al menos supiera qué pinto en medio de todo esto —protestaba él, deseando que su familia guardase algún secreto que lo explicase. Incluso estaba dispuesto a disculpar a Layo y a Orion por habérselo ocultado con tal de dar con las piezas que le faltaban en su rompecabezas. Pero ninguno de los dos sabía más de lo que ya le habían contado. O eso decían.

Tampoco Ariadna se sentía con ánimo de celebrar nada.

No era sencillo asumir la felicidad del reencuentro —había echado mucho de menos a T.— cuando se cernía sobre ellos la tristeza de la pérdida.

La relación con Dédalo, a pesar de haber sido breve, había dejado una huella profunda en los dos jóvenes. No solo porque aquel hombre encarnase los valores que, según pensaban, debían inspirar a los Rebeldes y al mundo por el que luchaban, sino porque los había tratado como adultos desde el mismo momento en que los había conocido. Por eso escogió a Ariadna la noche del Gran Incendio, del mismo modo que eligió a T. para garantizar el éxito en la primera fase de la Operación Velo. Los dos habían participado en aquel plan gracias tanto a sus respectivos dones como a la mirada de Dédalo, que había apostado por su talento.

—Es raro, ¿verdad? —Ariadna, sentada junto a T., trataba de buscarle algún sentido a lo que habían vivido. Entendía los motivos de la lucha, claro, pero no sabía si merecía la pena el precio que habían pagado a cambio de tan poco.

—¿El qué? —T., absorto en sus propios dilemas, se esforzó por disimular. No le parecía justo atosigarla con más problemas.

—No sé, todo... Estar aquí, sin Dédalo... Y tan lejos de Ítaca.

—¿Aún no te has enterado de que Ítaca somos nosotros? —T. puso su mano en el hombro de Ariadna con cariño, forzando una sonrisa en la que ella solo veía un miedo muy parecido al suyo. Miedo a todo lo que aún podía suceder. Y a las amenazas que el futuro les deparaba.

—Claro que me he enterado. A ver si te vas a olvidar de que aquí la inteligente de los dos sigo siendo yo.

T. sonrió ahora con sinceridad ante la salida de tono de Ariadna. Estaba claro que aquella niña aprendía deprisa. No solo a emplear su don contra los Cíclopes del Senado, sino también a animar a quienes la rodeaban.

—Imagino que lo que estás intentando decir es que me has echado de menos, ¿no?

—¿Y tú a mí? —Ella le devolvió la pregunta y él, muy serio, negó con la cabeza.

—¡Serás memo!

Ariadna se lanzó sobre él y T., divertido por su reacción, se dejó vencer mientras los dos, por primera vez en muchos días, se permitían un lujo que habían extrañado muchísimo: la risa.

—Lo voy a echar tanto de menos... —admitió, aún tendido en el suelo—. Y eso que apenas lo conocimos... Pero era un tío legal. Un viejo loco que se creía que se podía cambiar el mundo, pero un tío muy legal.

—Algo sí que lo estamos cambiando.

—A costa de jugarnos la vida. —T. señaló las heridas que aún lucía en su cuerpo tras la batalla del Taigeto—, pero sí.

—Si me lo hubieras contado, habríamos podido protegernos.

—¿Contártelo? ¿Te imaginas cómo se habría puesto Calipso si lo hubiera hecho?

—Yo os hubiera guardado el secreto.

—Pero es que se trataba de que no tuvieras que hacerlo... Ni tú ni nadie. Además, al final sí que nos hemos ayudado, ¿o no?

Todavía no habían hablado de esos sueños que los habían mantenido conectados, y quizás, por mucho que temiesen abrir un nuevo interrogante, había llegado el momento de hacerlo.

—Entonces, ¿a ti también te ocurría?

Él asintió.

—Igual que a mí —reconoció Ariadna—. Casi todas las noches...

—¿Desde el día en que me fui, o ya te había pasado antes?

—Antes, creo que no... —Trababa de hacer memoria y estaba casi segura de que sus sueños habían empezado a cruzarse con los de T. en el mismo momento de su huida—. Pero después sentía como si pudiera ver lo que tú estabas haciendo.

—Lo sentías de ese modo porque era así. —Resultaba imposible de explicar, pero él también estaba convencido de que era cierto—. ¿Y ahora?

Ariadna negó con la cabeza.

—Soñamos juntos cuando estamos separados. —Lo resumió él, intrigado por aquel lazo telepático recién descubierto.

—Algo así... —Buscó en sus bolsillos la imagen que había descubierto en el Olimpo y la puso ante T.—. ¿Te suenan?

Observó atento la fotografía. Al hombre no lo había visto jamás, pero sí reconoció en la mujer que lo acompañaba la misma mirada de la mujer que había acudido a su llamada de socorro en el Taigeto.

—Él no, pero ella...

—Es Galatea.

—Una de las víctimas del Triple Atentado...

Ariadna asintió.

—Entonces. —Le preguntó T.—, ¿tú también la viste?

—Y no era la primera vez...

A Ariadna le bastó con interpretar la mirada de T. para confirmar su intuición: también él había creído reconocerla entre las Náyades.

—¿Crees que tiene alguna relación con nuestro don?

—No lo sé... A lo mejor sí. A lo mejor tiene algo que ver con lo que pasó ese día.

A T. le perturbó aquella idea. Sacudió su cuerpo como si quisiera desprendérse de ella, alejando de sí la posibilidad de que hubiese una conexión entre sus facultades y un crimen tan atroz. Ariadna, que compartía el mismo malestar, decidió probar suerte y comprobar algo más.

—¿Me puedes hacer un favor?

—Según el favor —bromeó T.

—Quítate la camiseta.

—¿Perdona? —Reaccionó desconcertado.

—Venga, hazme caso. Se me acaba de ocurrir una cosa.

T. obedeció y ella le ordenó que se diera la vuelta para buscar en su espalda alguna huella similar a las que se grababan en su piel cada vez que provocaba un prodigo. Tal vez hubiera una «G» que confirmase el nexo con

Galatea. Sin embargo, más allá de las magulladuras de la última lucha, no encontró nada.

—¿Qué buscas?

Ariadna le mostró su hombro izquierdo, en donde se había grabado la última inicial después de que huyesen del Taigeto: una «D».

—Algo como esto.

—Espera. —Le respondió él, que corrió a mostrarle un diminuto tatuaje en su tobillo derecho—. No sé cómo ha llegado hasta ahí.

—Otra «D».

—¿De Dédalo? —se aventuró T., tratando de hallar una explicación racional a aquel fenómeno.

Ella se encogió de hombros.

—Los mismos sueños, la misma letra... ¿No te parece extraño?

—Todo lo es, Ari... Desde que te conozco, no hay nada ni medio normal en mi vida.

—Nuestros poderes están conectados de alguna manera que no entendemos —continuó hablando, convencida de que la verdad se hallaba más cerca de lo que imaginaban—, y lo más lógico es que tengan el mismo origen, ¿o no?

Se detuvo durante un segundo y a los dos les recorrió un escalofrío.

—La misma raíz.

T. la miró fijamente y supieron que estaban pensando en lo mismo.

El árbol que había surgido en el Taigeto y que los había salvado de una muerte segura.

—¿Y si hubiera más?

—¿Más? —Ariadna no estaba segura de a qué se refería.

—Más ramas de ese árbol...

—No sé si te sigo, T.

—Lo que quiero decir es que tal vez haya más gente como tú y como yo. Más gente capaz de hacer realidad las palabras de los Dos Ejes. Si nosotros podemos, ¿por qué tendríamos que ser los únicos con ese don?

—¿Y no crees que ya los habríamos descubierto?

T. le respondió con una mirada en la que Ariadna se alegró de descubrir su ironía habitual.

—Bueno, a ti te ha costado doce añitos encontrarme a mí y yo he tardado dieciséis en encontrarte a ti. Lo mismo esto de reconocernos entre nosotros no es tan fácil.

—¿Y cómo podemos comprobarlo?

—Si lo que nos une está en la magia, habrá que partir de ahí, ¿no te parece?

—¿Pero cómo se supone que vamos a hacerlo?

—Ni idea.

—Genial...

—Ya lo pensaremos juntos, Ari. Tenemos que averiguar si somos los únicos a los que les ha tocado esta maldición.

—No estoy de acuerdo.

—Mira que te gusta discutir... —se rio T., que también agradecía ver de nuevo a la Ari combativa en vez de a la Ari melancólica en que se había convertido desde su regreso del Taigeto.

—Es que no estoy segura de que este don sea una maldición... Es complicado, sí, pero prefiero contar con él y no tener que esperar a que los demás actúen por mí. Y sobre eso del pasado...

—¿Sí?

—Que no sé si yo tengo tantas ganas de mirar justo ahí... —Dobló y volvió a guardar la fotografía de Galatea—. A lo mejor no nos gusta lo que veamos.

Era la primera vez que se atrevía a verbalizarlo.

La primera vez que reconocía ante alguien que indagar en su origen la aterraba.

No temía que esas pesquisas cambiaran lo que sentía por su familia. Descubriese lo que descubriese, sus únicos padres siempre serían Clío y Néstor, y no había nada que pudiera cambiar una verdad tan poderosa como aquella, del mismo modo que T. jamás podría desear una familia mejor que la que formaba con Orion y Layo.

El miedo de Ariadna no guardaba relación con sus emociones, sino con el vértigo que le provocaba pensar en la naturaleza de sus facultades.

Sabía para qué las empleaban.

Estaba convencida de que solo recurrían a ellas cuando era necesario, y también de que su misión justificaba su uso. ¿Pero en serio querían arriesgarse a desvelar su origen?

¿Y si la verdad resultaba demasiado oscura? ¿Cómo les afectaría a todos ellos?

Habría deseado explicárselo mejor a T., pero estaba tan ofuscado con sus propias dudas que no había modo de disuadirlo.

—Si el futuro de Ypsilon depende de nosotros, estamos obligados a descubrirlo. ¿Lo entiendes, Ari? No se trata de elegir entre ver o no ver, se

trata de que nos jugamos demasiado como para no intentarlo. —Guardó un instante de silencio antes de añadir su último argumento—: Además, Dédalo no habría querido que nos echásemos atrás ahora.

Ella le recriminó con la mirada que hubiera jugado sucio, pero en el fondo estaba de acuerdo: había una causa mayor que ellos mismos. Una causa por la que alguien tan excepcional como Dédalo había dado la vida.

—Entonces vamos a hacer ese viaje juntos —sentenció ella, decidida a irrumpir en la votación.

—¿Un viaje adónde?

Ariadna, convencida de que aquella inicial iba a ser esencial para desentrañar el misterio, apuntó a la letra tatuada en el tobillo de T.

—A la raíz.



27

UN NOMBRE DE VERDAD

Calipso, Leda y Aracne habían convocado a los Rebeldes antes de partir hacia el Refugio en que se instalarían, al menos, hasta el día de las elecciones.

El nuevo emplazamiento se hallaba cerca de una de las Anticiudades del extremo oriental de Ypsilon. Mientras que Leda y Calipso se ocupaban de coordinar la estrategia y el itinerario de la expedición, Paris, Helena y Aracne se encargaron de poner en marcha un dispositivo seguro para el traslado de los Esenciales rescatados del Olimpo. Pero antes de partir necesitaban decidir el nombre de la persona que había de sustituir a Dédalo.

A pesar de que Aracne sugirió un liderazgo compartido, Leda no dudó en proponer justo lo contrario: si Ítaca había sobrevivido hasta entonces gracias a la determinación con la que los había conducido el antiguo Bibliotecario, ahora debían buscar a alguien con la misma firmeza e intuición.

Quizá sus recelos se debieran a esa condición de Corazón que Dédalo le había atribuido, pero lo cierto es que a Aracne cada vez le disgustaba más esa jerarquía que imitaba, consciente o inconscientemente, el régimen de Némesis. Por un segundo, incluso se arrepintió de no haberle dado la razón al anciano cuando cuestionó los Espejos. ¿Y si entonces habían abierto una vía de la que ya no iban a poder separarse en el futuro? Una vía que, por mucho que le doliera admitírselo, la había distanciado de Calipso.

Ambas seguían trabajando codo con codo, con la misma entrega que antes. O incluso más, porque a sus ansias de devolver la libertad a Ypsilon se sumaba ahora un afán mucho más personal: la venganza. Sin embargo, los secretos de la Operación Velo habían suscitado en Aracne una desconfianza

de la que no lograba desprenderse. Quería ver de nuevo a Calipso como la compañera que siempre había sido, pero le costaba no recelar de sus palabras. Y no le gustaba hacerlo. Necesitaba sentirla tan próxima como siempre. Tan imprescindible en su vida como lo había sido hasta ahora.

—A nosotros también nos dejaréis votar, ¿no?

Aracne, al igual que el resto de los Rebeldes, volvió la mirada hacia Ariadna, que se presentó junto con T. en medio de la sala donde se iba a proceder a la votación.

—Y no nos vengáis con el cuento de que no somos mayores de edad... —La apoyó T.

—Pero ¿quién ha dicho lo contrario? —les respondió Helena, que había convencido a los demás de que si T. y Ari cargaban sobre sus hombros con obligaciones de adultos, también merecían disfrutar de derechos de adultos.

—Es lo justo —la secundó Orion, a quien preocupaba lo taciturno que se mostraba T. desde su regreso, hasta el punto de que a veces le daba la impresión de que echaba de menos la vida de Cazador, como si extrañara algo o a alguien.

—Votaremos, claro —asintió Ariadna—, pero solo si antes nos contáis de una vez todo lo que sabéis sobre nuestra historia. Y sin más mentiras, por favor.

Néstor y Clío habían temido aquel momento tanto como Layo y Orion, pero los cuatro sabían que había llegado el día de confesar.

—Fue él quien os trajo a nuestras vidas —admitió Clío.

Néstor se situó junto a su mujer y ambos buscaron en la expresión de su hija algún gesto para seguir hablando. Necesitaban atisbar en ella la promesa de que no iba a cambiar nada, de que —pasara lo que pasara— seguiría siendo su niña, su Ari, esa mujer increíble en la que se estaba convirtiendo casi sin darse cuenta.

Ella advirtió que esperaban su reacción y decidió que lo mejor que podía ofrecer a sus padres era una sonrisa y un «gracias».

A pesar de todo, al fin lo habían confesado.

Al fin empezaban a librarse de las mentiras y los secretos que, Ariadna estaba segura, ni siquiera habían sido decisión suya.

No quería culparlos por una verdad que, obviamente, los superaba. A ella, a sus padres, a los Rebeldes... Una verdad que ni ella ni T. iban a consentir que les robase el amor que más fuertes los hacía: el de sus familias.

—¿Por qué nunca me lo habíais contado? —Trató de que su pregunta no sonara como un reproche, pero ese silencio tan prolongado era lo único que

no lograba entender. Cómo era posible que la hubieran entrenado en la guerra desde que era una cría y que, sin embargo, no la considerasen lo bastante madura como para conocer la verdad.

—La noche en que te trajo a nuestra casa, nos prohibió contarlo.

—¿Me llevó él mismo?

—A esas alturas ya no podía confiar en nadie... —le contestó Néstor—. Eso nos dijo.

—¿Y en mi caso? —preguntó T.

Orion buscó un papel que conservaba desde hacía dieciséis años.

—La persona que te trajo no nos mostró su rostro ni tampoco nos dijo su nombre, pero debía de ser uno de los primeros aliados de Dédalo. Solo nos dio tu inicial y esta nota —extendió un papel amarillento y arrugado.

—«Protegedlo» —leyó T.—. ¿Nada más?

Los dos negaron con la cabeza.

—Por aquel entonces, ni siquiera existía la idea de Ítaca. Solo había acciones esporádicas contra Orfeo, sobre todo desde que cedió el control de la población a los Cíclopes.

—Y tu padre y yo fuimos de los primeros en movilizar la protesta en redes —continuó Layo—. Supongo que por eso nos eligió.

—Adivinó que erais de los suyos. —Dedujo T.

—En eso nunca se equivocaba —lo elogió Aracne, a la que le resultaba admirable la precisión con que Dédalo juzgaba a las personas de su entorno.

—Enseguida empezamos a recibir mensajes firmados por él para comprobar que estabas a salvo, pero nunca nos contaba gran cosa... Ni siquiera llegamos a verlo hasta que vinimos a Ítaca contigo y con Ariadna.

—Nos ordenó que no os lo contássemos —se excusó Néstor, a quien pesaba haber tenido que ocultar aquello durante tanto tiempo. ¿Por qué no se habían rebelado antes?

—Dédalo nos aseguró que, si lo hacíamos, vuestras vidas correrían un grave peligro —les explicó Layo.

—¿Peligro? —repuso Ariadna con sarcasmo: como si aquella palabra no formara parte de su realidad desde siempre.

—Sí —respondió Clío con vehemencia—, peligro. Porque vuestros nacimientos están asociados a algo mucho más grande y mucho más importante de lo que podáis imaginar. Algo que depende de que todos nosotros cumplamos las reglas que nos explicó Dédalo.

—¿Por eso vino a casa poco antes de que os detuvieran?

Ahora sí.

Ahora todo empezaba a cobrar sentido.

La visita del Bibliotecario a sus padres no había sido un encuentro casual, sino el principio de un meditado plan.

Ariadna estaba convencida de que aquella reunión había sido, sin que ni ella ni su familia lo sospecharan, el primer paso de la Operación Velo. Arruinar el Aniversario nunca fue un fin en sí mismo, sino un simple eslabón en medio de una cadena mucho más amplia.

—Pero él no era mi padre biológico... —dedujo Ariadna.

—Ni el mío, ¿verdad? —Añadió T.

Los cuatro lo negaron rotundamente.

—Nunca nos confesó sus identidades —les explicó Néstor.

—De todos modos —admitió Orion—, nosotros tampoco quisimos saberlo... Puede que vuestros poderes tengan un papel fundamental en el futuro de Ypsilon, pero vosotros dos también lo tenéis en nuestras vidas. ¿Entendéis eso?

—Solo hemos intentado protegeros. —Layo apoyó los argumentos de su marido—. Y si eso suponía no indagar en vuestras raíces, estábamos dispuestos a no hacerlo. A fin de cuentas, ¿esas raíces no somos nosotros?

—No se trata de eso... —Claro que lo eran, pero T. y Ariadna sentían que tanto su don como todo lo que no podía explicar de sí mismos guardaba relación con su nacimiento.

—¿Y entonces?

—Se trata de... —T. no sabía bien cómo expresarlo y Ariadna lo ayudó.

—Se trata de comprender por qué somos así.

—Como si hubiese alguien capaz de explicárselo —apostilló Helena, que creía que las dudas de aquellos adolescentes no podrían resolverse antes de la votación.

—¿Vosotras tampoco sabíais nada? —Ariadna miraba fijamente al Cerebro, el Corazón y los Músculos del anciano—. Dédalo tuvo que deciros algo que pueda ayudarnos...

—Me temo que no... Nunca compartía cuestiones que pudieran ponernos en peligro. —Mientras contestaba, Aracne se dio cuenta de que empezaba a perdonar el secretismo de aquel hombre al que tanto había querido.

—Solo nos dio un encargo que sí os afecta —añadió Calipso—: para que la Operación Velo triunfe, necesitamos localizar a alguien que podrá aclarar lo que os estáis preguntando ahora mismo.

—¿Alguien? —Orion temía que esos hallazgos acabaran fracturando la confianza y el amor que su hijo sentía por ellos. No era culpa suya haber

tenido que guardar silencio durante todos esos años y, sin embargo, se sentía responsable.

—Tiresias —dijo Calipso, recordando las últimas palabras de Dédalo.

—¿El adivino? —preguntó Néstor, a quien le infundía una gran inquietud aquel singular personaje.

—El mismo.

—Es hora de votar —los interrumpió Leda—. Sé que tenéis mucho que asimilar, pero no podemos permitirnos el lujo de seguir aquí mucho más tiempo. Es cuestión de horas que los Cíclopes nos localicen.

—¿Solo un nombre? —preguntó T., que tenía claro cuál iba a ser el suyo.

—Solo uno. Y la persona que salga elegida encabezará la expedición al próximo Refugio.

—La nueva Ítaca... —dijo para sí Helena, que no se iba a dar por vencida hasta levantar también un nuevo Olimpo.

La votación entre los Rebeldes transcurrió según lo previsto y Calipso, el Cerebro, obtuvo una holgada mayoría. Leda fue la primera en felicitarla, mientras que Aracne esperó a que las dos terminaran de organizar la partida antes de acercarse a ella.

—Alguna vez deberíamos hablar de lo que sucedió en el Taigeto...

—¿Crees que nos va a ayudar?

—Creo que no hacerlo puede arruinar la confianza que nos queda.

Con un movimiento suave, Calipso puso su mano derecha sobre la mano izquierda de Aracne, en un gesto que no supieron si interpretar como una caricia o un guiño cómplice. Tal vez fuera las dos cosas. Tal vez era el modo en que el Cerebro le pedía disculpas al Corazón por haberla mantenido en la sombra y el Corazón le prometía al Cerebro que siempre estaría ahí para ella. Aracne sonrió para sus adentros pensando que Dédalo, que alguna vez había llegado a llamarlas Eros y Psique, había acertado una vez más en sus juicios. Ninguna de ellas existía sin la otra. Ni Eros podía estar sin Psique, ni el Corazón de Ítaca podía estar lejos de su Cerebro.

—Tengo que hablar con ellos... ¿Me acompañas?

Calipso respondió con una sonrisa y la acompañó hasta donde se encontraban T. y Ariadna. Los dos, nada más terminar el recuento de votos, se habían apartado del resto. Necesitaban tiempo para asimilar sus emociones.

—Creo que esto es tuyo. —Calipso extendió su brazo hacia T. y puso ante sus ojos una diminuta bolsa de tela negra—. Dédalo me la entregó justo antes de morir.

T. la cogió entre sus manos e intuyó su contenido en cuanto oyó el tintineo metálico.

«Cuando la abra ya no habrá vuelta atrás», se dijo.

Pero, harto de mentiras y de silencios, volcó su contenido.

De su interior salió una cadena de plata de la que colgaban unas letras idénticas en aspecto y tamaño a la «T» que sus padres le habían entregado muchos años atrás.

Las letras de su nombre.

—Ahora, por lo menos, ya sabemos que tienes un nombre de verdad —se burló Ariadna.

—T. es un nombre de verdad —respondió él, recordando con cariño su primer encuentro.

—Ya, pero me gusta más este.

Y él, que también pensaba que aquel no era un mal nombre, sonrió.

Telémaco.

El nombre del hijo de Odiseo. El joven que se atrevió a abandonar su hogar en secreto, preocupado por la ausencia de su padre y el acoso al que sometían a su madre los pretendientes. El hijo que había tratado de rescatar a Penélope de la violencia que la rodeaba y que se embarcó en un viaje lleno de peligros para llegar hasta su padre y llevarlo de regreso a Ítaca.

«Tiene sentido». Eso fue lo único que pensó. Que tenía sentido.

También él había tenido que huir de Ítaca de incógnito para poder ayudar a los Rebeldes y salvar a esa otra Penélope que, según Dédalo, era su mayor baza para acabar de una vez con el Gobierno del Ypsilon. Solo que él no necesitaba reencontrarse con ningún padre extraviado en el mar, porque contaba con el apoyo incondicional de los suyos.

—Preparadlo todo —les pidió Calipso—. Salimos en una hora.

Los dos se quedaron a solas y en silencio, contemplando aquellas letras que arrojaban nuevas teorías sobre los lazos que los unían y el futuro que les aguardaba.

—¿Sabes qué es lo más extraño de todo, T.?

—Sorpréndeme...

—Que cuanto más averiguamos de nuestro pasado, más siento que dominamos nuestro futuro.

—Pues sí que te ha puesto filosófica un nombrecito...

—No seas bobo...

T. bajó la cabeza y se quedó contemplando las letras que aún guardaba en su mano derecha. No había decidido si completaría con ellas la cadena o si las

guardaría hasta que se sintiera más cómodo con un nombre que aún no reconocía como suyo.

—¿Y si esto lo cambiase todo?

—No lo va a hacer. Igual que lo de hoy tampoco ha cambiado nada. No me importa quiénes nos entregaran a nuestros padres porque, descubramos lo que descubramos, nuestras familias seguirán siendo las mismas. Y, ahora que no nos oyen, creo que tenemos suerte.

—Nos han salido bien, sí —bromeó él.

—¿Lo ves? Si esto no ha cambiado quiénes somos, un simple nombre tampoco podrá hacerlo.

T. extendió las letras de «Telémaco» sobre el suelo, intentando reconocerse en ellas.

—No sé si quiero ser otra persona, Ari... —Se sinceró.

—Por eso no tienes que preocuparte: hagas lo que hagas, no vas a dejar de ser el idiota de siempre.

—Mira quién fue a hablar...

Los dos se rieron y Ariadna, en un impulso, se abrazó a él mientras T., que necesitaba sentir su apoyo, la estrechó contra su pecho.

En ese mismo instante, de cada una de las letras de su nombre brotaron los tallos robustos de numerosas plantas que, como si quisieran protegerlos, los rodearon en un jardín de formas imposibles, tan frondoso como el árbol que se repetía en sus sueños.

Cobijados entre flores y ramas nacidas del don que los unía, se tomaron de las manos, las apretaron con fuerza y, cerrando los ojos, se dejaron llevar por una espesa niebla que los guio hacia el rostro de una mujer que ya conocían... Galatea los aguardaba mientras ellos trataban de avanzar a través de aquel bosque.

Pero, de repente, las ramas se volvieron hostiles y empezaron a enmarañarse, cerrándoles el paso. T. y Ariadna intentaban esquivarlas mientras aquella mujer, que hacía un instante los esperaba sonriente, cambiaba su expresión amable por un horrible grito, al que siguió una explosión descomunal.

Cuando abrieron los ojos, aún conmocionados por la detonación, comprobaron que las ramas que antes los cubrían yacían resquebrajadas y cubiertas de sangre a su alrededor.

No había duda: los días más difíciles de sus vidas estaban a punto de comenzar.



LOS ARCHIVOS DE DÉDALO

NOTAS PARA LOS REBELDES

Esta información ha sido extraída de las páginas censuradas de los Dos Ejes.

Su contenido es confidencial y debe ser protegido, ya que oculta las claves de muchos de los mecanismos y estrategias del Senado.

Se ruega su difusión para captar nuevos aliados en la lucha contra Ypsilon.

Para su divulgación, se aconseja utilizar los biblio hologramas o cualquier red o dispositivo tecnológico al alcance.

LUGARES Y TERRITORIOS: UN MAPA DE LEYENDA/...

.../Aqueronte. Con este nombre, que se podría traducir como «río del desdichado», se designa uno de los cinco ríos del inframundo. Solo Caronte y su barca eran capaces de cruzar sus aguas, que comunicaban el mundo de los vivos con el de los muertos.

.../Las Islas. Según se cuenta tanto en los Dos Ejes como en las narraciones inspiradas por ellos, los dioses del Olimpo descendieron al mar Egeo y dieron a las islas griegas su configuración y ubicación actual. Entre ellas se cuentan Creta, Corfú o Mikonos, todas poseedoras de leyendas y mitos que forman parte de los relatos destruidos por orden de Némesis en el Gran Incendio.

.../Olimpo. Monte donde, según el Primer Eje, Vivían y descansaban los dioses que, por este motivo, eran conocidos como «dioses olímpicos». Las doce divinidades principales del Olimpo eran Zeus, Hera, Poseidón, Deméter, Hermes, Atenea, Afrodita, Ares, Apolo, Artemisa, Hestia y Hefesto. En la actualidad, el Olimpo es el monte más alto de Grecia, situado entre las regiones de Tesalia y Macedonia.

.../Taigeto. Cordillera del Peloponeso (al sur de Grecia) que recibe su nombre de Taigete, una de las siete atlántides, hijas de Atlas y Pléyone. Taigete y sus hermanas acompañaban y protegían a la diosa Artemisa. Además, se cuenta que los espartanos arrojaban desde este monte a los criminales y a los recién nacidos que no cumplían determinados requisitos físicos.

HÉROES, DIOSSES Y CRIATURAS FANTÁSTICAS: LOS MITOS DETRÁS DE YPSILON/...

.../Alcínoo. Rey de los feacios y padre de Nausícaa. Según el Primer Eje, acogió en su palacio a Odiseo después de que este fuera víctima de un naufragio. A pesar de las amenazas de Poseidón, que deseaba vengarse del héroe griego por haber

cegado a su hijo Polifemo, Alcínoo puso a su disposición un barco que le permitiría regresar a Ítaca.

.../**Atalanta**. Heroína célebre por su agilidad y su habilidad con el arco que decidió mantenerse virgen para consagrarse a la vida a Artemisa, diosa de la caza. Con el fin de disuadir a sus pretendientes, estableció que solo se entregaría a aquel que fuese capaz de derrotarla en una carrera. El único que lo consiguió fue Hipómenes, que gracias a su astucia logró casarse con ella.

.../**Egisto**. Hijo de Tirestes, rey de Micenas. Durante la guerra de Troya, aprovechó que Agamenón se hallaba en la batalla para seducir a su mujer, Clitemnestra. Juntos tramaron el asesinato de Agamenón y, tras su muerte, Egisto se hizo con el poder en Micenas hasta que Orestes, el hijo del difunto rey, se vengó quitándoles la vida a él y a su madre, Clitemnestra.

.../**Halmo**. Hijo de Sísifo y padre de Crisa. Su nieto fue Ixión, quien intentó seducir a Hera en el monte Olimpo. Adivinando sus intenciones, Zeus le envió una nube con la apariencia de Hera, con la que Ixión engendró a los centauros.

.../**Hipómenes**. Joven enamorado de Atalanta que ideó una artimaña para ganar la carrera a la que esta sometía a sus pretendientes: pidió ayuda a Afrodita, que le regaló tres manzanas de oro, y las dejó caer durante la carrera para distraer a Atalanta y hacer que perdiera. Tras su victoria, Hipómenes olvidó agradecer el favor a la diosa, que decidió vengarse: un día, mientras los jóvenes pasaban por delante del templo de Cibeles, Afrodita les infundió una pasión incontrolable para que offendiesen a la diosa. Esta, tras sorprenderlos haciendo el amor en uno de sus templos, los convirtió en dos leones y los obligó, en adelante, a tirar de su carro.

.../**Jacinto**. Hijo de Clío, la musa de la Historia, y del rey Píero, enamoró al mismísimo Apolo, según cuenta Ovidio en el Segundo Eje. Su romance tuvo un final trágico, pues un día que Apolo enseñaba a Jacinto a lanzar el disco, el dios del viento no pudo reprimir sus celos y desvió el disco, que impactó contra el joven, matándolo en el acto. Apolo, destrozado por la pérdida,

hizo brotar de la sangre derramada de su amante la flor que hoy lleva su nombre.

.../**Menelao**. Rey de Esparta y hermano de Agamenón. Contrajo matrimonio con Helena, hija de Zeus célebre por su extraordinaria belleza. El secuestro de Helena por parte de Paris, hijo del rey Príamo, fue el origen de la guerra de Troya.

.../**Nausícaa**. Hija del rey Alcínoo, descubrió a Odiseo en las costas de la isla donde vivía (la isla de Esqueria), adonde el héroe había llegado accidentalmente tras un naufragio. Su encuentro, en realidad, no fue casual, sino consecuencia de un sueño en el que la diosa Atenea, protectora de Odiseo, le sugería a la joven que fuese a lavar sus vestidos a la playa. Gracias a Nausícaa, que lo llevó ante su padre, Odiseo consiguió volver a Ítaca.

HÉROES, DIOSES Y CRIATURAS FANTÁSTICAS: LOS MITOS DETRÁS DE ÍTACA/...

.../**Áyax**. Héroe de la guerra de Troya célebre por su valor y su fortaleza, en la que casi llegó a igualar a Aquiles. Tras enfrentarse dos veces con Héctor, se encargó de proteger los cadáveres de Patroclo y de Aquiles tras su muerte. Después de los juegos fúnebres en honor de este último, Áyax y Odiseo reclamaron la armadura del difunto. Cuando esta fue a parar a Odiseo, Áyax se enfureció hasta el punto de que acabó enloqueciendo y quitándose la vida.

.../**Eros**. Dios griego del amor. Hay diferentes versiones sobre su origen, aunque la mayoría apunta que fue hijo de Afrodita y Ares. Según cuenta Apuleyo en *El asno de oro*, uno de los Esenciales rescatados por los Rebeldes, Eros se enamoró de Psique. Su unión representa la alianza entre el amor (Eros) y el alma o la mente (Psique).

.../**Helena**. Hija de Leda y de Zeus, que sedujo a su amante transformado en cisne, destacaba por su belleza. Casada con Menelao, rey de Esparta, despertó el deseo del príncipe troyano Paris, que logró secuestrarla con la ayuda de Afrodita. Este rapto fue el origen de la guerra de Troya.

.../Paris. Príncipe troyano, hijo de Príamo y de Hécuba y hermano de Héctor. Su vida cambió cuando Hera, Atenea y Afrodita le pidieron que decidiera quién merecía quedarse con la manzana dorada que Eris, la diosa de la Discordia, había lanzado durante la boda de Peleo para que la recogiera la más bella. Después de que cada diosa le ofreciera un don diferente, Paris eligió a Afrodita, que le había prometido el amor de la mujer más hermosa del mundo: Helena. Conocido como el juicio de Paris, este episodio desencadenó la guerra de Troya.

.../Penélope. Esposa de Odiseo y madre de Telémaco. Según el Primer Eje, esperó durante veinte años a que su marido regresara de la guerra de Troya y, en su ausencia, resistió con entereza el acoso de los pretendientes que intentaban obligarla a casarse de nuevo. Para evitarlos, les prometió que contraería de nuevo matrimonio cuando acabase de tejer un sudario para Laertes, el padre de Odiseo, pero por las noches deseaba lo que había tejido durante el día. Este sudario (popularmente conocido como «el velo de Penélope») se convirtió en su modo de postergar la decisión.

.../Psique. Hija menor de un rey de Anatolia, su belleza desató los celos de Afrodita. La diosa encomendó a su hijo Eros que Psique se enamorase del hombre más mezquino y feo de la tierra. Sin embargo, Eros acabó enamorándose de ella y lanzó al mar la flecha con la que debía cumplir los deseos de su madre.

.../Telémaco. Según el Primer Eje, hijo de Odiseo y Penélope. Aconsejado por la diosa Atenea, que se presentó ante él bajo la apariencia del rey Mentes, salió en busca de su padre, quien había partido de Ítaca cuando él era solo un niño.

❖ LOS MITOS DETRÁS DE LA BATALLA/...

.../Águila. Hija de los monstruos Tifón y Equidna, esta ave gigantesca fue enviada por Zeus para castigar a Prometeo, a quien Hefesto había encadenado en el Cáucaso. Cada día, el águila devoraba su hígado, que luego se regeneraba por la noche. El tormento duró hasta que Heracles la mató y rescató a Prometeo.

.../Casandra. Hija de Príamo y Hécuba, los reyes de Troya, poseía el don de la adivinación. Sin embargo, tras rechazar la protección de Apolo, el dios la castigó con la maldición de que nadie creería jamás sus profecías, a pesar de que todas acabaran cumpliéndose.

.../Eolo. Rey de los vientos, a quien Zeus le dio el poder de controlar a los demás dioses del viento, a los que Eolo mantenía encadenados y que liberaba según su voluntad.

.../Incendio de Troya. Fuego provocado por los soldados griegos, que lograron entrar en la ciudad escondidos en un enorme caballo ideado por Odiseo. Durante la noche, salieron de su interior dispuestos a tomar Troya, poniendo así fin a una guerra que había durado diez años.

.../Parcas. Estas tres hermanas hilanderas son el equivalente romano de las Moiras. Cada una de ellas representaba el nacimiento, la vida y la muerte. Controlaban la vida de los mortales, de modo que, cuando cortaban el hilo de una persona, marcaban el momento preciso de su muerte.

.../Perséfone. Diosa de la primavera y reina del inframundo. Es hija de Zeus y Deméter, la diosa de la agricultura, y fue raptada por Hades, que se la llevó al inframundo. Deméter descuidó sus labores mientras la buscaba y la tierra se volvió seca e infértil, de modo que Zeus intervino para que Hades le devolviese a su hija. Antes de partir, Perséfone probó unos granos de granada, ignorando que si los comía no podría salir del inframundo, pero Hades accedió a que solo tuviera que pasar la mitad del año a su lado. Esto explica las estaciones, ya que la tierra únicamente florece cuando Perséfone regresa junto a madre.

.../Prometeo. Titán que robó el fuego de los dioses para entregárselo a los hombres. Por este motivo fue castigado por Zeus, que lo encadenó a una roca en el Cáucaso, donde su hígado es devorado cada día por un águila.

.../Proteo. Dios del mar que, según el Primer Eje, podía predecir el futuro y cambiar de forma tantas veces como quisiera.

.../Sísifo. Rey de Corinto, hijo de Eolo y de Enareta, que fue castigado por Zeus. Este lo condenó a un suplicio eterno: subir

una piedra por una colina, que se caía una y otra vez cada vez que Sísifo estaba a punto de alcanzar la cima.

.../Titán. Raza de dioses que, según Hesíodo, gobernaron el mundo durante la Edad de Oro. Los dioses olímpicos los derrocaron en la Titanomaquia (o guerra de los Titanes), y los encerraron en el Tártaro para evitar una posible venganza.



NANDO LÓPEZ (Barcelona, 1977) es doctor *cum laude* en Filología Hispánica, novelista y dramaturgo y ha sido durante años profesor de Lengua y Literatura de Secundaria y Bachillerato.

Desde joven se sintió atraído por el teatro, y en sus años universitarios participó en montajes como autor y como director, llegando a crear su propia compañía teatral con la que estrenó sus primeros textos. Con el tiempo, ha sabido conjugar su pasión por la literatura, el teatro y la enseñanza. Autor de relatos y de varias novelas, le llegó el éxito con *La edad de la ira*, finalista del Premio Nadal 2010, texto que adaptó más tarde a lenguaje teatral y que recorrió los escenarios españoles. Como autor de literatura infantil, ha sabido acercar el teatro a los más pequeños con títulos como *La foto de los 10000 me gusta* en la colección El Barco de Vapor. En los textos de sus novelas juveniles le gusta tratar temas como la inclusión, la homosexualidad, el acoso escolar y el impacto de las nuevas tecnologías, como muestra *En las redes del miedo*.

Como autor para adultos ha publicado, entre otros títulos, *Hasta nunca*, *Peter Pan* o *El sonido de los cuerpos*. Una faceta que combina con el teatro y la no ficción con libros humorísticos sobre la realidad educativa muy populares entre la comunidad docente, como *En casa me lo sabía* o *Dilo en voz alta* y

nos reímos todos. En la actualidad, combina la creación literaria con numerosos encuentros con lectores en colegios e institutos de toda España.